

INALTERA

Un espacio para el reencuentro con El Otro

... cada una con su estilo y en una sociedad cuya estructura urbanística estaba íntimamente ligada a las actividades políticas y religiosas de la época."

M. Yolanda Elizabeth Ríos Cerón



*Publicación del área de las
ciencias sociales y humanas*

Volume 3, Número 15, Marzo- Abril, 2025

ISSN: 2981-3395

Medellín, Colombia

www.inaltera.org

INALTERA

Colectivo Inaltera:

Diagramación y edición:

Paul Gutiérrez C.
Sergio Gutiérrez

Cada trabajo expresa la opinión de su autor. La opinión de Inaltera se expone en Palabras del editor y en aquellas notas que así lo indiquen.

Vol. 3 / No. 15, Marzo- Abril, 2025

Derechos © 2024 Inaltera.org ISSN: 2981-3395

Redacción: Proyecto Inaltera, calle 106 C 70 24, Medellín Antioquia

www.inaltera.org Informes y suscripción: info@inaltera.org

Cubierta: Historia Tolteca Chichimeca

Composición Sergio Gutiérrez



Palabras del Editor



Durante mi época de formación en el pregrado de antropología, a mediados de la década de 1990, parte central del pensum para nuestra formación estaba orientada hacia la arqueología. Especialidad esta muy demandada y de gran influencia en el escenario académico y laboral colombiano, al punto que cuando alguien era reconocido como antropólogo el imaginario y respuesta de los interlocutores era “Ah, los huesitos”.

No obstante, el enfoque taxonómico que ha tenido históricamente esta ciencia, así como su desarticulación de otros procesos y ciencias como la historia, tal como señara Langebaek (2024) , ha dejado, para muchos colegas, un sin sabor en el desarrollo de esta ciencia. Hoy, desde ya hace algunas décadas, este escenario ha comenzado a presentar un importante giro con el trabajo de investigadores que ha emprendido una articulación e interpretación de los datos en contextos históricos y su análisis más allá del tazó.

En esta línea, como es la propuesta de Inaltera, el “tirar piedra” para amotinar los debates anquilosados, en esta edición queremos retomar algunos de los artículos que, como el de M. Yolanda Ríos (2014), buscan evaluar la función e importancia del trazo de las plazas urbanas mesoamericanas, donde los nuevos núcleos de crecimiento y poblaciones en desarrollo se manifestaron de forma impactante en espacios abiertos como las áreas destinadas a plazas ceremoniales, públicas y mercados; apareciendo, en el proceso, grandes patios, calzadas, calles y canales donde tanto reyes como sacerdotes, magistrados, comerciantes y hombres comunes transitaban.

Seguidamente, Rafael Cobosa (2024) , apoyado en el análisis lingüístico e histórico, nos presenta cómo las numerosas fuentes del centro de México “... proporcionan una profundidad histórica que se remonta hasta mediados del siglo quince y en ellas abundan las descripciones y detalles del funcionamiento y organización espacial interna de numerosos mercados...” Situación esta que plantea un debate en torno a los estudiosos de mercados prehispánicos donde

se asumen que "...estos espacios fueron única y exclusivamente la expresión material de transacciones económicas basadas en oferta y demanda como parte del intercambio de mercado donde se compraban y vendían mercancías...". De tal suerte, que "asumir que los mercados en el área maya fueron la manifestación exclusiva del intercambio de mercado, empleando precios de compra y venta, revela una visión sesgada de la realidad pretérita;"

Por último, Álvarez (2020) en su reseña sobre el libro *Los Muiscas*, del antropólogo Carl Langebaek, expone como el investigador pasa por "una lectura de los testimonios", donde hace el contraste entre fuentes primarias históricas, hallazgos arqueológicos y diversas hipótesis que han propuesto los especialistas.

Paul Gutiérrez

Sumario

Función de las plazas en la época prehispánica del altiplano Mesoamericano

Por M. Yolanda E. Rios Cerón

Pág. 9 – 62

Mercados prehispánicos en el área maya: Algunas precisiones históricas, lingüísticas y etnográficas

Por Rafael Cobos^a

Pág. 64 – 139

Los muiscas. La historia milenaria de un pueblo chibcha

Por Martín Ernesto Álvarez Tobos

Pág. 140 -149



"La vida del hombre mesoamericano se centraba principalmente en el aspecto religioso, lo que generó conjuntos ceremoniales que funcionaron como núcleos iniciales para el desarrollo de la sociedad urbana.."

M. Yolanda E. Ríos Cerón

Función de las plazas en la época prehispánica del altiplano Mesoamericano¹

Por M. Yolanda E. Rios Cerón

Resumen

Las plazas mesoamericanas corresponden a patrones muy definidos en el urbanismo prehispánico, fueron trazadas con referentes geométricos en estricto apego lineal.

Su uso y función en algunos casos, hasta la fecha son escasamente conocidos, sin embargo, los cronistas pudieron reconstruir gran parte de los referentes de uso.

La intencionalidad de estos espacios resultó muy importante en este inmenso conjunto arquitectónico. Sumado a sus calles y vías principales, las plazas fueron elementos para un buen y acompasado reparto de basamentos, palacios, accesos, conjunto de viviendas y talleres artesanales, los cuales actuaron como moduladores y distribuidores del ámbito urbano prehispánico.

Es la intención de este documento evaluar la función e importancia del trazo de las plazas urbanas mesoamericanas.

Palabras Clave: plazas, época prehispánica, mesoamericano.

Abstract

The Mesoamerican squares correspond to very defined patterns in the Prehispanic urbanism, were drawn with relating geometric in strict linear adherence. Use and function in some cases, to date are barely known, however, chroniclers could reconstruct much of the references of use. The intention of these spaces was very important in this huge architectural complex. In addition to its streets and main thoroughfares, squares were elements for a good and rhythmic bases distribution, palaces, accesses, set houses and artisan workshops, which acted as modulators and distributors of Prehispanic urban areas. Is the intent of this document to assess the function and importance of the stroke of the Mesoamerican urban squares.

Key Words: squares, Prehispanic times, Mesoamerican.



Introducción

Función de las plazas en la época prehispánica del altiplano mesoamericano

La riqueza del contenido urbano-arquitectónico de las zonas arqueológicas mesoamericanas nos permite analizar diferentes etapas constructivas en sus diversas regiones, cada una con su estilo y en una sociedad cuya estructura urbanística estaba íntimamente ligada a las actividades políticas y religiosas de la época.

La vida del hombre mesoamericano se centraba principalmente en el aspecto religioso, lo que generó conjuntos ceremoniales que funcionaron como núcleos iniciales para el desarrollo de la sociedad urbana.

Estos espacios contenían una o varias plazas pequeñas, donde los integrantes de la comunidad se reunían por motivos religiosos, pero al mismo tiempo los personajes coincidían e intercambiaban expresiones sobre las problemáticas de su vida comunal. Al crecer y expandirse las ciudades, las condiciones también se modificaron y sumaron nuevos elementos arquitectónicos, por lo que las funciones, la concepción y el trazo de los conjuntos urbanos cambió. Los nuevos núcleos de crecimiento y las poblaciones en desarrollo se manifestaron de forma impactante en espacios abiertos como las áreas destinadas a las plazas ceremoniales, las plazas públicas, las plazas-mercado y las zonas del macuil tianquiztli, apareciendo también los grandes patios y calzadas, las calles y canales, en donde tanto reyes, como sacerdotes, magistrados, comerciantes y hombres comunes transitaban.

Estas expresiones arquitectónicas fueron en muchos de los casos motivo de materialización, relato y expresión gráfica. Los códices prehispánicos y varios documentos fueron utilizados para dar testimonio de los relatos indígenas, incluso cuando estos tuvieron contacto con los europeos del siglo XVI. Fueron



utilizados como material gráfico por los cronistas y diligentes del gobierno virreinal; para el investigador moderno han sido testimonios de espacios que tuvieron una importancia vital para el hombre mesoamericano, como quizás la tuvo el ágora y el foro para el mundo griego y romano, aunque con características muy diferentes.

Estos espacios abiertos (plazas) fueron muy importantes urbanísticamente en las ciudades mesoamericanas, centrándose nuestro estudio en la región del Altiplano Central y las características de dichos espacios abiertos, tradicionalmente denominados plazas por los investigadores. De igual manera, estudiaremos el uso y función que cada una de ellas, sus elementos y componentes simbólicos y materiales, su ubicación espacial en el entramado urbano-arquitectónico prehispánico.

Mesoamérica

El término Mesoamérica fue propuesto en 1940 por el doctor Paul Kirchhoff para designar al conjunto de pueblos localizados en México y América Central, que tenían rasgos básicos comunes y que llegaron a formar un patrón de civilización, fundamentado principalmente en el cultivo del maíz, el frijol, la calabaza, el aguacate, la producción de códices y la construcción de edificios, con su consecuente orientación solar, la medición matemática de los espacios y el conocimiento del calendario solar, lunar, el calendario ritual de 260 días y el venusino, por lo que el tiempo se consideraba como un continuo, con un comportamiento cíclico, recurrente. Su parafernalia era la concepción del universo, donde había deidades que presidían el espacio y todos los elementos naturales. A estos dioses se les ofrecía el sacrificio de sangre y para deificar al sol y al agua se propiciaba la toma de cautivos; por otro lado, tenían un sistema social estratificado basado en el prestigio.

Esta área con un panorama cultural, histórico y geográfico, se encontraba delimitada por el río Sinaloa al noroeste de





Ubicación de una “calle” y a lo largo se ubican las chozas de modo semi disperso. En el lado izquierdo de la maqueta, un espacio abierto “colectivo”.

México, enlazándose con las cuencas de los ríos Lerma y Soto de la Marina que desembocan en la Costa del Golfo, territorio que se prolongaba hasta la Costa del Pacífico en América Central, a la altura de Nicaragua. Comprendía un poco más de 1.100.000 km².

Posteriormente, de manera convencional, los investigadores dividieron el territorio de Mesoamérica en cinco regiones culturales, entre las cuales estaba el Altiplano Central, formado por la ciudad de México y Puebla.

Temporalidad

Para ubicarnos en el tiempo y el espacio de esta época es útil utilizar la correspondencia espacio-tiempo que aparece a continuación:

- A) Aldeano. Preclásico 3000 a.C. - 200 a.C.
Ciudades incipientes o urbanismo temprano 100 a. C. - 450 d.C.
- B) Clásico o teocrático
Ciudades urbanas plenas 450- 750 d.C.
- C) Epiclásico
Ciudades Fortaleza 650 - 900 d. C.
- D) Señoríos indígenas 1100 - 1350
- E) Militarista. Estados, Imperios y Repúblicas 1350 - 1521



Aldea del Preclásico Superior. Museo de Antropología e Historia, México D.F.

La comunidad y el uso de los espacios

En la Mesoamérica prehispánica se puede apreciar que el hombre primitivo tuvo que vivir de la recolección de frutos tanto silvestres como acuáticos, más tarde de la caza y la pesca sin abandonar la recolección. Por lo general eran nómadas y utilizaban herramientas muy rudimentarias; poco a poco se fueron estableciendo en diversos sitios, casi todos cercanos a las fuentes de agua, en pequeños grupos que bien podemos llamar bandas, familias extensas o comunidades consanguíneas, lo que muy lentamente los condujo hacia una vida sedentaria. Quizá el cambio climático de húmedo a seco, propició el incremento de la recolección de productos vegetales, lo que a la larga también propició la aparición de la agricultura.

Entre el año 7000 y el año 3000 a.C. surgió el milagro americano, el maíz, que durante mucho tiempo en sus inicios fue un sustento raquítico por su escaso poder nutritivo, una harinilla conocida como “pinole”, hecha al masacar la pequeña mazorca después de secarla al sol, pero que sirvió y sirve como base alimenticia de la gente del campo.

En la actualidad podemos decir que la ubicación de los primeros agricultores fue dispersa u orgánica, es decir, la población rural colocó sus primeros habitáculos o casas en la parte central de sus tierras; de hecho, actualmente en las áreas rurales del país aún se sigue dando este mismo patrón de asentamiento denominado disperso. Esta ubicación separada de las viviendas les permitía al mismo tiempo vigilar y cultivar sus parcelas.

Al originarse una mayor complejidad social, surgieron mayores concentraciones humanas, ya no familiares solamente o consanguíneas, sino de varios grupos o familias, y como consecuencia, crecieron y se desarrollaron las primeras aldeas, por lo que llamaremos aldea al conjunto de casas



agrupadas en un solo lugar, conformada por una sociedad más compleja pero que vive en armonía o vecindad. Al asociarse, el hombre prehispánico originó la aparición de los primeros ranchos, cuadrillas, aldeas, pueblos, villas y, posteriormente, de las ciudades.

En estas aldeas al parecer no existía una marcada diferenciación social, ni tampoco un cuerpo sacerdotal propiamente como tal y el intercambio comercial y utilitario estaban en sus primeros balbuceos. Por lo tanto, no se encuentra diferenciación en los restos de las construcciones localizadas. Este cambio en el desarrollo urbano de las aldeas lo podemos observar con la maqueta que reproduce el sitio arqueológico de Montenegro en Oaxaca (Museo de Antropología, Sala Oaxaqueña), donde podemos apreciar por sus dimensiones que las viviendas tienen ya una jerarquización de ubicación, y de manera especial ya se ha abandonado el modo disperso de su asentamiento, además se pueden captar las características en cuanto a la habitación. Aquí se puede notar que hay una alineación a lo largo de una “calle” y que esta a su vez conduce a un área común o espacio libre que pudiera denominarse “Lugar Central”, quizá un espacio de uso colectivo donde se reunían para tomar decisiones con respecto a la comunidad.

El crecimiento de los centros ceremoniales

Dichos espacios originalmente se conformaron como un elemento simple y aislado, pero al crecer la población se multiplicaron simultáneamente no solo con basamentos religiosos, sino también con otro tipo de edificios de apoyo, añadiendo elementos al conjunto inicial. Sus formas y espacios cada vez se hicieron más elaborados hasta convertirse en verdaderos conjuntos religiosos. Dentro de los más singulares se encuentra el centro ceremonial de Cuicuilco, de forma circular y que a la fecha aún sigue siendo motivo de hallazgos inesperados. (22 de agosto periódico Reforma, sección cultural).

Algunos de estos sitios llegaron a desembocar en grandes



ciudades y otros finalmente fueron abandonados por sus constructores. Es necesario mencionar que algunos de esos sitios sagrados que formaban parte de la naturaleza, siguen siendo motivo de visitas y ofrendas por grupos indígenas actuales, como es el caso de la pequeña plataforma de la Xochipila, en Xicotepec de Juárez, la Sierra norte de Puebla, pleno corazón del actual asentamiento mestizo. Junto al lecho de un río ahora contaminado, el grupo totonaco aún llega con ofrendas a su sitio sagrado, ignorado por la sociedad contemporánea, ajena a su pueblo y costumbres.

Con la diversificación de la agricultura la comunidad se enriqueció, los poblados crecieron y se multiplicaron; la estructura social se tornó más compleja y apareció la magia, el curanderismo, el shaman. El entorno y la contemplación propician la aparición de las primeras divinidades: el viejo dios del fuego, el dios del Sol, el dios del agua, el dios la de la noche, el dios de las estrellas, el dios del monte. Durante este periodo muchas de las aldeas se transformaron en villas y en muchas de ellas apareció por primera vez una nueva construcción: el templo.

El templo sería más adelante el remate de una construcción escalonada en forma más o menos piramidal, establecida la mayor parte de las veces sobre una plataforma compacta de tierra y ubicada en el centro de la aldea. Junto a ella había un naciente complejo religioso y administrativo en forma de edificaciones que ocuparon necesariamente a los lados un lugar físico. De ahí en adelante, la vida de los habitantes giró alrededor de esta construcción realizada con fines no habitacionales sino de veneración, el templo, y desde ese momento procedentes de sus solares de cultivo los pobladores y/o tributarios acudieron al conjunto religioso tanto para realizar sus servicios religiosos como administrativos sin tener que verse obligados a abandonar por largos periodos sus espacios habitacionales y parcelas agrícolas. Al mismo tiempo, la clase y la calidad de las distintas construcciones



nos permiten observar la complejidad de su evolución urbana. Suponemos que esta fue resultado de un cambio en la organización social, dándose entonces la diferenciación entre los distintos estamentos sociales e incluso en los diferentes grupos urbanos.

El gran valor de las ciudades mesoamericanas se respalda y complementa con la idea de que los hombres del nuevo mundo tenían la escala desarrollada ante una gran visión del universo, donde los espacios no se encontraban limitados o constreñidos por murallas, accidentes de terreno o por rudezas del clima. Para ellos lo más importante era la centralidad del conjunto, donde los espacios se habían jerarquizado a partir de un punto principal que era donde se localizaba el recinto ceremonial mayor; estableciendo el principio del carácter abierto y la planeación previa estenográfica de los espacios comunitarios y procurando los accesos por calzadas, principalmente rectas, anchas y largas; como punto sobresaliente la orientación del conjunto arquitectónico cuidadosamente preciso de acuerdo con las posiciones y movimientos de los cuerpos celestes del espacio. Todo ello revela la planeación previa; el modo de vida al aire libre de los habitantes, cuyas actividades diarias se realizaban directamente bajo el cielo, sin necesidad de protegerse bajo un techo.

Aquí es posible permitirnos la libertad de especificar que no es válido para nuestro conocimiento el confundir las características del término europeo de una plaza medieval – ampliación de calles– con los espacios abiertos de un centro mesoamericano ceremonial, o aún más, con el área delimitada utilizada para los tianguis o mercados indígenas que en días específicos congregaban a los habitantes de la región para la venta o trueque de sus productos.

La plaza medieval fue una calle más amplia, delimitada generalmente por los edificios que formaban su perímetro dentro del sistema vial del cual era parte. Solía haber en este perímetro uno o más edificios importantes que daban razón a la ampliación de la calle.



Un centro ceremonial en cambio era un conjunto de recintos delimitados principalmente por los muros de los basamentos de los templos con accesos marcados primero en las esquinas y después por accesos centrales, que solo indicaban los lugares de entrada, pero sin impedirlos o controlarlos. Posteriormente a ellos se llegaba por amplias calzadas rectas. En cada ciudad había un recinto ceremonial principal que marcaba su centro físico, corazón de las actividades religiosas, y este fenómeno arquitectónico se repetía a nivel particular en cada calpulli o barrio, donde se contaba también con un espacio ceremonial a menor escala, dependiendo de la importancia del lugar.

La plaza y la religión

Todas las culturas mesoamericanas fueron politeístas. El ser humano, los animales y los fenómenos naturales se concebían como parte de un continuo que abarcaba todo el universo y que era gobernado por leyes dialécticas. La observación de los astros estaba ligada directamente a los procesos socioeconómicos de las sociedades agrícolas, en consecuencia, el cosmos a su vez estaba personificado por muchas deidades, una por cada uno de los objetos que podían contemplar (en muchos de los sitios considerados especiales como Monte Albán, Xochicalco y Chichén Itzá se han encontrado observatorios astronómicos).

Más adelante, estos conocimientos darían la base para organizar el calendario, predecir el clima, armonizar las matemáticas, el conocimiento de la botánica y la zoología; los llevarían a las aplicaciones de la medicina, al mismo tiempo surgiría la escritura y con ella las primeras nociones sobre geografía, planimetría, arquitectura, etcétera. Esto definitivamente anclaba al hombre a su entorno, en consecuencia, los elementos de la naturaleza y la sociedad pasaron a formar una sola unidad.

Independiente de las labores realizadas por los recolectores, los pescadores, los cazadores y después por los agricultores, quienes fueron en sí las fuerzas o bases



productivas principales de las comunidades, algunas personas especializadas aparecieron: desde pequeños aprendieron por contacto y tradición oral los conocimientos de la herbolaria, el uso de algunos animales y su aplicación como remedios o medicina; asimismo, aprendieron a leer las posiciones de los astros. A estos se les reconocería como chamanes y más tarde como sacerdotes. Más adelante se convirtieron en una clase productiva, al ser útiles sus conocimientos climatológicos para la agricultura. Dichos conocimientos generaron una clase social que poco a poco se transformó en altamente poderosa, la cual tomó el control del grupo. Bajo el esquema anterior, en el periodo aldeano la plaza debió haber servido como el elemento arquitectónico-estructural más importante de la vida social de la comunidad y no solamente por las actividades de tipo religioso, sino por ser el punto de sus reuniones sociales y políticas.

La sede de la labor intelectual de los sacerdotes y observadores astronómicos, fue lo que los especialistas han llamado el “lugar o espacio sagrado”, en donde todo el entorno, todo el paisaje se encuentra así animado, sus detalles más mínimos adquieren una notable significación. El sitio o lugar se carga de historia humana, es decir, adquiere la categoría de “mito”, porque el hecho de su fundación no se presenta como un hecho aislado, sino como complemento de una acción espiritual. El sitio o lugar sagrado es parte de un complejo en el que participan varias circunstancias, hechos, personajes o seres, o simplemente el lugar que eligió un cuerpo de visionarios para realizar una ceremonia o rito aislado o periódico, transformándolo en sacro; por tanto, será el lugar donde surgirán las construcciones del centro ceremonial, el punto principal del asentamiento que en sí es la representación física del universo. Por lo tanto, el centro ceremonial es el resultado de la estructura esencial de los poblados, el lugar donde surgirá por vez primera un basamento piramidal o una enorme plataforma donde se coloca una choza o casa de varas, al que le van a llamar “templo”, donde se depositará la



imagen preponderante de la deidad. Cuando el hombre pudo apreciar que el recinto que había construido para su deidad era demasiado pequeño como para albergar a más de dos personas, decidió que el procedimiento ceremonial debía realizarse lo más cerca posible, pero en espacios abiertos.

Por eso se puede afirmar que el espacio abierto que servía para las actividades comunitarias en todas sus versiones posibles, religiosas, y/o educativas, debía ser un espacio planificado pero mayor o equivalente al mismo basamento del templo. A este espacio en general, se le habilitó de una capacidad mayor que la necesaria para alojar a todos los habitantes de la ciudad, puesto que para estas actividades se esperaba recibir a visitantes externos en gran número, dependiendo de la solemnidad de la celebración. También se convirtieron en espacios restringidos al evolucionar los grupos en una sociedad teocrática más rígida, bajo el control total de la casta sacerdotal, que simbolizaba el poder político en ese momento.

Inicialmente, estos espacios abiertos que llamaremos de ahora en adelante “plazas prehispánicas, plazas ceremoniales, o plazas religiosas”, tendrán como nexos forzosos las estructuras piramidales, que serán los soportes de los templos, los lazos religiosos en una unidad básica; sin olvidar que en los pequeños núcleos urbanos también las plazas funcionaron como espacios abiertos para las reuniones civiles o políticas del grupo, aunque estaba primordialmente se utilizó este espacio para la religiosidad ceremonial, influencia de los templos y de los edificios aledaños donde se ejercía el poder político.

Las plazas religiosas y su entorno

Así surgió lo que podríamos llamar la ciudad mesoamericana, que fue un enorme escenario panorámico planificado hasta el horizonte y en el cual la sociedad señaló un punto de convergencia, la plaza, el sitio que ocupó un espacio especial para la realización del conjunto de actos externos respaldados



por la tradición para rendir culto y expresar reverencia a sus dioses, el lugar o espacio considerado como la representación física del centro del universo.

Las plazas de tipo religioso aparecen como un elemento más de los condicionantes sociales y políticos de las comunidades. Fueron un elemento centralizante para reunir a la gente, ahí acudían todos aquellos jornaleros que se encontraban dispersos. El componente principal de estos complejos arquitectónicos fue el basamento piramidal y su templo, con una explanada que se desplegaba ante el conjunto con un pequeño templete construido a modo de promontorio trazado axialmente, es decir, al centro de estos espacios abiertos se colocó un altar para realizar en él ceremonias a la vista de los concurrentes.

Debemos hacer notar que al pie de ciertas escalinatas de acceso a los templos existían algunos monolitos o estelas, las cuales generalmente marcaban fechas relacionadas con la deidad o con quien dedicaba el templo. Los sitios por donde se accedía a las plazas en su mayoría eran por los rincones, nunca de frente, es decir, por los sitios colocados en las esquinas a los cuales se llegaba por estrechas callejuelas de 1.60 metros máximo y que colindaban con otras plazuelas secundarias o con calles laterales. En la base piramidal del templo, sobre los dados o remates superiores de las alfardas que bordeaban las escaleras, se colocaban porta estandartes de animales totémicos, guardianes permanentes como el poderoso jaguar, las águilas o el coyote; o bien, grandes braceros que ardían día y noche durante los 365 días del año. Así muchas de estas plazas adoptaron los nombres de las deidades: Plaza de la Noche, frente a la pirámide de la Luna, Plaza del Sol, Plaza de Tláloc. (Román, 1981)

De acuerdo con las necesidades, estos espacios surgieron poco a poco, rodeándose de otros edificios anexos como los administrativos, que solucionaban las necesidades de los hombres comunes. El crecimiento hizo que no solamente



se incorporaran los servicios administrativos sino también los palacios y casonas de los principales del gobierno, convirtiéndose prontamente en sitios que correspondían a una elite urbana. De este modo, las nuevas construcciones fueron parte de la gran urbe en la mayoría de los casos. Este tipo de plazas tuvo una función destinada originalmente a ser un espacio ocupado por los grupos para las celebraciones religiosas colectivas, donde se manifestaban de mil y una formas: bailando, cantando, conversando e intercambiando lo mejor de su etnia y costumbres. Sitios especiales, en los cuales terminaba el peregrinar de los grupos indígenas, muchas de ellos durante los lapsos en los que no había ceremonias, se convirtieron en lugares ocupados por el público en general, sobre todo cuando todavía no era total el control de los sacerdotes.

Las plazas civiles y recreativas

A partir de la segunda parte del periodo Clásico, esto es, hacia el año 400 de nuestra era, y para los periodos siguientes del 650/900 al 1200, el Epiclásico y del 1200 al momento de la llegada de los españoles, la producción del campo permite el crecimiento de la población, las ciudades debieron haber aumentado los espacios abiertos para el uso colectivo, propiciados y tolerados ampliamente por la administración centralizadora y utilizados esencialmente en doble función política-civil y militar. Entonces las plazas pasaron a una nueva función, eminentemente civil en las que con el tiempo se hará más común el intercambio de información, el lugar donde se da fe del acontecer diario y el sitio donde se comunica al pueblo de los avances o el progreso de una campaña militar, de una conquista o de las designaciones de nuevos funcionarios o dignatarios, el lugar donde los habitantes interpongan sus quejas y donde se les comuniquen las soluciones. ¿Pero qué sucedía en estas plazas cuando estas actividades no se realizaban? Todos los días anteriores o posteriores a una celebración religiosa, a una campaña política o a una nueva



designación, entonces poco a poco apareció una nueva función, cuyo objetivo no era la ceremonia sino el ocio y la diversión.

En un principio, como parte de la parafernalia ceremonial, a las grandes plazas ceremoniales o sagradas se les agregó el templo abierto conocido como el “juego de pelota, o Tlachtlí”, que fue utilizado para celebrar por su conducto el paso de los astros o planetas por el cielo. La pelota representaba a los planetas y el espacio de la “cancha” al cosmos, por lo que era primordial en ellos la orientación y la posición de los templos de homenaje. Estos se colocaban en un extremo de la plaza principal, ocupando todo un lado, como en el caso de Tajín, Tula, o Chichén Itzá, en otros sitios estos juegos de pelota los encontramos ubicados en plazas secundarias o anexas. Existe también la problemática de que en una misma ciudad existían varios “tipos” de juegos de pelota, un ejemplo de ello son los localizados en la zona arqueológica de Cantona, Puebla, donde entre los 24 excavados, hay una estructura de dimensiones pequeñas, que estiman los especialistas, fue quizá para niños o personas de escasísima estatura (ver imagen). Hemos visto que la tipología de estos espacios varía en cada comunidad y región, así como las dimensiones de sus limitantes arquitectónicas.

Con el tiempo, estos “Tlachtle” o espacios bordeados a su vez de muros o templos, fueron utilizados en otras celebraciones que no fueron precisamente religiosas, sino populares donde se competía y apostaba a los jugadores de acuerdo a la situación social y religiosa de cada individuo de la comunidad, es decir, se transformaron en diversiones. Esto los sitúa en la esfera del poder y de la historia en Mesoamérica pero también de acuerdo a la región y época modificó las características de tipología, la importancia y significado de la comunidad. Debido a las dimensiones de la zona mesoamericana, la cifra rebasa el número de las instalaciones deportivas griegas o romanas, considerando así que el juego de pelota superaba estos eventos en su papel de rito o de deporte. De acuerdo a las investigaciones de los arqueólogos, se han encontrado hasta

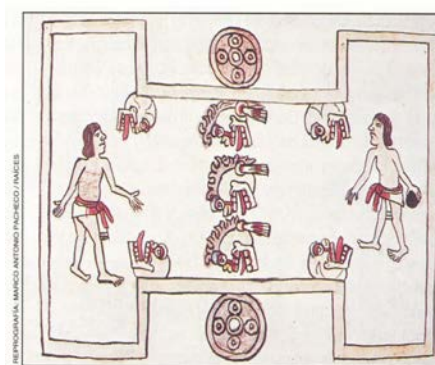


la fecha más de 1500 canchas de juego de pelota, que además de ser una práctica deportiva milenaria tuvo un papel ritual político y posiblemente económico.

La práctica del juego va a estar representada en la morfología de sus canchas; podríamos decir que, inicialmente, el modelo más homogéneo del altiplano mexicano sería el compuesto por un espacio bordeado de dos edificios y cada estructura compuesta por un talud de dimensiones e inclinación variables, en cuyas paramentos paralelos estrechos entre sí hay uno o varios marcadores o un aro central, coronado por una cornisa de algunos metros de altura. Algunas veces los extremos de las canchas estaban abiertos, otros tenían extremos limitados por altas paredes de plataformas donde se desplantan construcciones religiosas, dándole al espacio un carácter de una plaza cerrada. A estos juegos se les conocía como plantas de “H” o de doble “T”.

De acuerdo con varios autores (el juego y su simbolismo

no siempre necesitaron de espacios arquitectónicos para existir), en muchos poblados en sus relaciones o códices se habla de “Jugar Pelota” pero no existe en los sitios una construcción arquitectónica o una cancha definida. También en muchos petroglifos y documentos indígenas junto a los templos y las plazas encontramos representado al juego de pelota, y en varios

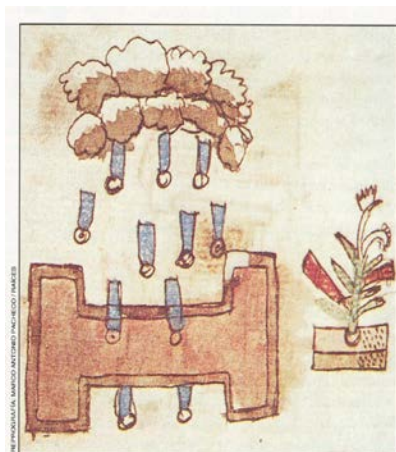


Los aros de este juego de pelota fueron adornados con chalchihuites. Códice Magliabechiano, f. 80r.

de los documentos del siglo XVI se nos indica que además de las ceremonias y ritos políticos relativos al juego, los funcionarios y la nobleza jugaban a la pelota.

Sin embargo, la evolución de las canchas y del juego no





El nombre de Tlaxiaco, pueblo mixteco, se representaba con una cancha para el juego de pelota. *Códice Vaticano A, f. 80r.*

En la población de Tlaxiaco en el estado de Oaxaca, enclavada en la mixteca alta, se realizaba uno de los más grandes “tianguis” regionales del Altiplano. Actualmente el mercado oferta las más bellas piezas en trabajos de cestería y jarcería con materiales de la región, así como las más exóticas combinaciones culinarias, como el dulce de tomate y calabaza envasado en atractiva presentación, herencia ancestral de la riqueza astronómica indígena

refleja una unidad simbólica dentro de la práctica; por los grupos que la ejercieron, hay muchas hipótesis al respecto en relación a ese simbolismo: era en sí un ceremonial

guerrero, que representaba las luchas astrales, los ritos de fertilidad, o simplemente el papel de la lucha económica. En una interpretación mágica de este espacio y de acuerdo a la posición de la cancha, normalmente con estructuras más bajas que otros edificios, representaría el sitio donde el gobernante o sacerdote se enfrenta a las fuerzas del inframundo para finalizar la temporada de secas y asegurar la vida con el renacimiento de la vegetación, conformando por tanto un “rito de fertilidad”.

Las plazas del Tianquiztli

En las sociedades indígenas, la necesidad de intercambiar productos dio origen a espacios exclusivos para comerciar. La sociedad obtuvo excedentes de producción e inició un proceso organizado para su intercambio; una vez resuelto el problema de abastecimiento de la comunidad, aparece el trueque y después se inicia el proceso de la comercialización, principalmente entre los poblados cercanos. Por lo que podemos decir, que estos pueblos tuvieron que recurrir a un espacio físico donde se debió realizar el comercio, por lo que se eligió un espacio o explanada abierta, que en muchos casos



con el tiempo se techaría, y a donde llegaban específicamente los mercaderes a realizar el trueque. A este sitio se le conoce en lengua náhuatl como tianquiztli, o mercado.

Fray Juan de Torquemada hizo mención de los mercados del México prehispánico:

...Numerosos son los testimonios que se conservan acerca de los mercados y el comercio en el México prehispánico. Por una parte, están las noticias de algunos de los conquistadores, que como Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo, expresan su admiración por la grandeza, buena policía y variedad de productos de los tianguis o mercados, particularmente el de Tlatelolco. Por otra, cronistas como Sahagún, Durán y Motolinia transcriben no ya solo lo que pudieron ver en los mercados posteriores a la Conquista, sino también los informes y relaciones que sobre ellos obtuvieron de sus informantes indígenas. En el Códice matritense de la Real Academia de la Historia se conservan varios textos en idioma náhuatl que permiten el estudio en forma directa no únicamente de los mercados, sino también del comercio y la vida económica de México-Tenochtitlan.

Hay que aclarar aquí que en principio estas áreas no fueron ocupadas o utilizadas en forma permanente sino en forma periódica, por lo que recibió el nombre de macuil tianquiztli, mercado de cada 5 días, pensamos nosotros que en él se adquirirían productos que en su mayoría eran perecederos y que solo podían durar utilizables en manos del consumidor este tiempo sin dañarse, debido a las carencias para almacenarlos. Como respuesta básica para complementar las necesidades de las familias que viven en este tipo de concentraciones, hizo que surgiera un sitio donde fuese el punto de encuentro, compromiso y comunicación; no solo de venta de mercaderías, sino un elemento fundamental en la estructura social y cultural de los pueblos. Podemos decir también que el tianquis se daba de acuerdo a las cantidades y procedencia de las mercancías.

Los macuil tianquiztli por principio se darán en las zonas limítrofes y cercanas a los núcleos de viviendas o poblados. En muchos casos, estos espacios los encontramos ubicados dentro



del núcleo central de la comunidad, o en las afueras de “la traza” de la población. Conforme se avanzó en complejidad de la sociedad, encontraremos mercados regionales que podríamos llamar fijos o permanentes, que hemos localizado en sitios de alta producción o en una ubicación donde confluyen caminos y/o rutas tradicionales de comercio de los diversos grupos de la región. Muchos de estos mercados perduraron desde tiempos clásicos hasta la llegada de los hispanos y han sido considerados posteriormente de gran importancia; ejemplo de ellos son: los de Atzacapotzalco, Tlatelolco Tianguismanalco, Tianguistengo (en el Estado de México), por lo que Torquemada dedicó un estudio a uno de ellos “... dedica al estudio de los mercados y el comercio, incluimos aquí el referente a los tianguis de la ciudad de México, en particular los de Tlatelolco del barrio de San Juan y de San Hipólito”), incluimos otros más como lo son Tlaxiaco (en Oaxaca), Itzacocan y Tepeaca (en Puebla), y muchos de los sitios de la zona maya, donde en varios se cuenta con áreas de mercado, un ejemplo es el tianquiztli, localizado y excavado en Tikal, que resultó ser una enorme explanada rodeada, como la de Tlatelolco, de locales y bodegas donde depositaban las mercancías.

Alrededor de muchos de estos mercados se generaron prontamente barrios, de acuerdo a muchas especialidades: alfareros, tejedoras y bordadoras de ixtle y de algodón, tejedores de cestería y esteras, lapidarios y curtidores, preparadores de pinturas y de papel de amate, diseñadores y dibujantes de la pluma. Esto dio origen a un entramado local y particular que a su vez generó nuevos espacios para el trabajo y propició la más rápida comercialización de los productos, ubicándose así barrios cercanos a las plazas del mercado en pequeños espacios, o bien en plazuelas menores que las marcaron con una función específica dentro del entramado ámbito de la comunidad, en muchos casos quizá más enfocados a todo lo relacionado con los productos religiosos y de apoyo a los peregrinos. Dadas las necesidades inmediatas de los habitantes, muchos de estos mercados tuvieron la necesidad de contar con jueces que



regularan los precios y dirimieran las disputas entre comprador y vendedor, además de que los grandes comerciantes también tuvieron la necesidad de contar con tlacuilos (escribanos) para hacer contabilidades y anotaciones sobre lo vendido y los impuestos cobrados y pagados. Además tenían que llevar una relación de quienes los proveían de lo necesario, así como del personal para llevar, traer y transportar las mercancías y de todo aquello relacionado con la cotidianidad del comercio.

Por lo que, podemos añadir lo que Torquemada describió de los mercados del México prehispánico:

“...Y volviendo a nuestro tiánguez mexicano, digo que las cosas que son de más pesadumbre y embarazo, como piedra, madera, cal, ladrillo y otras de esta suerte, dejábanlas en las canoas o las ponían a la lengua del agua para que allí fuesen a comprar los que quisiesen. Traíanse (y tráense hoy día) al mercado esteras finas y gruesas, que llaman petates, de todo género. Pero las finas son pintadas a modo de alfombra, de manera que se pueden poner en la cámara de cualquier señor, y de éstas usaban los reyes en sus salas y recámaras. Traíase a este mercado carbón, leña, ceniza, loza y toda suerte de barro pintado, vidriado y muy lindo, de que hacen todo género de vasijas, desde tinajas hasta saleros.

Tráense cueros de venados crudos y curtidos con su pelo y sin él, de muchos colores teñidos, para broqueles, rodela, cueras, zapatos, aforros de armas de palo, asimismo cueros de otros animales y aves, adobados con su pluma y llenos de yerbas, unas grandes y otras chicas: cosa cierto, para ver los colores y extrañeza. La más rica mercaduría es mantas, y de estas muchas diferencias; son de algodón, unas más delgadas que otras, blancas, negras y de otros colores; unas grandes, otras pequeñas, unas para cama, damascadas riquísimas, muy de ver, otras para capas, otras para colgar, otras para calzones, camisas sábanas, tocas, manteles, pañizuelos y otras muchas cosas.

Téjense las mantas ricas con colores y aun algunas después de la llegada de los castellanos, con hilo de oro y seda de varios matices. Las que se venden labradas tienen la labor hecha de pelos de conejo y de plumas de aves muy menudas, cosa, cierto, de admirar. Vendíanse también mantas para invierno hechas de pluma, unas blancas y





Maqueta del Mercado de Tlatelolco en el Museo de Antropología e Historia. Ciudad de México, D.F.

Mercado de Tlatelolco

Vista de zona porticada

dan mucho calor. Venden hilado de pelos de conejo, telas de algodón, hilaza, madejas blancas y teñidas.

La cosa más de ver era la volatería que se traía al mercado, aunque ahora no se trae tanta. Porque no se ocupan en ello tanto los indios como solían, y es la causa haberse apocado todos los indios, y haberse dado a otros oficios más caseros los que quedan y porque ya no son las lagunas tan frecuentadas de estas aves, porque los pastos los tienen agostados los ganados que andan por ellas. Y porque los nuestros (aunque no siempre) algunas veces les hacen mal a los que en esto se ocupan, quitándoles las redes y haciendo otras vejaciones. Y esta es la causa, y no decir, como dice Herrera, que es la demasiada libertad que tienen, pues aún no les ha quedado para dormir en sus casas muchos de ellos, según andan huyendo de servicios inmensos que sobre ellos cargan. Y era tanta esta cantidad, que no tiene número; porque demás que de estas aves comían la carne y vestían la ropa y sacaban otras con ellas, era mucho para ver sus colores y diferencias, unas mansas, otra bravas de rapiña, de aire, de agua y de tierra.

Lo más rico, que al mercado se traía eran las obras de oro y plata, unas fundidas, otras labradas de piedra con tan gran primor y sutileza, que muchas de ellas han puesto en admiración a los muy diestros plateros de Castilla, tanto, que nunca pudieron entender



cómo se habían labrado. Porque vieron golpe de martillo, ni rastro de cincel, ni de otro algún instrumento de que ellos usaban, de los cuales carecen los indios. Traíanse también obras de pluma, cuya hechura pone admiración y todo está tratado en otra parte.”

Tlatelolco (plaza – mercado)

Los mexicas fueron el último grupo que arribó a la Cuenca de México. Nos cuenta la historia que después de su peregrinaje, el grupo buscó primero refugio en un paraje cercano al señorío chichimeca-tepaneca de Atzcapotzalco, pero los lugareños los alejaron, refugiándose los mexicas en “Chapultepec”. Como grande era su “necesidad”, fueron y robaron comida y mujeres a Atzcapotzalco, lo que causó gran enojo y molestia. Los tepanecas buscaron la alianza del señor de los colhuas, y juntos los combatieron, derrotándolos y sujetándolos como trabajadores, Atzcapotzalco tomó para servirse de ellos a la mitad y los de Culhuacan la otra mitad. Los tepanecas obligaron a sus vasallos a trabajar en las islas de sal que se encontraban al oriente de su señorío, y ellos pidieron a Tezozómoc, señor de Atzcapotzalco, permiso para establecerse en la isleta sin sal a la que llamaron Tlatelolco, “montículo de arena”, hasta ese momento deshabitada, fundaron un caserío. El príncipe tecpaneca les concedió también un pariente para que fuera su gobernante en el año de 1351, y desde ese momento se les conoció como mexica-tlatelolcas.

A la muerte del gobernante (1409), su hijo asumió el poder, fundó un tianquiz que se encontraba en una isleta cercana (el lugar actual del mercado de San Juan), Con el tiempo lograron acaparar la sal que no tributaban a los tepanecas y comerciar con ella, el intenso comercio fortaleció a los mexica en política y comercialmente, al grado de lograr independizarse de Atzcapotzalco gracias a las alianzas matrimoniales con la casa del príncipe Tezozómoc, pero a la muerte de este empezaron nuevamente sus penurias, por lo que junto con los tenochcas y los texcocanos tuvieron que lanzarse a la revolución.

Para el año 1428, los pueblos del centro y noreste de los



lagos centrales del altiplano, buscaron su independencia de los tepanecas de Atzacapotzalco; para lograrlo establecieron la mal llamada Triple Alianza ya que en realidad se encontraba conformada por 4 señoríos, México-Tenochtitlan, Texcoco, Tlacopan y Tlatelolco.

Después de su separación de Atzacapotzalco, y a la conquista de los demás pueblos antes sujetos a los tepanecas, los primeros tres pueblos se repartieron los tributos de los pueblos conquistados y dejaron a los tlatelolcas el manejo de los mercados y de las mercancías, recibiendo el nombre de “Pochtecas” los encargados de tales menesteres. Estos se encontraban organizados conforme a una estructura militar y eran considerados comerciantes guerreros.

La organización de la Triple Alianza, propició la expansión de los mexicanos al territorio de los señoríos de la Cuenca del Río Lerma (en el Estado de México), de los alrededores de los grandes lagos, la Cuenca de México, y en la Cuenca del río Puebla-Tlaxcala, extendiéndose hacia el norte de Veracruz, Oaxaca e incluso el Soconusco, Chiapas.

En los poblados de Atzacapotzalco y de Itzocan, el “imperio” estableció un “mercado de esclavos” (los mal nombrados esclavos, personas que habían sido grandes guerreros conquistados en batalla, los cuales eran consideradas las máximas ofrendas ceremoniales, es decir, estaban destinados a ser sacrificados en la piedra de sacrificios del “Templo Mayor”, ellos eran cuidados como príncipes y debían estar bien comidos y bien tratados, lo cual se hacía durante todo un año).

Las rivalidades entre los componentes de la alianza propiciaron grandes conflictos que provocaron entre otras cosas el derrocamiento de los señores tlatelolcas y el dominio de este pueblo por el mexica, el cual terminó por controlar todo el mercado los tenochcas y, en consecuencia, recibir todo el caudal de beneficios.

La función de este mercado fue expender toda clase de



mercancías que se daban o se producían en Mesoamérica: perecederos, cárnicos y pescados de laguna, río y mar, productos artesanales de todo tipo, animales vivos, pedrería suntuaria y utilitaria, así como una serie de productos que salían para la venta a otros mercados y otras regiones, lo que generó no solo el establecimiento de la gente especializada (por lo que podríamos considerar a Tlatelolco como ciudad preindustrial, sobre todo por los barrios establecidos en los alrededores), sino también propició una tipología especial en la vivienda, compuesta por amplios patios donde se trabajaba al aire libre, se utilizaban materiales importados y las habitaciones se encontraban en el fondo o al lado, para poder depositar en los espacios libres los materiales y así trabajar más libremente y en el volumen requerido.

Además de los datos proporcionados por los arqueólogos, comentaremos que existe de este mercado la reseña histórica de los cronistas de Indias, por ejemplo, la de don Bernal Díaz del Castillo, que nos habla de las características que apreciaba del “tianquiz” de Tlatelolco durante el recorrido que hizo junto con Hernán Cortés:

... iban muchos caciques de Montezuma para que nos acompañasen ; desde que llegamos a la gran plaza, que se dice el Tlatelulco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían . Y los principales que iban con nosotros nos lo iban mostrando; cada género de mercaderías estaban por sí y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas y plumas y cosas labradas, y otras mercaderías de indios e indias esclavos y esclavas digo que traían tantos de ellos a vender a aquella plaza, como traen los portugueses los negros de Guinea, y traíanlos atados en unas varas largas con collares a los pescuezos, porque no se les huyesen y otros dejaban sueltos...

... ya querría haber acabado de decir todas las cosas que ahí se vendían y que eran tantas de diversas calidades que para que lo acabáramos de ver e inquirir, que como la gran plaza, estaba llena de tanta gente y toda cercada de portales, en dos día, no se vería...



... Entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, en Constantinopla, en toda Italia y Roma, que plaza tan bien compasada, con tanto concierto y tamaño y llena de gente no la habían visto... ²

Las nuevas alianzas de sangre entre las familias más encumbradas, contribuyeron al nacimiento del Príncipe Cuatémocztzin Xocoyotli Tlacatecuhtli, quien desde 1515, a la edad de 13 años, fue el segundo gobernador militar de Tlatelolco y después su señor. Fue en este espacio que funcionó el mercado más grande del mundo indígena, como el símbolo del poder económico más fuerte de Mesoamérica, el mexica. A lo que podemos agregar lo que Torquemada relata de Tlatelolco:

... Había y hay hoy día en toda esta tierra de Anáhuac, en muchos de sus pueblos, mercados que ellos llaman tianquiztli. Y son los lugares donde salen a sus contrataciones, tan grandes y tan espaciosos, que no se sabe ciudad del mundo que más anchurosos los tenga. En especial las ciudades y pueblos grandes, como son Tlaxcala, Cholula, Tepeyácac, Huexotzinco, Tezcuco, Xuchimilco y todos (finalmente) los que tienen algún crecido número de gente, que son sin número.

Y por no dilatar este capítulo a cosas casi infinitas, las reduciré todas a los de esta ciudad de México. Porque vistas aquí, se podrán por ellas entender las de todas las otras partes de la tierra. Tiene esta excelentísima ciudad, en cada plazuela y lugar medianamente desocupado, todos los días mercados de comer. De manera que para proveer los castellanos y los indios sus casas, no hay menester salir lejos. Fuera de estos mercados hay otras plazas, donde es el concurso de la mayor parte de la gente. Pero sin estas, tiene otros tres lugares muy principales, el uno de los cuales es la Plaza de Santiago Tlatelolco, donde concurría, en tiempo de su gentilidad y después de cristianos muchos años, toda la gente a vender y comprar las cosas necesarias al trato humano. Pero por parecer algo lejos, se traspasó este trato y comercio a los otros dos, donde a ciertos días de la semana concurre gran multitud de indios a este ministerio dicho.



El primer tianquiztli, que es el de la parte de Santiago, es una plaza cuadrada, rodeada por las tres partes de portales y tiendas, y en la una acera está el tecpan, que son las casas de Cabildo y Audiencia, y en ellas asiste y vive el gobernador de esta parte de ciudad. La cuarta acera ocupa el convento y casa del Apóstol Santiago, que es de frailes Franciscos. En la mitad de esta plaza, que es una de las mayores del mundo, estaba la horca y una muy hermosa fuente, cuya agua se trajo a ella por los frailes de San Francisco en su principios, y no por los castellanos como dice Herrera, aunque la segunda vez que se metió la de Azcapotzalco, que es una legua al Poniente. Hizo el costo la ciudad en lo tocante a los materiales, pero los frailes la trajeron y los indios la trabajaron.

En esta plaza hay mercado ordinario, pero no de mucha gente, por haberse pasado el trato a los otros dos y estar ya hechos los indios a ir a ellos. Y es en tanto extremo, que siendo yo guardián de aquel convento y deseando reducir las cosas en alguna manera a su antiguo uso, solicité con el marqués de Salinas, don Luis de Velazco, el segundo, luego entró a gobernar esta segunda vez, que mandase que hubiese trato y mercado general en aquella plaza algún día de la semana, por la conservación del pueblo. Y se ordenó que lo hubiese los viernes y se pregonó. Y aunque el primero lo hubo de los mismos de aquella parte, que fue mucho y muy concertado y vistoso, no quisieron los de los otros barrios concurrir. Y así el segundo, cuando pensamos que fuera más, fue menos. Y el tercero casi ni hubo gente, porque viendo los del pueblo que sus vecinos no venían, los fueron a buscar. Hubo rigor para que se sustentara este mandato y no aprovechó. Finalmente ya este mercado y plaza, más sirve de memoria de haber sido de ser.

El mercado ordinario de esta ciudad, es el que está en la población de San Juan, que es una plaza también muy grande de suerte que en cita y en la pasada caben cien mil personas con sus mercaderías. Había todos los días de la semana gente en este mercado o tiánguez (que así le llamaban los españoles, sin haberle quitado el nombre de los indios, así como también se les ha quedado el de otras muchas cosas), y después en tiempo del virrey don Antonio de Mendoza y el visitador Tello de Sandoval, se ordenó que la gente que acudía a estos dos tiánguez cada semana, se juntasen miércoles y jueves en otra plaza muy grande, cerca de la población de los castellanos, que como entonces eran pocos, distaban mucho estos mercados de sus



casas. Pero ahora ya caen dentro de la ciudad española, y aun en los callejones de los indios hay muy pocos que no tengan muchos moradores, así castellanos como mestizos y mulatos.

Este tercer tiánguez se llama de San Hipólito por estar cerca de la iglesia de este santo, abogado de la ciudad y haberse ganado este día, según dicen algunos, aunque según otros fue el día de Santa Clara. Pero porque no reza universalmente la iglesia de ella y por consiguiente manera no estaba en el calendario y tabla general del rezado esta santa, no la hallaron en ella cuando quisieron notar el día Y así pasaron al inmediato, que se le sigue, donde están los benditos santos Hipólito y Casiano. Y esto he dicho, aunque en plática de tiánguez, para que lo sepan los que salen a él.

A este tiánguez acuden de todos los pueblos de la laguna, y era de manera la gente que se juntaba en este tan grande mercado, que apenas se podía andar por él a caballo ni a pie, y eran tantos los contratantes, que no oso decir el número porque parecerá fabuloso al que lo oyere y no lo hubiere visto. Porque cierto no había hormiguero de tanto bullicio como antiguamente lo vi, y no era entonces de muchas partes, una de lo que antes era. Muchos vienen a comprar, y otros sin cuento, a ver lo que se vende. Las más son mujeres, debajo de unos tendejones o sombras que hacen para la defensa del sol. Tienen las mercaderías puestas en el suelo y cada una conoce y tiene su asiento, sin que otra se lo tome, porque viene corriendo desde su gentilidad entre ellos, así en éste como en todos los mercados de esta Nueva España, tener cada oficio su asiento y lugar. Y cada mercadería tenía su sitio. A causa de este mercado, como por la laguna vienen los más a comprar y vender, había tantas canoas en la acequia que le corresponde, que cubrían el agua.

En los otros pueblos grandes, que los nuestros llaman cabeceras de provincia, dice el padre fray Toribio Motolinía que tenían entre sí, por barrios, repartidas las mercaderías que habían de vender. Y así los de un barrio vendían el pan cocido y los de otro el chile y otros sal y de otro el mal cocinado. Y los que se ocupaban en una granjería, no podían atender a otra, que era curiosidad harto notable. Pero todos, en común, podían vender centli, que es maíz en mazorca, cuando se cogían los panes y después en grano.

Por otro lado, diremos que Cuitláhuac fue un notable personaje de los mexica, que escenificó las más cruentas



batallas ante los castellanos, como lo fueron las de “La Noche Triste” y la de Otumba. Cuauhtémoc, señor de Tlatelolco, fue el sucesor de este señor cuando él muere por el contagio de la viruela. El gran Cuauhtémoc, último opositor de la conquista, hizo por tanto a Tlatelolco el último bastión de la resistencia mexica. Al caer, se pierde la batalla ante los españoles, el 13 de agosto de 1521, y lo toman prisionero.

Tipología

Las plazas abiertas (espacios planeados)

Estas plazas eran todas destinadas al uso y servicio de los habitantes comunes, donde podían servir para el intercambio y socialización del grupo. Sea para un uso de tipo comercial informal, religioso o social (danza, música y canto). Muchas de ellas no tenían una forma regular, se extendían en los remanentes de la población o en las zonas limítrofes de los poblados organizados a modo lineal y eran donde se establecían los tianguis ocasionales.

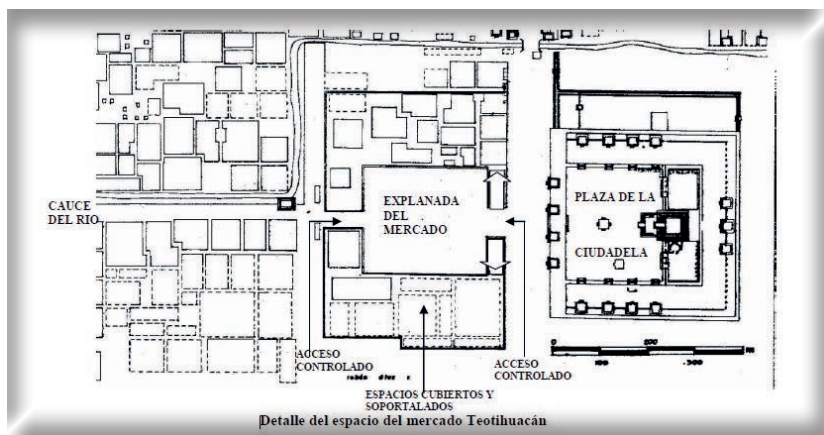
Plaza -colectiva

Las formas regulares de las plazas establecidas en las ciudades principales que se estructuraban ortogonalmente, y aun las que tenían formas más distendidas o abiertas, que les permitían ciertas libertades de solución, especialmente las del periodo Clásico Maya, como las que se localizan en Tikal, Copan, Uaxactún, Quiriguá, Kaminaljuyú, y aun en el altiplano como las de Teotihuacan, Tajin, Xochicalco y el Tlachihualtepetl. Espacios donde el habitante común podía circular, y que servían de enlace entre calles, callejones y grandes avenidas.

Las plazas cerradas

Este tipo de plazas correspondía a funciones de tipo religioso donde solo los sacerdotes, podían estar en ellas, sitios solo para los iniciados donde se ofrecían los sacrificios a los



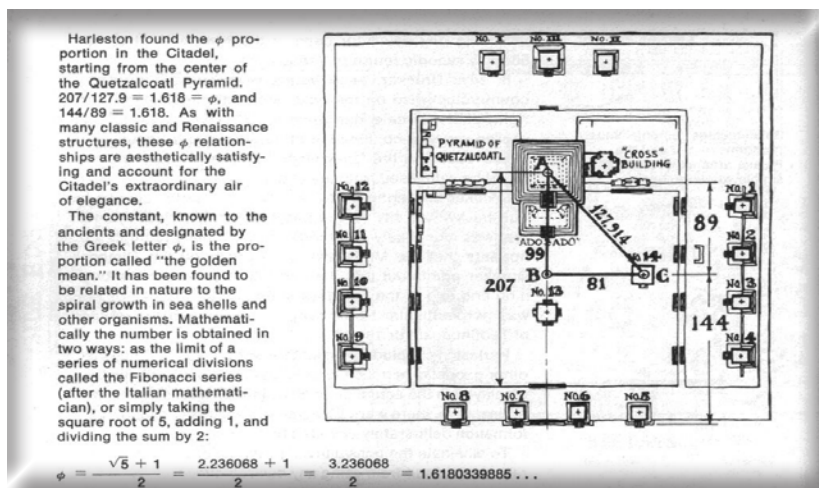


dioses. Estas plazas se encontraban limitadas por patios altos o plataformas, o escaleras intermedias que impedían al que estaba en el exterior poder mirar o presenciar la parafernalia que ellos realizaban. En ellas se encontraban los elementos de equipamiento necesarios, como lo eran las estelas fechadoras o conmemorativas, temples o adoratorios, portaestandartes, pebeteros, etcétera. Había también plazas que correspondían a lujos constructivos, sitios verdaderamente singulares, de pisos bruñidos, o cubiertos de mica, algunos con decoraciones e incrustaciones ceremoniales para caminar sin sandalias si fuese necesario, patios enlosados perfectamente junteados.

Las plazas secundarias

Eran espacios de una importancia menor, aquellas plazas que funcionaban como nexos entre las calzadas y otros espacios abiertos en la ciudad, sitios que se destinaban para uso del hombre común y que le permitía transitar entre los sitios permitidos. Algunas de estas plazas obedecían a los trazos y lineamientos ortogonales de la gran ciudad y en las poblaciones menores quizá aun con formas irregulares se integraban a los lineamientos urbanos del poblado. Servían para guarecerse en algún espacio de ellas y pasar la noche con el solo acompañamiento de una estera o petate. Funcionaban





para interrelacionarse comercialmente en ese mundillo profundo y singular del trueque circunstancial previo a las ventas, o posterior a las mismas. Funcionaban también para identificar a los espías de los grupos enemigos por medio de la observación, albergaba también a los peregrinos.

Plazas - mercado

Este tipo de plazas fueron aquellas que se establecieron a partir de las necesidades y funciones de una población en crecimiento, que tal vez surgió de las negociaciones y alianzas entre los diferentes grupos con excedentes agrícolas y productos locales de alto consumo. Una de ellas fue el famoso Tianguis fijo o mercado de ciudad u otro de dimensiones mayores que pudo haber sido un Tianguis Regional. En Teotihuacán para el año 400 de nuestra era, ya existía un espacio destinado al mercado, con una disposición delimitada ubicada frente a la Ciudadela. Su trazo era rectangular, con desniveles para albergar los diferentes géneros de mercaderías. Desafortunadamente, el establecimiento del museo de sitio de 1960 sobre el área, no nos permitió tener mayores conocimientos sobre el mismo.

El otro ejemplo sería el tianquiz de Tlaltelolco, que lo



describen ampliamente los cronistas. Es interesante la idea que tenían de la articulación de los espacios y de su rico entorno. En la descripción de la plaza-mercado, la función estaba totalmente definida, soportada, trazada y debidamente organizada. (Imágenes del Museo de Antropología):

...y así dejamos la gran plaza sin más verla y llegamos a los grandes patios y cercas donde está el gran cu tenía antes de llegar a él, un gran circuito de patios, que me parece que eran más que la Plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas alrededor, de calicanto y el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes de losas blancas y muy lisas y adonde no había de aquellas piedras estaba encalado y bruñido y muy limpio que no hallara ni paja ni polvo en él.

Tlaltelolco no solo estaba ocupada en sus alrededores por los mercaderes, personal administrativo y viviendas de los principales; en las inmediaciones se encontraban también las gentes de servicio para la carga y descarga, acarreos tanto de mercancías como de personajes; así, desde épocas tempranas tomó forma el tan famoso barrio de Mecapalapa o de los cargadores de bultos, lo cual realizaban por medio de un lazo que sujetaban de su cabeza, llevando la carga así sujeta y está en la espalda, al lazo sujetador llamaban ellos “mecapal”; ese barrio se encontraba localizado junto a un desembarcadero de uno de los grandes canales que venían desde el sur de una población llamada Ixtapalapa, hoy el barrio sigue siendo uno de los de mayor intercambio de mercaderías en el centro de México, el denominado barrio bravo de Tepito.

Expresión formal

El diseño de las plazas

Las plazas prehispánicas fueron diseñadas en forma rectangular o cuadrangular, se encontraban por lo general limitadas por tres o cuatro basamentos piramidales, y en ocasiones por más edificios, como es el caso de la gran plaza central de Monte Albán. Los edificios y el espacio de las plazas



estaban normados por la observación de los astros, por tanto, su orientación era astronómica.

Los elementos arquitectónicos de las plazas correspondían a trazos ortogonales concebidos a partir del conocimiento del espacio geométrico, logrando su trazo sobre ejes hechos desde puntos de apoyo ubicados en las elevaciones, de los cerros próximos de acuerdo con la desviación del sol y la orientación cambiante de los solsticios o equinoccios.

Las plazas pueden encontrarse a nivel del terreno, o sobre grandes plataformas, o bien a diferentes desniveles entre los edificios (Teotihuacán). Es casual encontrar al centro de ellas un basamento de escasa altura, que muchas veces marca la pauta para la orientación y distribución de los edificios anexos. Para el caso de la zona maya, en muchos sitios arqueológicos no se cumple con las premisas anteriores ya que se ha dado el caso de que muchas de las plazas son totalmente irregulares. Así podemos seguir los estudios en cuanto al trazado de las plazas, que podríamos decir que alcanzan su máxima expresión en la Ciudadela, donde el espacio logrado corresponde en sus mediciones con los trazos de la ley pitagórica. (Peter, 1976)

Las trazas primitivas y sus plazas

Plataformas

En Mesoamérica, como en muchas otras partes del mundo, para hacer destacar los recintos, casas o templos especiales de la monotonía de los caseríos de los pueblos, se construyeron plataformas de tierra. Lo anterior sirvió para jerarquizar la posición de las clases más altas, asentando sobre las plataformas pequeñas estructuras o templete a la casa sagrada, es decir, al templo. En muchos casos se hacía sobre otro pequeño terraplén, como se puede observar en el sitio arqueológico de Tlapacoya, Estado de México.

En consecuencia, los primeros espacios logrados debieron haber sido simplemente los que dejaban los montículos entre



sí, las plataformas de tierra, es decir, aquellos que fueron utilizados para colocar sus casas, a los lados, o al frente, espacios planos o libres que quedaban siguiendo la pendiente natural del terreno en reposo. Al principio, el simple uso de las chozas sobre las plataformas en poco modificó la sencilla estructura del poblado, la cual se haría más compleja al surgir los palacios o simplemente los galerones más grandes, que crecieron ante la diversidad del grupo. En el trazo y diseño de las plataformas terminadas en planos inclinados, el hombre para impedir el desplazamiento de la tierra, colocó un soporte de piedra en sus extremos, con lo que apareció el muro inclinado o talud. Así las plataformas “más lujosas” terminaban en talud o plano inclinado, característico de la arquitectura mesoamericana.

Para el caso de los edificios religiosos, la mayoría se iniciaron sobre dobles plataformas en los promontorios más altos del poblado para con esta elevación artificial diferenciarlos, destacándolos y dignificando el espacio construido. El desarrollo social permitió la aparición de las primeras construcciones de adobe con paredes verticales; en el altiplano mexicano por su régimen de lluvias también surgieron los primeros techos planos con leves inclinaciones. En muchos casos para conservar la estabilidad de estas primeras paredes se colocaron pequeños contrafuertes en forma de talud en sus bases, siendo las primeras las más antiguas³.

Se ha determinado sobre todo en la zona maya que, de acuerdo a la complejidad cada vez mayor de los ritos religiosos, los basamentos fueron más elevados y se superpusieron unos sobre otros, anexando nuevos elementos arquitectónicos y urbanos al conjunto, hasta formar verdaderos complejos urbanísticos. Para los mesoamericanos, la concepción del ciclo sagrado era la montaña, en la cual el sol asciende en la mañana y baja por la tarde, de modo que su pendiente celeste imaginaria

3 *La combinación de las dos técnicas talud y recta originaron diversos perfiles agregando molduras que caracterizaron las regiones: delantal, zona maya, escapulario región oaxaqueña, talud – tablero, zona del Altiplano mexicano, Teotihuacán.*



y real se escalona como las de un gigantesco edificio de cubos superpuestos, como un monte o montaña artificial que la mayoría de las veces va creciendo hasta conformar grandes volúmenes de material coronado por los templos. Tal es el caso de la gran pirámide de adobes de Cholula, el famosísimo Tachuiahualtépetl (montaña hecha a mano), que se caracteriza por ser la construcción de una pirámide escalonada con varias superposiciones hasta conformar la estructura ritual más grande de todas las culturas (420 m de base) y también la más alta (más de 85 m de altura) y la cual se convirtió en el símbolo del cielo.

Otros espacios a modo de “plazas”, sin plataformas, y que también se encuentran en esta primera etapa, son aquellas que se aperturan en la acumulación incipiente de viviendas y que sirven inicialmente como marco a la casa principal del señor y posteriormente se convirtieron en la plazuela de la comunidad. Quizá estrictamente lo fue también un sitio irregular, que dada la tendencia de orden y trazo geométrico persistente en todo cuanto se edificaba, pudo reorganizarse siendo más adecuado para el poblado, marcando directrices en su traza y crecimiento.

La urbe

Los centros urbanos

Los núcleos de población generaron de modo incipiente las primeras formas de urbanismo, al principio asentamientos de forma irregular y/o casual conformados por chozas (xacales construcciones rectangulares o chinancales, construcciones circulares), agrupadas sin orientación fija sobre plataformas de tierra, que a la larga por sus propias necesidades tomarían poco a poco el trazado lineal del poblado y le darían su forma ritual de orientación. Pero esto solo sucedió cuando apareció como aglutinante forzoso el conjunto ceremonial que dio vida y razón al asentamiento urbano. Los conjuntos religiosos fueron



la acumulación y la suma de los elementos tipo reproducidos ortogonalmente.

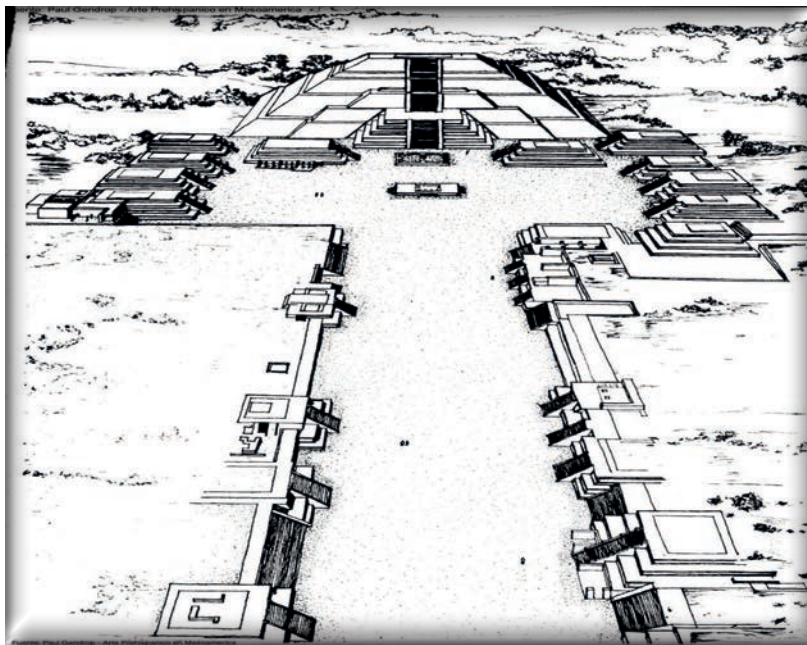
Las primeras manifestaciones urbanas no se presentaron en el Altiplano central sino en la zona periférica, en el área maya y en Oaxaca, pero llegaron a la Cuenca ya en forma madura, por lo que presentan a una ciudad como Teotihuacán, donde las plazas y los templos se consolidaron reflejando conocimiento y exquisito gusto arquitectónico, influyendo enormemente en toda Mesoamérica durante muchos años y generaciones.

Después podremos contemplar el surgimiento de una enorme ciudad dispuesta a partir de grandes calzadas en cuatro cuadrantes, la Ciudad Sagrada del Tlachiuhaltépetl o Cholula, y en cada una de sus partes rublos de diferente filiación étnica, ciudades como Tajín dispuesta en grandes plazas y estas en diferentes terrazas; o ciudades como Xochicalco o Monte Albán, establecidas en la parte más alta, en cerros recortados a manera de mesetas, también con diferentes desniveles y adaptadas completamente a la topografía natural. Heredera de las anteriores se alzaría la portentosa ciudad de Tula Xicocotitan, dispuesta según el modelo de Tajín en diferentes terrazas, plataformas o niveles, donde los diferentes estamentos de la sociedad construyeron sus templos.

Teotihuacán. (100 a.C. —650 d.C.)

Teotihuacán en idioma náhuatl quiere decir “lugar de dioses”, para otros “lugar donde los hombres se convierten en dioses”. Fue la metrópoli mesoamericana más grande y compleja que haya existido en el mundo indígena. Ocupaba un rectángulo alargado de 200 ha. La mayoría de la población de la cuenca de México tenía su residencia en esa enorme ciudad, para esa época y que de acuerdo a los estudios y las estadísticas llegó a tener entre 125 y 200 mil habitantes. Esta ciudad nos presenta la presencia de espacios abiertos a manera de plazas rectangulares, donde se construyeron las pirámides del Sol y de la Luna, (...de pertenecer ambas plazas al mismo periodo, es





Perspectiva de la Gran Plaza de la Luna y gran calzada de los Muertos

lógico pensar que esos conjuntos posiblemente (fueron) para concentraciones masivas, y (así como) otros conjuntos aun no conocidos, (que) hayan estado vinculados mediante calzadas o calles ceremoniales de jerarquía.)⁴ y una gran calzada de los Muertos, tornándose en el centro religioso y ceremonial más importante del altiplano.

La gran ciudad se encuentra asentada en la parte nororiental de la Cuenca de México, su relevancia e influencia, como área administrativa y hegemónica, nos ha dejado su huella permanentemente en las demás culturas posteriores. Sabemos que en ella la sociedad parece haber sido fuertemente teocrática y la vida pública muy influida por la religión. Se gobernaba con mano dura para así poder obligar a la población

⁴ Hardoy pág. 74



a solucionar los grandes requerimientos constructivos del grupo. (Ficha Arqueología Mexicana, pág. 51). (Gráfico de cuenca y productividad clásica).

Este lugar se genera como un sitio de culto y se consolida como una gran urbe que llegó a tener más de 300 mil habitantes, lo que implicaba la necesidad de una organización importante que controlara la cotidianidad ideológica y religiosa de pueblos de diversas etnias. Las necesidades de cada etapa estaban evidenciadas en los estudios arqueológicos sobre cómo la ciudad se fue desarrollando y expandiendo en un orden “sui generis”. De manera similar, muchas ciudades de otras culturas debieron haberse asentado en las proximidades de algún sitio sagrado, que de acuerdo a la leyenda en este caso fue una gruta junto a un manantial pequeño, que contaba además con un río cercano. La parte sur tenía un área pantanosa, una extensión del lago de Chalco, ahora ya desaparecido, donde se desarrollaron una serie no cuantificada de chinampas de cultivo que elevaron la productividad agrícola. Como ya se dijo, en los cerros cercanos se encontraron las piedras de referencia a los puntos astronómicos que han servido de guía para el trazo de los muchos basamentos que de modo inmediato se fueron construyendo alrededor de las plazas, siguiendo las orientaciones solares, lugares importantes para los basamentos de las plazas de las pirámides del Sol y la Luna, construcciones emblemáticas que sirvieron como referentes para los servicios religiosos y las peregrinaciones.

Ante la necesidad de tener un marco digno, tanto como para los nobles y sacerdotes en sus funciones debidas de dominio civil religioso y administrativo, la ciudad se fue llenando poco a poco de complejos conjuntos de viviendas, palacios y casas de funcionarios administrativos, comerciantes y nobles, quienes dejaron su huella en ese paso del habitar, plasmado en murales, de suntuosas habitaciones con amplios patios sobre juegos de altas plataformas y plazas hundidas, surgiendo intrincados barrios y conjuntos de viviendas para el hombre común, así como los sitios y lugares que albergaran a los de fuera.



El fortalecimiento de la ciudad por medio del crecimiento y suma de pequeños asentamientos en las proximidades, consolidó al estado teocrático, al cual tenía que necesariamente sumarse el poder militar, que no solo ayudaría a mantener el orden y control de las diferentes etnias entremezcladas, sino que sería parte de la consecución del dominio regional y extensivo de los teotihuacanos, sumando de esta forma los poderes atemporales (religión) y los temporales (militarismo) en un acto de control absoluto de una región, que iba más allá de sus límites geográficos. Por lo tanto, el complejo basamento-plaza-palacio-calle (callejón) se difundió en aquel incipiente territorio, quizá bajo una primera y no tan ambiciosa traza que se originó.⁵

Cuando se habla del mundo clásico, surge Teotihuacán como el gran coloso del altiplano, su trazado de referentes geométricos sigue impactando a los estudiosos del mismo, así como su perspectiva de la construcción y la secuencia rítmica arquitectónica. Esta situación del grupo teotihuacano se manifestó espacialmente, no solo con la transformación y modificación de las áreas geográficas en las que se inició este pequeño gran complejo-religioso de poder, sino que, de hecho, trascendió y marcó una profunda huella que impactó su entorno, llegando a ser la gran metrópoli de gran prestigio y poder, al grado de crear un estilo propio e influencia permanente y posterior al desarrollo de su cultura en toda Mesoamérica.

Forma y edificación

Construcciones

Dentro de la arquitectura habitacional, los palacios llevan de la mano la organización espacial de los centros ceremoniales. El marco de los edificios rodeaba los espacios abiertos que servían de nexo e integración a las plazas, calzadas y calles. “Los

5 John Kubler, pág. 46.



barrios” o palacios eran conjuntos de altas bardas, constituidos de austeras habitaciones donde el patio funcionó como centro y origen de la distribución del espacio y a veces había pequeñas o largas crujías porticadas colocadas perimetralmente, que daban acceso a las habitaciones del palacio. Suelen llegar a tener estos edificios hasta dos o tres patios y estar ligados por medio de corredores de estrecha circulación. Las habitaciones suelen ser pequeñas, libres de vanos y con un acceso hay la posibilidad de que estos se cubrieran con mantas para evitar las inclemencias del tiempo. En los patios interiores a veces se llegan a encontrar pequeños templetes a manera de altares con nichos, donde se colocaba la imagen protectora del sitio. “La arquitectura habitacional carece de exteriores de acuerdo al sentido occidental, sus fachada son largos muros sin ventanas que rodean al conjunto. Para comprender este concepto sería necesario entender la ideología mesoamericana tan escasamente estudiada”⁶

En esta época, en muchos sitios anexos a las plazas principales se encontraban pequeños templetes a veces techados y/o espacios destinados a la administración donde se impartía el poder y se conciliaban acuerdos de todo tipo, para las comunidades y regiones de acuerdo a las dimensiones del lugar. Algunas de las poblaciones tenían áreas representativas como lo fueron los templos de culto especializado, o para el caso civil, la plaza-mercado.

De acuerdo a la representatividad de las ciudades y sus nexos políticos, así como enemigos y fortaleza social, había poblados que se protegían por medio de murallas, fosos y o barrancas naturales profundizadas, contaban con torres de vigilancia en el más estricto sentido militar (a partir del periodo militarista). La riqueza en cuanto a soluciones escultóricas anexas a los edificios y plazas fue enorme, se cuenta con piezas que son las más vulnerables en los primeros tiempos para



6 *Mangino Tasser, pág.46.*

modificarse y anexarse a los edificios novohispanos. Estelas y portaestandartes, altarcillos y remates de plazas, graderías, escalones y alfardas con sus remates.

Fueron diestros en el manejo de la conducción de agua en cuanto a canales, represas y la solución de los desagües. Así la ciudad mexicana de México-Tenochtitlán poseía un ámbito acuífero, era a su vez el parteaguas de dos lagos: uno de agua dulce y otro de agua salada, ambos lagos no se llegaban a mezclar por la protección de las barreras por ellos prefabricadas, los denominados albarradones. Era tal su organización que los desechos no contaminaban los espacios comunes, el control se realizaba por medio de esclusas.

Materiales y sistemas constructivos

Se utilizaron los materiales naturales de tipo local y a veces regional; como lo fueron la piedra basáltica, el tezontle, el barro, el carrizo, la madera principalmente de pino, la palma y otros elementos procesados.

Muros

Muros perecederos. Como los llamados de bajareque, que era hechos de varas entretejidas recubiertas con barro, y con un perímetro de piedras que evitaban su desplazamiento, la mayoría de las veces cubiertos con techos de paja.

Mampostería. Muros de piedra y lodo. Con basamentos de piedra de río, comúnmente denominada canto rodado, desde donde se desplantaban los muros de bajareque o de adobe. Otras de las características de estos muros podrían ser de canto rodado a junta seca, o de lajillas con lodo y a junta seca.

Mampostería. Muros de cal y canto. Trabajados en diferentes materiales, como el canto rodado y cal para exterior, con sillares de tendencia rectangular, con grandes lajas para librar vanos (arco maya) o ligeros saledizos. Son muy interesantes los trabajos hechos en alto relieve y las piezas decorativas talladas



e integradas a los edificios con las realizadas en la Ciudadela de Teotihuacán o los de Xochicalco, Morelos.

Además de los edificios de la zona maya, construcciones decoradas a alto relieve como los templos de río Bec y Chenes, o como los recubiertos de mascarones de argamasa, como los de Comalcalco y Cieneguilla en la Chontalpa, o los más tempranos como los de Kojunrich y aún los de Uaxactún.

Mampostería. Muros de refuerzo en espina-pezu. Trabajados en su gran mayoría como recubrimientos externos y fabricados por lo general con lajilla de piedra basáltica o piedra calcárea en la zona maya, Uxmal y en algunos del altiplano.

Mampostería. Muros de adobe. Desde épocas muy tempranas fue el material más común después de la utilización de las varas, se utilizó para construir los muros de las casas y de templos, así como grandes paredes; algunas veces fue utilizado como relleno para el engrandecimiento de templos.

Mampostería. Muros de ladrillo. En la última época en la zona del sur de Veracruz y Norte de Tabasco en la región de la Chontalpa, se logró la utilización de edificios contruidos de ladrillo, recubiertos de grandes mascarones de yesería (argamasa).

Elementos soportantes

Soportantes Verticales. Columnas, y/o pilastras. Se contruyeron de dos tipos de materiales: piedra y madera, las de piedra las encontramos trabajadas en forma circular, o rectangular. De forma megalítica (región oaxaqueña y altiplano central) o en forma seccional (quesos y/o seccionales de piezas irregulares) con espiga y sin ella, lisas o con decoración exterior.

Soportes de elementos de madera: vigas y morillos. Elementos soportantes horizontales; vigas y morillos para los cerramientos. Para los palacios eran imprescindibles las vigas y morillos que detenían y/o soportaban el entramado del techo. Para las casas de orden popular serán importantes las



varas y piezas de madera de arbustos y árboles flexibles para dar forma a su vivienda.

Cubiertas

Cubiertas inclinadas. Debido a la tipología climática y a las condiciones de lluvias, las casas de techos inclinados, de dos y cuatro aguas debió ser la solución más socorrida para la vivienda tradicional y para los templetes que periódicamente debían renovarse, así el manejo y uso de varas y morillos de madera fueron en el auxilio de la paja, de las hojas de palmera y de otros materiales que sirvieron de recubrimiento de la región.

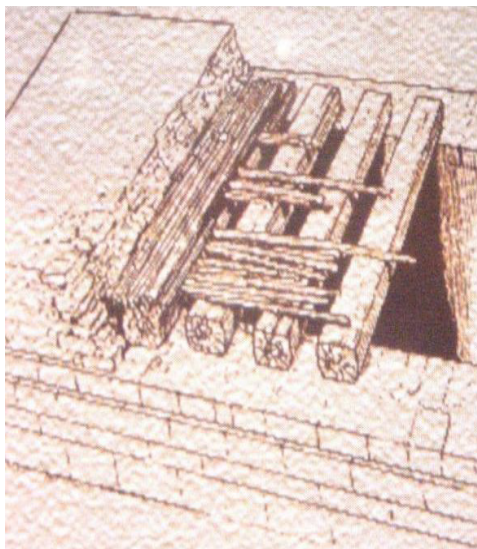
Cubiertas planas. Las techumbres de los palacios en la zona del Altiplano y de Oaxaca, fueron solucionadas con cubiertas planas de ligeros terrados, hechos a base de tejidos de varas cubiertas con lodo entre las que se colocaban tierras impermeables, como el tepetate. Estos techos, fueron fabricados en base a piezas de madera redondas sin labrar llamadas morillos, que solucionaban el soporte de varas, al mismo tiempo estos descansaban sobre vigas de madera. En la superficie del techo, las bajadas de agua eran solucionadas en las esquinas, y conducidas de variadas formas; en canales, en botareles, en tubos de barro o con jarritos unidos o sobrepuestos.

Cubiertas planas con paramentos a 4 aguas. Cubiertas utilizadas preferentemente en la última época de la zona maya, donde los muros tenían una cubierta plana muy pequeña y los cerramientos estaban condicionados por la utilización del llamado arco falso. Donde el techo se encontraba armado de volados unidos por tensores de madera.

De los acabados

Estuco y aplanados. En Mesoamérica se acostumbraba recubrir los edificios con una capa de mortero en base a cal-arena de 2 a 3 cm de espesor en el altiplano y hasta de 8 cm





Diseño de cubierta plana con morillos y terrado (técnicas utilizadas en Teotihuacán y San José Mogote, Oax.).

Museo de Antropología e Historia. Ciudad de México

en la zona maya. Algunas veces se aplicaba un enlucido con estuco de cal de 3 a 4 mm. Esta técnica permitió el desarrollo y manejo de alto y bajo relieves en otras culturas. El estuco la mayoría de las veces estaba policromada y en muchas ocasiones se le añadió elementos decorativos como las incrustaciones de obsidiana o de jadeíta, los chalchihuites, o bien de elementos marinos, especialmente para enriquecer los motivos ornamentales. Las técnicas de estucado o bruñido se aplicaron también a los pisos de sitios importantes (plazas y calzadas ceremoniales) y a muchas de las callejuelas de acceso a las plazas religiosas.

Color. Se aplicó el color con la famosa y vigente técnica de la pintura a la cal, a la que le sumaban los sedimentos de origen mineral y tierras como el ocre que aún se obtiene casi de modo espontáneo en los deslaves de la zona de la mixteca. El color rojo oxido, significaba lo sagrado; el amarillo oxido el sacrificio; el azul el agua y el verde la riqueza.

Los anteriores trabajos se aplicaban en general a la arquitectura y para esto, el artesano de la construcción era diestro, sin embargo, alternaba con el otro tipo de artesano que persistió hasta la época de la colonia, que eran el tlacuilo.

Los tlacuilos o escritores-pintores indígenas de motivos sagrados, destacaban por el manejo y la preparación de sus



tierras y colores, así como su destreza en confección de las obras de relatoría y detalle como lo eran los códices.

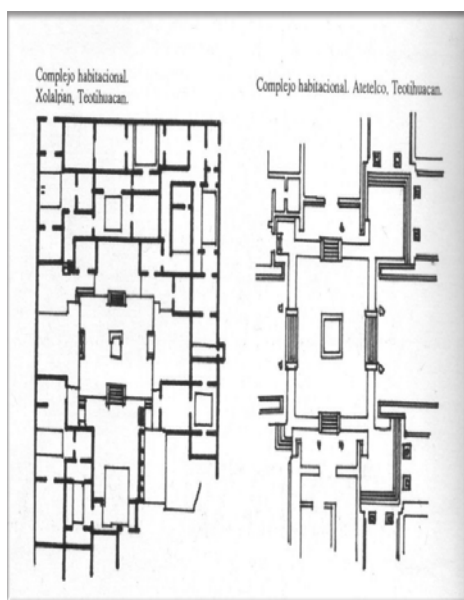
Estos especialistas también tenían las funciones de agrimensores y de diseñadores, elaboraban los planos de los Altepétl (pueblos), y de las propiedades comunales y de los templos, ya que periódicamente, todos los pueblos estaban obligados a entregar las demarcaciones de sus tierras y asentamientos por etnia y familia, así que estos trabajos de efectuar “planos de localización” debían ser bastante socorridos en ese medio. En la mayoría de las regiones se hacían en papel amate, o en algodón “coguchi”, en piel curtida de venado, o en papel de maguey.

Edificios administrativos y/o ceremoniales

Hemos reconocido a los edificios destinados al servicio de los sacerdotes y militares para la administración de los diferentes pueblos subordinados. Estas construcciones y los espacios abiertos generados, no podían escapar del

manejo de la geometría astronómica desarrollada ancestralmente y así tendremos que el trazo y la orientación corresponden a fechas cíclicas con respecto al solsticio de verano y de invierno, así como al equinoccio de otoño referenciado con las elevaciones de su entorno.

Principalmente se distribuían en las proximidades de los conjuntos religiosos y estaban ligados entre sí, bajo un complejo pero



práctico entramado de pasillos y callejones, que obligaba a acceder a los patios de los palacios en la esquinas. Cuya resultante era la estructuración de los mismos por medio de un patio central a modo similar a las plazas ceremoniales. En general tenían una constitución masiva e impactante, de muros alargados donde predominaba el macizo sobre el vano, eran de techumbres planas con remates superiores corridos, a modo de almenas y merlones. Se elevaban sobre basamentos comúnmente escalonados que les confería un aspecto jerárquico. Estaban decorados con grandes murales con representaciones zoomorfas y antropomorfas, policromadas, que correspondían a temas narrativos comunitarios, y más comúnmente a temas religiosos, (como el Tlalocan o el de los animales mitológicos) que en muchas ocasiones estaban fechados por los calendarios indígenas.

Edificaciones civiles

Espacios destinados albergar al individuo común, el habitante de la ciudad que comercializaba, servía, o prestaba sus servicios a quien lo requiriese y lo más importante, habitaba en la ciudad, Que había tenido la capacidad económica para construir en el centro de ella y siguiendo la traza, que había estructurado su construcción en una traza ortogonal con orden y concierto, de acuerdo a las condiciones geográficas de su asentamiento especialmente cuando pertenecía a una urbe. Estaban contruidos con variados materiales, muchas veces perecederos.

Urbanización

Una ciudad tiene dos factores importantes: los físicos y los culturales, por lo que resulta un poco difícil intentar insertar a los desarrollos religiosos y civiles que se dieron en Mesoamérica los títulos actuales, sobre todo el término de “ciudad”, o de “desarrollo urbano” o aún más de “urbanización”. Tal vez si las condicionantes principales que determinan una ciudad fueran: el lugar o el sitio y un grupo humano determinado.



Pero también podríamos decir que si consideramos que muchas poblaciones se desarrollaron sin contener un gran número de habitantes, manifestando un dominio sobre su entorno físico y material que marcó su grado cultural no solo en su momento sino hasta nuestros días, lo que sigue siendo modelo y sinónimo de admiración en cuanto a soluciones urbanísticas en terrenos agrestes y escasamente propicios para las soluciones ideales y que, sin embargo, convirtieron dichos sitios en espacios dignos y habitables para la población del momento.



Perspectiva de la Pirámide de Cuicuilco

Por lo que me surge la pregunta de: cuando un poblado se convierte en ciudad en Mesoamérica, ¿qué características podría tener y cuáles serían esos factores? Ya que el investigador como Hardoy nos comenta:

... una vez dada
la organización de
los grupos en clases
sociales, con un control teocrático y división de espacios, se inicia el urbanismo...⁷

Entonces es posible decir que si se tratase el surgimiento del urbanismo de un modo cuantitativo, entonces de acuerdo

7 Diversos autores consideran, la pirámide de Cuicuilco como el primer ejemplo conocido de arquitectura monumental o como el primer templo (Kirckeborg 1961) del centro de México. Existe una incongruencia entre el volumen del templo y el basamento que se repetirá en Mesoamérica, que debió haber sido respaldada por razones religiosas. A partir de estos hechos se confirma por diferentes acciones la división de clases, en las culturas prehispánicas del centro de México, donde la existencia de numerosas aldeas, presupone los albores del comercio, ante la especialización de sus habitantes, todos estos factores, anuncian el inicio del periodo urbanístico. Hardoy, pág. 50.

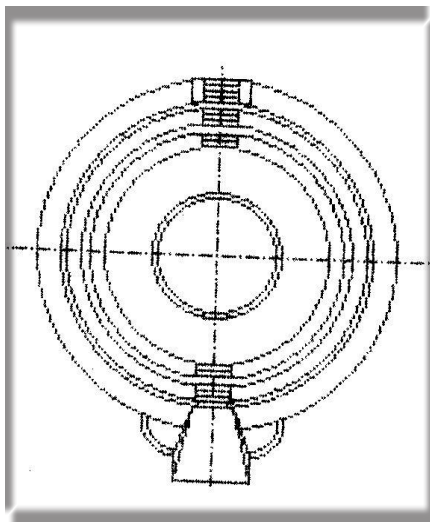


a eso Teotihuacán por ejemplo como sostienen los investigadores que hacia el año 500 a. C debió haber tenido una población superior a 100.000 habitantes y, por tanto, debe de haber estado ya en pleno desarrollo urbano.

Poblados y ciudades

Cuicuilco

Perteneciente al periodo formativo asesta estructura uno de los más bellos y significativos basamentos piramidales, de forma circular con cuerpos escalonados, cubierta la planta baja por la erupción del volcán Xitle, destinada a eventos cívico-religiosos, donde la arquitectura religiosa se hizo más notoria y diferente monumental y singular considerada por muchos autores como el primer espacio monumental del altiplano. Con una planta de 135 m de diámetro, construida de adobe y piedra aplanada con tierra, con accesos en el oriente y poniente. Cuicuilco para Hardoy es un periodo de consolidación en las estructuras sociales, en cuanto a organización y control en la producción y en el comercio y en el desarrollo de la especialización artesanal, que propicia el agrupamiento de las aldeas, iniciando así los elementos que auspiciaran el periodo urbanístico.⁸ Se convierte en un centro religioso de autosuficiencia y gestión política para los grupos sedentarios de su entorno, adquiriendo un perfil más regional y consolidado.



Planta de la Pirámide de Cuicuilco

Teotihuacán-Urbe

8 Óp. cit. pág. 50.



No sólo se genera como un sitio de culto, se consolida como una gran urbe que llega a tener durante su apogeo una extensión de 20 kilómetros cuadrados, y más de 300 mil habitantes, ya que para 500 a 600 d.C. la densidad de la población era de 7 mil personas por km cuadrado,⁹ lo que implicaba de una organización importante, que controlará la cotidianidad ideológica y religiosa de pueblos de diversas etnias. Tiene 600 basamentos religiosos y dos mil conjuntos habitacionales. Las necesidades de cada etapa están evidenciadas en los estudios arqueológicos de como la ciudad se fue desarrollando y expandiendo en un orden sui generis.

De manera similar a muchas ciudades en otras culturas, los primeros asentamientos debieron haber sido en la proximidad del sitio sagrado, que de acuerdo a la leyenda, era una gruta con un pequeño manantial, un río en las proximidades y la extensión del lago de Chalco, ahora ya desaparecido. Cuando se habla del mundo clásico, surge Teotihuacán como el gran coloso del altiplano, su trazado de referentes geométricos sigue impactando a los estudiosos del mismo. En los cerros cercanos se encontraron las piedras base de referentes astronómicos en trazo para la ubicación de los muchos basamentos que de modo inmediato se fueron construyendo siguiendo las orientaciones del equinoccio de otoño y solsticio de verano e invierno, referentes de ubicación importantes para los basamentos relevantes y pirámides del Sol (75 mts de altura y 225 mts de base) y la Luna, (46 mts de altura) edificios significativos y emblemáticos que estaban normados no solo por la magia del cosmos y el orden sino también por los trazos prácticos del constructor iniciado: el manejo del triángulo pitagórico para la traza del conjunto.

Ante la necesidad de tener un marco digno, tanto como para los nobles y sacerdotes en sus funciones debidas de dominio civil religioso y administrativo, así como los sitios y

9 “Teotihuacán en números” *Revista Arqueología Mexicana*, Vol. II, No. 35, pág. 7.



lugares que albergaran a los de fuera, la ciudad se fue llenando poco a poco de complejos conjuntos de viviendas, palacios y casas de funcionarios administrativos, comerciantes y nobles, así como intrincados barrios y conjuntos de viviendas para el habitante común, quienes dejaron su huella en ese paso del habitar, plasmado en murales con imágenes policromadas el palacio de Tetitla cuenta con 120 muros pintados. De suntuosas habitaciones con amplios patios sobre juegos de altas plataformas y plazas hundidas, rectos corredores con esvíaes de acceso a los patios y plazas.

Por lo tanto, el complejo basamento-plaza-palacio-calle-callejón, se difundió en aquel incipiente territorio que, quizá, bajo una primera y no tan ambiciosa traza, se originó. La unidad constructiva de los espacios corresponde al Maitl medida referida a dimensiones antropométricas¹⁰ que equivalen a dos varas castellanas aproximadamente. (1.64). El Fortalecimiento de la ciudad por medio del crecimiento y suma de pequeños asentamientos en las proximidades, los que consolidaron al estado teocrático, al cual necesariamente tenía que sumarse el poder militar, que no solo ayudaría a mantener el orden y control de las diferentes etnias entremezcladas, sino que sería parte de la consecución del dominio regional y extensivo de los teotihuacanos, añadiendo de esta forma los poderes atemporales (religión) y los temporales (militarismo) en un acto de control absoluto de una región, que iba más allá de sus límites geográficos.

Esta situación y actuación del grupo teotihuacano, se manifestó espacialmente, no solo con la transformación y modificación de las áreas geográficas en las que se inició este pequeño gran complejo-religioso de poder, de hecho trascendió y marcó una profunda huella también en los aspectos constructivos que impactaron su entorno, magnifico juego y equilibrio de niveles y desniveles entre calles y patios,



10 *Matías. Medidas Indígenas, pág.19.*

monumentos y escalinatas, plaza y espacios ceremoniales (ver plano policromado). Con una calzada de 5 kilómetros de longitud, llegando a ser la gran metrópoli de gran prestigio y poder, al grado de crear un estilo propio e influencia permanente y posterior al desarrollo de su cultura en toda Mesoamérica.

Conclusiones

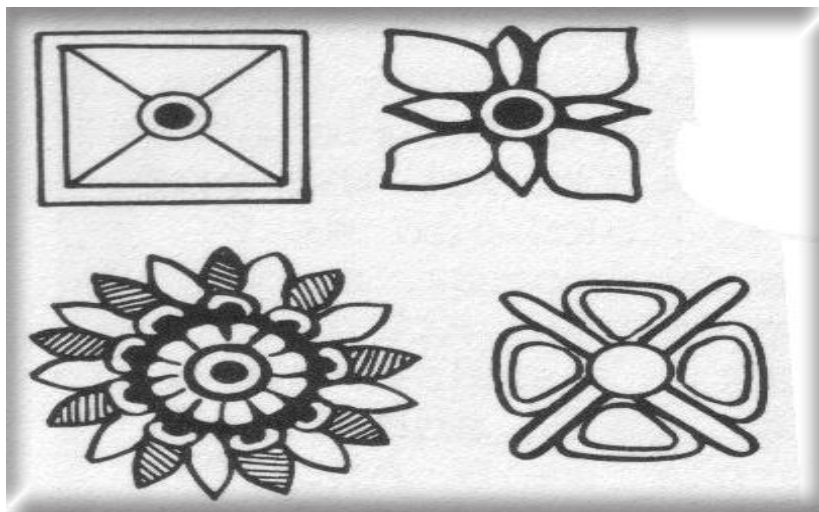
Lugar sagrado

Son comunes las historias creadas o los mitos sobre la fundación de las ciudades. En ellas van a estar asentados los sucesos más increíbles que a lo largo de generaciones se relatan de padres a hijos, de chamán a sacerdote, hasta convertirse en leyendas; entre más poderosa sea la ciudad, más profunda será la leyenda. Importantes serán muchas de ellas tanto en Europa como en América y algunas estarán ligadas a la edificación de las ciudades y sus héroes o personajes relevantes, como en el caso de los fundadores de Roma (Rómulo y Remo, que muere, al traspasar la delimitación que el hermano había hecho de la ciudad bajo pena de muerte a quien la rebasara.). Así casi todas las ciudades indígenas estarán cargadas de misticismo y leyenda y muchas veces sus nombres se relacionarán con esos hechos mágicos. La concepción del mundo mesoamericano estará basada principalmente en la observación de la naturaleza y el manejo matemático de los astros y a partir de la división de los 4 puntos cardinales. En función de este pensamiento se elige una postura ante el mundo, que más adelante se incrementaría paulatinamente de acuerdo a la diversidad de culturas, el Panteón celeste sumado a la semi divinización de los monarcas.

El norte significará :lo frío... lo árido la oscuridad ...la muerte estará representada por el color negro. El culto a los felinos. Culto a la noche... Los jaguares. Y su dios Yayahuqui.

El sur corresponderá a la vida representado por la estrella Venus,





Imágenes geométricas y Fito morfas del cosmos

la luz, y el color azul. Representado por el perro o Xolotl.

El oriente corresponderá al inicio de todo. Y al color blanco con su animal, el guajolote, y su dios Tlatlahuqui.

El poniente será la muerte cotidiana del sol y estará representada por el color rojo Representado por Venus o Tlahuizcalpantecutli y su animal totémico: el coyote.

Una vez relacionados estos espacios y personajes, el quehacer constructivo estará ligado solo con los sitios por elegir y su topografía. Los centros ceremoniales serán los espacios conexión entre el cielo y la tierra donde habitarán, no solo los hombres sino también los semidioses quienes suelen beneficiar al hombre pero también acostumbran liberarse de su carga divina y convertirse en animales denominados nahuales producto del desdoblamiento o dualidad.

A partir de esta concepción y observación de su entorno estará fundamentado el manejo del número 4 y número 5 que será básico para el establecimiento del mundo mesoamericano.

Por lo tanto, las ciudades se fundaron sobre lugares



que representan la vida y como se trata de una situación parecida al manejo del Cardus y Decumanus romano en cuanto al concepto y establecimiento del orden conceptual de establecimiento de espacios, sin embargo, el giro de los ejes en múltiples representaciones a modo de la cruz de San Andrés transforma un poco aquel orden geométrico reticular, sin abandonar la secuencia numeral de proporción al cuadrado.

Estaban también íntimamente ligados los elementos naturales y el agua es un elemento de vida. La observación de la naturaleza proporcionaría uno de los elementos básicos para construir la cosmovisión, misma que más adelante satisfaría las necesidades ideológicas de aquella sociedad. La fundación de ciudades se daría en los sitios próximos a los nacimientos de agua, trátase de manantiales o ríos, materializados como el dios Tláloc o dios de la lluvia. Las cuevas significaban la entrada al reino subterráneo sumergido en agua, al igual que las montañas que eran grandes vasos de agua o casas llenas de agua las cuales estaban ligadas ancestralmente como lugares y sitios de legitimación de los varios grupos étnicos, por ello el término altepētl para el grupo náhuatl era extremadamente significativo y su traducción precisa es cerro de agua, mientras que su representación glífica es la de un promontorio con fauces y una cueva en su base. Al igual que los templos eran considerados símbolo de la identidad comunal política, también eran concebidos como cerros de agua.¹¹

Relatos como el de la fundación de la poderosa Tenochtitlán, cuyo mito se creó una vez fortalecida como la ciudad imperio-militarista, habla de controvertidos hechos históricos. Después

11 *Teotihuacán se funda sobre una pequeña caverna donde yacía un nacimiento de agua (pinturas murales de alabanza los proveedores de la vegetación, esfinges de seres pluviales, muchas de ellas con agudos y terribles dientes, reflejo de la actitud temerosa del hombre ante el azaroso arribo de las aguas). Tenochtitlán se funda al amparo de un lago de aguas dulces y saladas.*



de dos siglos de penurias llegaron a establecerse 7 pueblos a un islote del lago de Texcoco, guiados por un dios patrono (Huitzilopochtli) que mediante un “milagro” les indicó el sitio para que se establecieran definitivamente: un águila destrozando a una serpiente sobre un nopal. El conductor o caudillo otorgó su nombre a la población recién fundada: Tenoch, es decir, Tenochtitlan. Esto nos acerca al vínculo que hay entre el hombre y lo divino. Muchos de los espacios que se construyen estarán también ligados a esa compleja visión del cosmos y que se maneja como un equilibrio del orden, conseguido solo por medio de la inmolación de los individuos, el triunfo del sol en sus lucha contra los dioses del inframundo, el triunfo sobre la oscuridad, lo cual solo es posible a través del sacrificio humano, vinculado también a los periodos del año solar, solsticios y equinoccios, así como a la relación que tiene con los periodos de sequía. Durante estos se estaba en guerra y se jugaba al juego de pelota. En diversas representaciones se encuentra a los grupos contrarios en las canchas de juego, significando así la unificación mediante la oposición, es la pequeña plaza o cancha de juego un acceso al inframundo. Desde la perspectiva prehispánica, la muerte por sacrificio perpetuaba la vida.



Bibliografía

Barabas M. Alicia (1987). *Utopías indianas, movimientos socio religiosos en México*. México: Editorial Grijalbo.

Bernal Díaz del Castillo (1979). *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*. México: Editorial Promexa.

Chanfón Olmos, Carlos, et. al. (1998). *Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicano, siglo XVI*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.

Chueca Goitia, Fernando, et.al, (2001). *Breve historia del urbanismo*. Madrid España: Alianza Editorial.

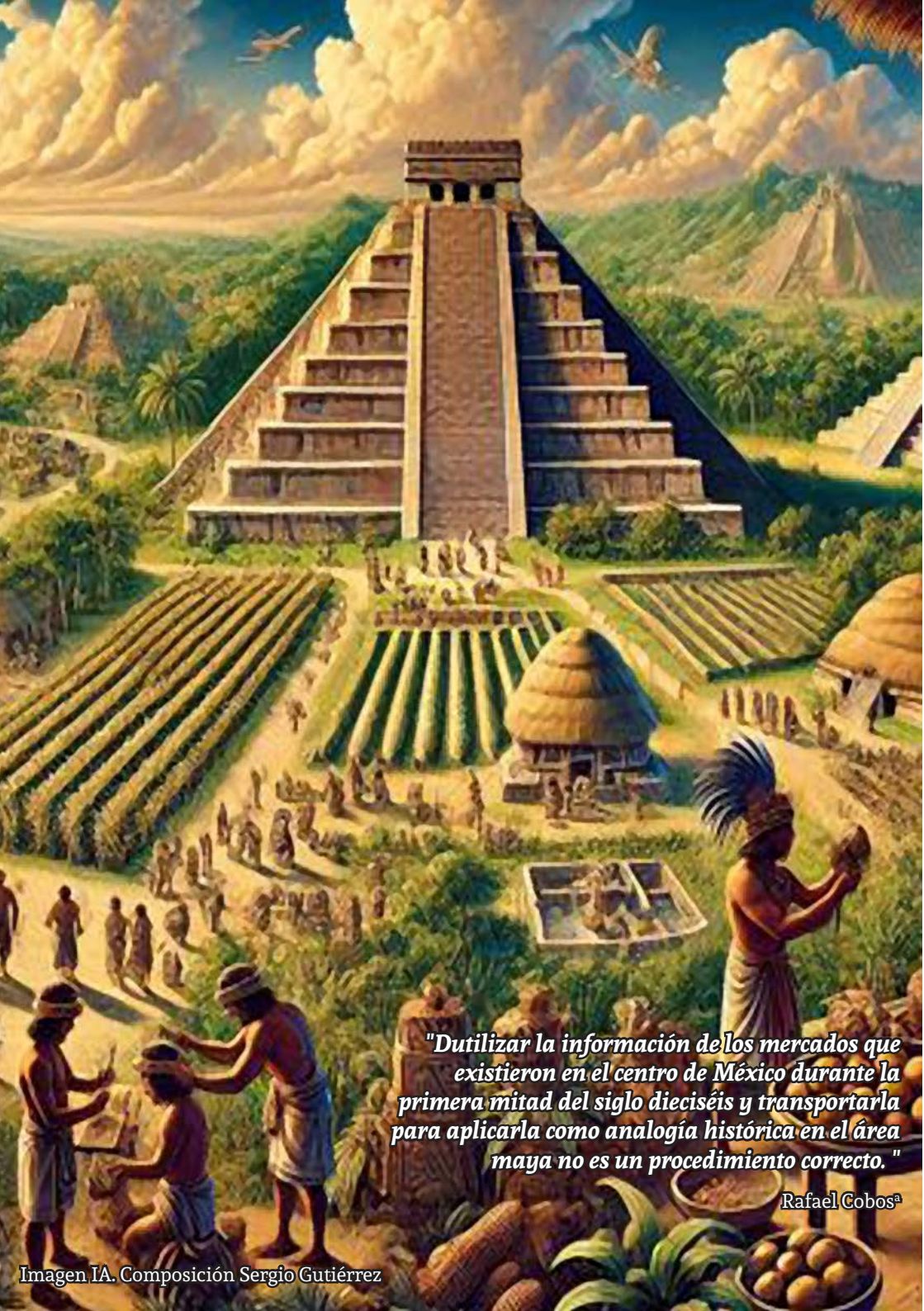
Lira Vásquez, Carlos, et.al, (1990). *Para una historia de la arquitectura mexicana*, México: UAM Tilde editores.

Pina Chán Román, et.al, (1986). *El arte mexicano; arte prehispánico II*. México: Salvat Mexicana de Ediciones.

Sejourn , Laurette , et.al, (1984). *Pensamiento y religión en el México antiguo; Lecturas Mexicanas*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Waissman, Marina, et.al, (1993). *El interior de la historia; historiografía arquitectónica para el uso de latinoamericanos*. Bogotá, Colombia: Editorial Escala.





"Dutlizar la información de los mercados que existieron en el centro de México durante la primera mitad del siglo dieciséis y transportarla para aplicarla como analogía histórica en el área maya no es un procedimiento correcto."

Rafael Cobos^a

Mercados prehispánicos en el área maya:

Algunas precisiones históricas, lingüísticas y etnográficas¹

Por Rafael Cobos^a

Abstract

Datos históricos, lingüísticos y etnográficos muestran que, cuando se utilizan para apoyar la existencia de mercados durante la época prehispánica en el área maya, demandan una interpretación más cautelosa y crítica. En este trabajo se argumenta que fue hasta finales del período posclásico cuando las plazas funcionaron exclusivamente como lugares de mercado de forma cotidiana, ya que antes de ese período las plazas fueron los espacios donde se celebraron numerosos eventos sociales donde también ocurrió un intercambio de mercado, aunque de manera periódica. Además, ciertos términos económicos del lenguaje maya sugieren que transacciones de compra y venta, así como el intercambio por trueque, canje o permuta, pudieron haberse utilizado desde el período preclásico en esos acuerdos económicos. Ambos tipos de transacción forman parte de los intercambios de mercado y, en este artículo, se profundiza en la explicación de cómo pudo haber operado el trueque o canje, tomando en cuenta que, hasta hoy día, la permuta de bienes y/o servicios continúa jugando un papel importantísimo en las transacciones económicas que se realizan en diferentes mercados de México. Un tercer tema analizado en el presente artículo se enfoca en mercaderes quienes concurrían o reunían con otros mercaderes en “puertos francos” o centros de comercio o trasbordo para el intercambio de mercancías, ya sea por

trueque o por compra y venta. Estos mercaderes parecen haber sido proveedores de productos que pudieron haber vendido al por mayor a otros mercaderes, o bien, los vendieron a otros comerciantes quienes a su vez realizaron ventas al por menor.

Historical, linguistic, and ethnographic data show that, when used to support the existence of markets during Prehispanic times in the Maya area, such data demand a more cautious and critical interpretation. This article argues that it was not until the end of the Postclassic period that plazas functioned exclusively as marketplaces on a daily basis, since prior to that period, plazas were venues for numerous social events where market exchange also occurred, albeit periodically. In addition, certain economic terms in the Maya language suggest that buying and selling transactions, as well as barter, exchange, or swapping, could have been used in these economic agreements since the Preclassic period. Both types of transaction are part of market exchange, and in this article, the explanation of how barter may have operated is further explored, considering that, until today, the exchange of goods and/or services continues to play a very important role in the economic transactions carried out in different markets in Mexico. A third theme analyzed in this article focuses on merchants who gathered or met with other merchants in “free ports,” or trading and/or transshipment centers, for the exchange of goods either by barter or by buying and selling. These individuals appear to have been suppliers of wholesale products which may have been sold or bartered to other merchants, or they may have sold them to other merchants who in turn engaged in retail sales throughout the Maya area.

Palabras clave: Mercados; trueque; puertos francos

Keywords: Markets; barter; free ports



Introducción

Estudios sobre la existencia de mercados en plazas durante el período prehispánico en el área maya han sido tema de amplias investigaciones arqueológicas en la última década. Una revisión de la literatura publicada a lo largo de este período revela que varios de esos espacios, que aparentemente tuvieron fines de intercambio económico, han sido—supuestamente—identificados en varios asentamientos de los períodos clásico y posclásico. Además, esta identificación en campo de plazas donde se establecieron mercados está siendo considerada como la expresión material de la información registrada en documentos coloniales y, también, se afirma que los datos lingüísticos y etnográficos corroboran la información arqueológica. De hecho, en esta misma literatura arqueológica se sugiere que el mercado que existió en Tlatelolco, y que conocieron los españoles que conquistaron la Nueva España, es el modelo o arquetipo para comprender cómo funcionaron los mercados en Mesoamérica.

Sin embargo, si alguien que estudia mercados prehispánicos en el área maya procede con cautela al revisar la información histórica, lingüística y etnográfica asociada con la evidencia arqueológica, pronto se dará cuenta de tres aspectos que destacan en particular y que son objeto de análisis en este trabajo. Primero, los documentos coloniales son una fuente de información limitada y ambigua. Segundo, los datos lingüísticos revelan numerosos términos económicos que definen acciones de intercambio que ocurrieron durante la época prehispánica y que no han sido considerados en la reconstrucción de transacciones económicas realizadas antes del siglo dieciséis. Tercero, las investigaciones etnográficas modernas sobre el intercambio económico en mercados explican estas transacciones como parte de un mundo más complejo donde se producen y refuerzan interacciones sociales que están más allá del exclusivo aspecto económico.

Por ejemplo, si la investigadora o el investigador usa fuentes primarias—es decir, fuentes históricas coloniales de los primeros conquistadores que llegaron al área maya en las décadas de 1520 y



1530—encontrará una situación decepcionante: solamente existe la mención de un mercado prehispánico por los españoles. Este mercado se encontró en el año 1524 en un asentamiento ubicado en el extremo este del Soconusco (Chiapas), justo donde inicia la elevación de las tierras altas mayas en Guatemala.

Otros tres aspectos de altísima importancia por considerar con las fuentes coloniales primarias fechadas entre 1519 y 1550 es el significado de las palabras, el punto y coma y los dos puntos que aparecen en esos textos históricos. Con relación al sentido de las palabras, es importante señalar que el autor de este trabajo se ha apoyado en el Diccionario de Autoridades 1726–1739 de la Real Academia Española, con el objetivo de precisar el significado de palabras específicas, ya que en este diccionario de lengua castellana se “explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua” hablada y escrita entre los siglos dieciséis y diecisiete. En otras palabras, hay importantes diferencias de significado entre las palabras utilizadas en la lengua castellana de los siglos veinte y veintiuno y aquellas de hace 400 ó 500 años.

Con referencia al punto y coma—también denominado semicolon o colon imperfecto—este es un signo ortográfico que relaciona unidades con significados discursivos opuestos, o en palabras de Ridao Rodrigo (2019:1410, véase también 1405), divide “cláusulas con significados [para] separar la explicación del ejemplo que ilustra”. Los dos puntos—reconocidos como colon o colon perfecto—también dividen las cláusulas en dos para introducir un discurso (Delgado García 2017:12, 31). Para cada uno de estos casos se presentan ejemplos que tienen que ver con Guatemala y Nicaragua.

Parece ser que las plazas de asentamientos prehispánicos mayas fechadas antes del siglo dieciséis pudieron haber sido el escenario de una amplia variedad de actividades que involucraron no solamente transacciones económicas sino también celebraciones religiosas, banquetes y/o festivales con música. Datos lingüísticos analizados en este trabajo sugieren que la palabra plaza en varios dialectos mayas se refiere a un espacio abierto como se reporta en yucateco, mam,



tzotzil, tzeltal y, ya en el siglo dieciséis, la palabra mercado en castellano se sumó a la palabra plaza para darle el significado que conocemos hoy día.

Aparentemente, a partir del siglo dieciséis los hablantes del lenguaje maya homologaron el uso de la palabra castellana mercado para también designar a las plazas como el lugar exclusivo de transacciones económicas en la compra y venta de productos como una actividad que se realizaba todos los días o periódicamente. La ocurrencia de intercambios económicos efectuados en plazas debió de haberse sumado a una larga tradición prehispánica en la cual fiestas y festines—celebradas ocasionalmente—cobijaron actividades de compra y venta en ese espacio. Por lo tanto, una de las propuestas de este trabajo argumenta que la función exclusiva de las plazas utilizadas como mercados de manera cotidiana en el área maya pudo haber ocurrido muy tardíamente—es decir, a partir de la segunda mitad del siglo quince, o bien, definitivamente en el siglo dieciséis.

El mercado de Tlatelolco ha sido propuesto como el arquetipo o modelo para entender cómo pudieron haber funcionado los mercados en Mesoamérica y, por ende, en el área maya. Sin embargo, hay que proceder con precaución y debe cuestionarse si los lugares donde se realizaron mercados ocurrieron ocasionalmente y de acuerdo con ciertos días y celebraciones, o bien, si acontecieron todos los días y de manera permanente. Investigadores como Berdan (2023:71–72), Berdan y Smith (2021:172–173), Blanton (1996:68) y Hirth (2016:72–73, 85) reportan que los mercados de Tenochtitlan, Tlatelolco, Texcoco y Tlaxcala ocurrieron cotidianamente, en tanto que otros mercados en el centro de México funcionaron después de que transcurrieron “five, eight, nine, thirteen or twenty days” (Berdan y Smith 2021:172; véase también Hirth 2016:85).

Cuando los conquistadores españoles llegaron al centro de México (Nueva España) y el área maya atestiguaron la compra y venta de productos en los que se utilizaban—por ejemplo— cacao, textiles y sal como unidades referentes de equivalencia. Sin embargo, este tipo de transacción económica no fue la única que ocurría en los mercados del centro de México y el área maya, ya que el trueque



también involucraba compra y venta, como reportó Francisco Hernández en la segunda mitad del siglo dieciséis. Cabe indicar que Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo y Bernardino de Sahagún reconocieron en sus descripciones intercambios económicos por trueque y esta transacción económica aún existe y ha sido ampliamente documentada en Oaxaca y Michoacán en pleno siglo veintiuno.

Por ejemplo, Aparicio Aparicio y Lope-Alzina (2018:2) señalan que los mercados tradicionales de Oaxaca se les denomina localmente plazas y “constituyen un sistema sociocultural a nivel regional en donde se pueden encontrar diversas formas de intercambio de objetos, así como roles y funciones sociales en las que participan diversos actores y grupos sociales”. Beals (1967), por su parte, en su estudio sobre el sistema tradicional de mercado en Oaxaca, reportó que las plazas se asocian con transacciones económicas de compra y venta, considerando la oferta y la demanda y, además, existen plazas que “directa o indirectamente están metidas en el trueque” (Beals 1967:578). Cabe indicar que la palabra ya’vi en mixteco significa tanto plaza como mercado y esta es una situación similar a lo que ocurre en lengua maya.

En el caso de las comunidades purépechas de Michoacán, Argueta Prado y Cortez Noyola (2016) reportan que hoy día el trueque es una práctica económica integradora de relaciones sociales que se realizan en los tianguis. De hecho, estos tianguis son los espacios “donde no sólo se intercambian productos, sino también identidades, experiencias, conocimiento y fraternidad” (Argueta Prado y Cortez Noyola 2016:86).

Una segunda propuesta de este trabajo sugiere que la compra y venta que se realizaba en los lugares de mercado en el área maya era pagada por productos como cacao, textiles y sal, ya que funcionaron a manera de “monedas equivalentes” y estas transacciones coexistieron con el intercambio por trueque, una situación muy similar a la reportada en el centro de México, como registraron Cortés, Díaz del Castillo y Sahagún. Por lo tanto, en el intercambio de mercado reportado en el centro de México y área maya estaban



operando dos formas de pago similares en las transacciones económicas que se realizaban en el intercambio de mercado.

El trueque es una transacción que no involucra dinero y ocurre en el intercambio económico de mercado donde dos o más personas obtienen bienes o productos, considerando la oferta y la demanda (Pryor 1977:104). Cabe señalar que esta definición de trueque hace referencia a una forma de intercambio y no debe confundirse con la palabra mercado como el lugar físico o espacio donde se asientan y presentan o exponen productos para su compra y venta (véase Hirth 2016:61–62 para las definiciones específicas de intercambio económico, lugar de mercado y economía de mercado).

La información etnográfica de hoy día muestra a personas que van a las plazas a realizar transacciones económicas por medio del trueque como individuos activos miembros de colectividades quienes juegan distintos papeles en los intercambios que realizan en un mercado. De hecho, estos intercambios representan una oportunidad para reforzar y promover la cohesión social, así como extender nexos sociales, considerando el poder de decisión que tienen sobre los valores de los productos que llegan a establecerse en el momento mismo de la transacción económica. Además, en el trueque, el dinero deja de tener su importancia como elemento o comodidad central de intercambio, ya que el aspecto social prevalece sobre lo económico en vez de que suceda lo contrario (Aparicio Aparicio y Lope-Alzina 2018; Argueta Prado y Cortez Noyola 2016; Beals 1967; Ferraro 2011).

Las páginas que siguen en este trabajo se dedican al análisis de la información histórica, lingüística y etnográfica para proponer (a) que la celebración de mercados cotidianos en el área maya ocurrió tardíamente, y (b) que el trueque pudo haber jugado un papel importante y relevante en las transacciones de intercambio de mercado. Además, y con base en la información de fuentes históricas primarias, se suma a la discusión de la economía de mercado en el área maya transacciones de compra al por mayor realizada por mercaderes o vendedores ambulantes quienes obtuvieron sus bienes o productos en lugares de depósito como almacenes y/o bodegas de



mercancías o bienes. La revisión de las fuentes españolas primarias revela la existencia de vendedores ambulantes quienes poseían sus propios almacenes o bodegas en distintos puntos del área maya y esto no ha sido considerado en la literatura económica de esta región.

Cabe indicar que en este trabajo se ha excluido intencionalmente el análisis de la información arqueológica. Esta última también merece ser reevaluada considerando los resultados de los análisis de la información histórica, lingüística y etnográfica; sin embargo, esta tarea está fuera del objetivo de esta investigación.

Fuentes históricas y mercados: El contraste entre el centro de México y el área maya durante el siglo dieciséis

Una revisión de las fuentes escritas del siglo dieciséis donde se menciona la existencia de mercados en el centro de México y área maya revela que la información procede de tres diferentes tipos de documentos históricos. Primero, las descripciones de españoles que llegaron por primera vez al centro de México en 1519 d.C. y vieron el funcionamiento de mercados establecidos en esa región antes de ese año. Aquí también incluyo la mención de mercados en Veracruz y Yucatán realizada por un cronista que nunca visitó ni el centro de México ni el área maya, así como la mención en el año de 1524 d.C. de un mercado que existió en el extremo oriental del Soconusco. Segundo, registros escritos de autoridades militares y religiosas españolas que llegaron al centro de México y el área maya después del año 1535 d.C. Tercero, documentos históricos de la segunda mitad del siglo dieciséis y del siglo diecisiete escritos por (a) españoles en el Nuevo Mundo, (b) españoles que nunca salieron de España y (c) descendientes de españoles nacidos (por ejemplo) en Guatemala. A estos escritos se integraron narraciones obtenidas de documentos escritos por españoles quienes mencionaron la existencia de mercados cuando llegaron al área maya y al centro de México entre 1519 d.C. y 1540/1550 d.C.

En el siglo dieciséis también podemos separar dos períodos en los cuales los documentos históricos mencionan la existencia de mercados en el centro de México y el área maya. En el primer



período distingo las descripciones que se refieren a mercados de la época prehispánica y, en el segundo lapso, aquellos mercados que fueron fundados por los españoles como parte de su labor de conquista para hacer que los indígenas obedecieron a la Corona Española y que rápidamente se convirtieran al cristianismo. El primer período se fecha entre 1519 d.C. y 1529 d.C. y corresponde a la primera descripción que realizaron Hernán Cortés (a partir de 1519 d.C.), Bernal Díaz del Castillo (a partir de 1519 d.C.), Toribio de Benavente (a partir de 1524 d.C.) y Bernardino de Sahagún (a partir de 1529 d.C.). El segundo período, posterior al año 1535 d.C., corresponde a la descripción de mercados en el centro de México y el área maya que estaban funcionando. Sin embargo, hay que distinguir entre mercados que eran prehispánicos y aquellos que fueron rápidamente fundados durante el proceso de conquista.

Para el centro de México hay cuatro fuentes primarias que describen el primer encuentro entre españoles y mercados prehispánicos en Tlatelolco (Benavente 1914; Cortés 1983; Díaz del Castillo 1966; Sahagún 1979a), Tenochtitlan (Sahagún 1979b; véase también Durán 1867; Durand-Forest 1971) y Tlaxcala (Cortés 1963, 1983). Estos tres mercados funcionaban de manera muy similar, es decir, se encontraban en plazas y un gran número de personas cotidianamente se congregaban para realizar intercambios de distintos productos. Además, un dato interesante que reportó Cortés es que, durante la conquista de Tenochtitlan, uno de los principales objetivos militares de los soldados españoles bajo el mando de Pedro de Alvarado fue tomar y controlar el mercado de Tlatelolco porque “aquel ganado, era toda la ciudad casi tomada” (Cortés 1983:160; véase también Villegas 2010:94). Cabe mencionar que Herrera y Tordesillas (1726:45, libro II, capítulo II), un cronista español que vivió durante la segunda mitad del siglo dieciséis y principios del diecisiete y que nunca estuvo en México, también registró la toma del mercado de Tlatelolco por Alvarado. Herrera y Tordesillas parece haber copiado y utilizado la información escrita por Cortés (1963, 1983) en su Primera Carta de Relación que envió al rey Carlos I de España y en la cual se describió la batalla que tuvo lugar en la toma del mercado de Tlatelolco.



Pedro Mártir de Anglería (véase D'Anghera 1912:tomo II, p. 19) reportó desde España la existencia de mercados en el sur de Veracruz. Mártir de Anglería nunca estuvo ni en el centro de México, ni en Veracruz, ni en el área maya, y sus descripciones las basó en información verbal de testigos y personajes quienes se encargaron de la conquista de estas tres regiones, así como por una copiosa correspondencia que escribió a las autoridades religiosas cuando ocurría la conquista de México en la década de 1520 d.C. (Torre Revello 1957:138–139). De acuerdo con Scholes y Roys (1968:22), Mártir de Anglería se refirió a mercados que se encontraban adyacentes a la parte occidental de Tabasco, aunque no proporcionó sus nombres. Quizás, Mártir de Anglería se refirió al tianguis de Coatzacoalcos (Figuras 1 y 2). Grupos nahuas establecieron un tianguis en Coatzacoalcos desde mediados del siglo quince y esta comunidad se encontraba al sur de Veracruz y cercana a la costa del Golfo de México, justo en la parte oeste donde inicia el área maya (Robles Castellanos 2010:51, Figuras 8 y 39). Parece ser que este mercado estaba localizado estratégicamente entre la región de la Chontalpa (Tabasco)—Yucatán y el centro de México por lo que un intercambio de mercado pudo haber dominado las relaciones entre los grupos locales nahuas de Coatzacoalcos-Ayahualulco y grupos nonoalcas de la Chontalpa (Robles Castellanos 2010:51; véase también Scholes y Roys 1968:22).

En el noreste de Yucatán se reporta que Cachi tenía un mercado y—aparentemente—tenemos noticia de su existencia por el testimonio de Fernández de Oviedo y Valdés (1853:229–230, libro XXXII, capítulo III), quien describió que su funcionamiento era muy similar a los mercados de Tlaxcala y Tlatelolco. De acuerdo con Fernández de Oviedo y Valdés, el mercado de Cachi fue visitado en 1528 d.C. por Francisco de Montejo y su tropa cuando intentaron conquistar Yucatán por primera vez (Chamberlain 1948:347; Fernández de Oviedo y Valdés 1853:229–230, libro XXXII, capítulo III). Cabe indicar que Fernández de Oviedo y Valdés nunca estuvo en México—él residió en Santo Domingo (República Dominicana)—y la descripción del mercado de Cachi la realizó con base en la información que Alonso de Luján le proporcionó en el año de 1541 d.C. Luján fue un soldado que acompañó a Montejo en el primer intento de conquista



de Yucatán y tuvieron que pasar 13 años para que en España le proporcionara a Fernández de Oviedo y Valdés información sobre el supuesto mercado de Cachi visto por Luján (Chamberlain 1948:347).

Un mapa-croquis de Cachi—resultado hasta ahora de la única intervención arqueológica en este asentamiento prehispánico—muestra nueve estructuras dispuestas en un eje norte-sur; cuatro estructuras del grupo norte forman una plaza en tanto que dos estructuras de forma muy similar se asocian con una estructura rectangular hacia el sur del primer grupo de estructuras (Góngora Salas 2003:56–63, Figura 8, Fotos 30–33). ¿Será que el mercado se encontraba en esta plaza de Cachi?

Una segunda referencia de la región noreste de Yucatán la proporcionó Mártir de Anglería, quien registró un pueblo fortificado que los españoles llamaron Gran Cairo (Díaz del Castillo 1966:5). Este pueblo costero tenía “casas con torres, magníficos templos, calles regulares, plazas y mercados” (véase D’Anghera 1912:tomo II, p. 7). De acuerdo con Andrews y colaboradores (2006:9), Gran Cairo es el sitio costero de Ecab y su descripción como “gran” sitio fue exagerada por Mártir de Anglería quien nunca lo visitó. Por su parte, Díaz del Castillo (1966:5–6) sí estuvo en Ecab en 1517 d.C.—así como también en Tlatelolco en 1519 d.C.—pero nunca mencionó la existencia de un mercado en el sitio y, por lo tanto, la mención de Mártir de Anglería sobre el mercado de Ecab (Gran Cairo) resulta ser sumamente dudosa.

Para el historiador Victoria Ojeda (2000:12; véase también Andrews et al. 2006), la narrativa sobre el primer intento de conquista de Yucatán por Montejo “presenta grandes lagunas de información, así como dudas en cuanto a lo asentado hasta hoy como verdad”, incluyendo la identificación de mercados en Cachi y Gran Cairo como registraron Mártir de Anglería (D’Anghera 1912) y Fernández de Oviedo y Valdés (1853), basado en la información que le proporcionó Alonso de Luján. Además, Scholes y Roys (1968) destacaron tres cualidades en los relatos de Luján. Primero, su narrativa es “fairly reliable” (Scholes y Roys 1968:5). Segundo, presenta exageraciones, por ejemplo, cuando describió el tamaño de la





Figura 1. Sitios del centro de México y el área maya. Dibujo: Cobos.

comunidad de Itzamkanac (Scholes y Roys 1968:160). Tercero, presenta confusiones, como cuando Luján le narró a Fernández de Oviedo y Valdés sucesos que ocurrieron casi una década antes de 1541 d.C. en la región de Acalán. Scholes y Roys (1968:466) destacaron que “Luján had in mind an incident that occurred at some other time and mistakenly introduced it in this part of the narrative”. Por lo tanto, en su confusión, Luján pudo haberle narrado a Fernández de Oviedo y Valdés un hecho que, quizás, ocurrió en un lugar y fecha diferentes en la región de Acalán. Además, hay que señalar que la descripción del mercado de Cachi que realizó Fernández de Oviedo y Valdés (1853:229–230, libro XXXII, capítulo III) es muy similar a las descripciones de Cortés (1983), Díaz del Castillo (1966) y Sahagún (1979a) sobre los mercados de Tlatelolco y Tlaxcala, ya que incluye



elementos como un tianguis grande en la plaza; estructuras asociadas al mercado como son los templos, jueces o autoridades encargadas de vigilar el correcto funcionamiento del tianguis; disponibilidad de comida; compra, venta y trueque de mercaderías. Por lo tanto, los datos que utilizó Fernández de Oviedo y Valdés para describir el supuesto mercado de Cachi fueron obtenidos de participantes en la conquista del área maya, como Alonso de Luján, así como de información, reportes y/o cartas enviadas a España.

En la región oriental del Soconusco, que se localiza en territorio de Guatemala (Figura 2), el conquistador Pedro de Alvarado (véase Lovell et al. 2020:xvi, 10–11, Figura 1; Mackie 1924:44, 56) mencionó en el año de 1524 d.C. la existencia de un mercado en el pueblo de “Zapotulan” o “Tzapotlan”, como lo ilustra Robles Castellanos (2007, mapa de la “Extensión Territorial del Imperio Culhua Mexico en 1519”; véase también, Figura 1 y Lovell et al. 2020:10–11). Alvarado acampó con su tropa en el mercado durante dos días antes de continuar con su viaje hacia Quetzaltenango; desafortunadamente, Alvarado no proporcionó más detalles sobre el mercado de Zapotulan, considerando que tres años antes fue él quien se encargó de la toma del mercado de Tlatelolco cuando Cortés y su tropa conquistaron Tenochtitlan (Mackie 1924:44, 56).

En el segundo período, posterior al año 1535 d.C., los documentos escritos también mencionan la existencia de mercados en el centro de México y el área maya; sin embargo, debemos distinguir dos etapas en estas referencias históricas españolas. Una primera etapa incluye aquellos mercados que existían en varios puntos del centro de México durante el siglo quince, y su fundación ocurrió varias décadas antes de la llegada de los españoles. En esta primera etapa se incluye la orden que dio el emperador Moctezuma Ilhuicamina para que se fundaran mercados en regiones conquistadas por los mexica-tenochcas (o aztecas). La segunda etapa se asocia con la llegada de los conquistadores españoles quienes vieron que varios mercados estaban funcionando y así siguieron por algunos años después de la conquista de Tenochtitlan. Esta etapa también incluye aquellos mercados que fueron fundados por los españoles



al poco tiempo después de haberse consumado la conquista de la capital de los mexica-tenochcas.

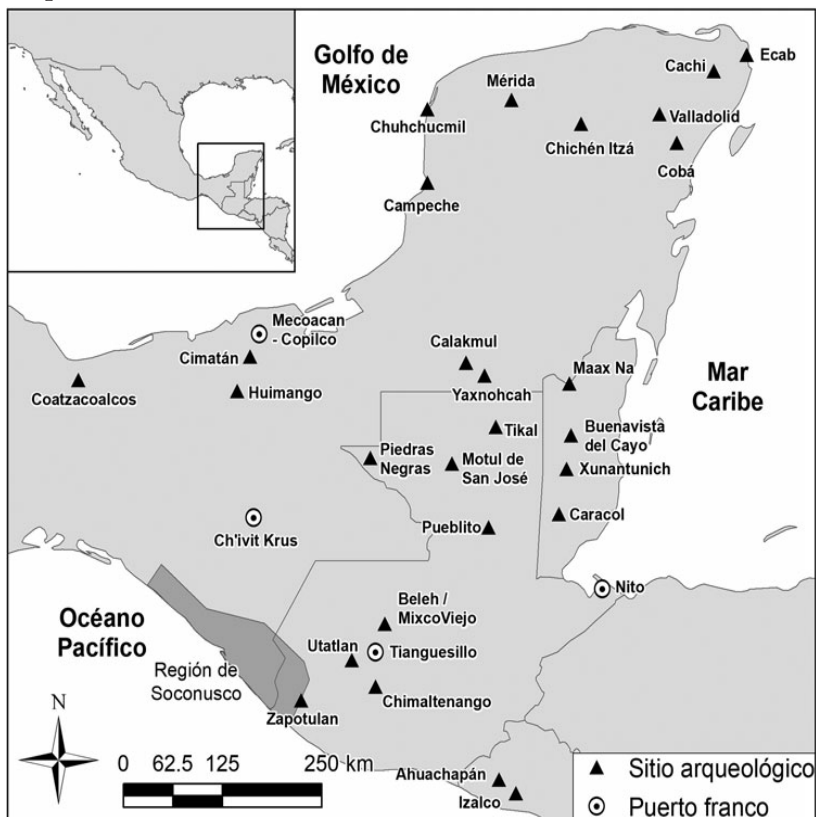


Figura 2. Mapa del área maya mostrando sitios con posibles mercados y "puertos francos" utilizados por mercaderes. Dibujo: Cobos.

Mercados en la Nueva España (centro de México)

Durante los gobiernos de Moctezuma Ilhuicamina (1440 d.C.–1469 d.C.) y Axayácatl (1469 d.C.–1481 d.C.) existieron dos mercados importantes, uno en Tepeyácac (= Tepeaca) en Puebla y el otro en Oaxaca. Referente al primero de estos mercados, Durán (1867:164) registró en la década de 1570 d.C. que el emperador Moctezuma Ilhuicamina quería y era su voluntad "que se haga un gran mercado, en el qual paren todos los mercaderes". Aparentemente, el



mercado de Tepeyácac se convirtió en 1486 d.C. en el más importante de la región central de Puebla (Robles Castellanos 2007:305). Un dato interesante que menciona Herrera y Tordesillas (1726:188–189, libro IX, capítulo VIII) sobre este mercado es que era un lugar de encuentro y arreglo de uniones matrimoniales, ya que había jóvenes que tenían cargo de estar en el “Tianguetz, que es el Mercado: i quando alguna Muger llevaba Hija doncella, de doce años arriba, decían à la Madre, que por qué no cafaba aquella Moça?” La madre y el joven acordaban de que la hija pasara una noche con el joven “i la corrompia: i fi le parecía bien, la tomaba por Muger ... i fi no le contentaba, bolvia la à la Madre” (Herrera y Tordesillas 1726:189, libro IX, capítulo VIII).

Referente al mercado de Coaixtlahuaca, Durán (1867:188) lo ubicó “en la provincia de Misteca ... [y] acudían á él muchos mercaderes forasteros de toda la tierra de México”. De acuerdo con Robles Castellanos (2010:46–49; véase también Gasco y Berdan 2003:112; Robles Castellanos 2007:304), el mercado de Coaixtlahuaca fue controlado por el Estado Mexicatl a partir del año 1461 d.C., cuando Tenochtitlan estaba gobernada por Moctezuma Ilhuicamina. Además, Robles Castellanos (2010:47) sugiere que el mercado de Coaixtlahuaca fue fundado tanto por el soberano Atónal como por subsecuentes gobernantes quienes usaron el nombre de Atónal como título personal para identificarse como la máxima autoridad política.

La fundación del tianguis de Coaixtlahuaca ocurrió antes de la aparición del Estado Mexicatl en la región de la Mixteca Alta, ya que Atónal, como gobernante de este asentamiento, recolectaba el “tributo de todas partes del Anáhuac” (centro de México; véase Códice Chimalpopoca 1975:52). Una vez que Moctezuma Ilhuicamina controló política, militar y económicamente Coaixtlahuaca en 1461 d.C., fue cuando “por primera vez comenzaron a entrar hacia acá oro, plumas ricas de quetzalli, hule, cacao y otras riquezas” (Códice Chimalpopoca 1975:52). La mención de estas “riquezas” revela que se trata de productos que llegaron a Coaixtlahuaca desde Oaxaca (oro de la Mixteca), la costa del Golfo de México (hule de Veracruz y/o Tabasco), el Soconusco (cacao de [Xoconochco] Chiapas) y los altos de Guatemala (plumas de quetzal de la Verapaz).



Ante la expansión del imperio mexica-tenochca en el centro de México, Tlacaelel, hermano y principal consejero de Moctezuma Ilhuicamina, también ordenó que se instalaran mercados en “Tlaxcala y en Vexotzinco, y en Cholula y en Atlixco, y en Tliliuhquitepec y en Tecoa” (Durán 1867:238). Todos estos lugares estaban geográficamente muy cerca de Tenochtitlan y esta corta distancia no representaba un obstáculo para que el ejército mexica-tenochca respondiera rápidamente para protegerlos. De hecho, y considerando la logística militar, Tlacaelel sugirió no fundar mercados “más lexos, como en Yopitzinco [cerca de la costa de Guerrero] ó mechoacán [Michoacán], ó en la Guasteca [Huasteca] ó junto á esas costas, que ya no son todas sujetas, son prouincias muy remotas y no lo podrán sufrir nuestros exércitos” (Durán 1867:238). De acuerdo con el Diccionario de Autoridades (1726–1739), la palabra sufrir en el siglo dieciséis significaba resistir o sostener— en otras palabras, Tlacaelel reconoció que el ejército mexica-tenochca no podía proteger (= sostener) aquellos mercados ubicados lejos de Tenochtitlan. Cabe señalar que otros emperadores mexica-tenochca que sucedieron a Moctezuma Ilhuicamina tomaron la decisión de no establecer mercados al sur de Tenochtitlan y que estuvieran muy alejados de esta ciudad.

De los seis lugares donde Tlacaelel ordenó que se establecieran mercados, sabemos que en 1519 d.C. en el de Tlaxcala, Cortés (1983:45) vio “treinta mil almas arriba, vendiendo y comprando”. Desconocemos si la fundación del mercado de Tlaxcala realmente ocurrió durante el reinado de Moctezuma Ilhuicamina, o bien, después de su muerte ocurrida en el año 1469 d.C. Por otro lado, con relación al mercado de Cholula, la interpretación de los documentos históricos sugiere que no se fundó en tiempos de Moctezuma Ilhuicamina ni antes de la llegada de los españoles como registró Durán (1867:238) en la segunda mitad del siglo dieciséis. Parece ser que el establecimiento del mercado de Cholula fue posterior al año de 1519 d.C., ya que Díaz del Castillo (1966:138) registró que Cortés ordenó “a todos los papas y caciques cholultecas que poblasen su ciudad y que hiciesen tianguex y mercados”.

Durante la segunda etapa, los conquistadores españoles vieron que



varios mercados estaban funcionando posteriormente a la conquista de Tenochtitlan. Sin embargo, unos dejaron de operar muy poco después de la conquista en tanto que otros siguieron funcionando por un tiempo corto. Por ejemplo, al mercado de Cuyuacan (Coyoacán), localizado al sur del Templo Mayor, solían ir mujeres mexicanas “con sus mercaderías y cosas de prouisio, para el contrato ordinario de vender y comprar” (Durán 1867:83). No sabemos cuándo inició y cuándo pudo haber concluido el funcionamiento del mercado de Coyoacán.

Otro mercado existió en la plaza asociada al Templo Mayor y Cortés (1983:69–70) se refirió a él como el mercado de “Temextitán” donde había “trato de vender y comprar”. Durán (1867:256) también se refirió a este espacio como Plaza de México y este mercado existía desde el año 1474 d.C. cuando Axayácatl era emperador mexica, en tanto que Hernández (1946:80), en la segunda mitad del siglo dieciséis, lo reportó como el mercado de “Tenuchtitlán”. Además, Durand-Forest (1971:122; véase también Feldman 1978a:Figuras 35–36; Rubio Fernández 2013a:61–62, Ilustración 3) utilizó una copia del Manuscrito 106 de la Colección Goupil-Aubin para ilustrar el mercado de “Tenuchtitlan” y en el plano destacan el espacio del mercado en la plaza; las áreas exclusivas de vendedores y sus mercancías; espacios (o “calles”) entre diferentes sectores del mercado; y la arquitectura de edificios (pórticos o portales) que rodeaban el mercado. La arquitectura de estos pórticos o portales se aprecia mejor en tres dibujos del Libro XII del Códice Florentino (Sahagún 1979b), donde se ilustra una batalla entre españoles y mexicas que ocurre en la plaza asociada al Templo Mayor y un soldado español incendia con “fuego al templo” (Sahagún 1979a:799). Cabe señalar que en su capítulo XXXVI del libro XII, Sahagún (1979a:799–800) describió la batalla que ocurrió en la plaza del Templo Mayor, pero el fraile utilizó la palabra Tlatelolco en vez de Tenochtitlan en el título de su capítulo.

Más recientemente, Villegas (2010:96) reconoció al mercado de “Tenuchtitlán” como “el gran Mercado de México”, en tanto que Rubio Fernández (2013b:164) lo identificó como el “tianguis de Mexico-Tenochtitlan”. Este gran mercado, o tianguis, debió de haber abastecido a Tenochtitlan antes de la conquista y, una vez establecidos los



españoles en esta ciudad, continuó funcionando probablemente hasta fines de la década de 1530 d.C. De hecho, en el año de 1533 d.C. se propuso reubicar el gran tianguis de México-Tenochtitlan “porque perjudicaba al de Tlatelolco” (Rubio Fernández 2013b:164); sin embargo, este cambio de ubicación nunca llegó a realizarse. Cabe también señalar que Becker (2015:97), King (2015:36), King y Shaw (2015:15), y Shaw y King (2015:171) erróneamente se refirieron al mercado de México-Tenochtitlan como el mercado de Tlatelolco. Becker, King y Shaw utilizaron los comentarios de Feldman (1978a), quien analizó el Manuscrito 106 de la Colección Goupil-Aubin para ilustrar el mercado mexica de México-Tenochtitlan, no el mercado de Tlatelolco. Además, Feldman (1978a) utilizó la información sobre la distribución espacial de las mercancías del mercado de Tlatelolco y las plantó en el mapa del mercado de Tenochtitlan.

Feldman (1978a:Figuras 35–36) se refirió a los mercados de Tlatelolco y Tenochtitlan (= “Mexico”), pero se apoyó en las descripciones de Cortés (1963, 1983), Díaz del Castillo (1966) y Sahagún (1979b, libro XII del Códice Florentino) sobre el mercado de Tlatelolco para identificar espacialmente cada lugar en el que supuestamente se vendían las mercancías en el mercado de Tenochtitlan. Las descripciones de Cortés, Díaz del Castillo y Sahagún del mercado de Tlatelolco fueron utilizadas por Feldman (1978a:219) para “provide identifications for almost every unit and every structural feature in the plan. The method is to note all references in these sources to location, relative to other stalls and types of merchandise in the market”. Feldman asumió que los mercados de Tlatelolco y Tenochtitlan estaban espacialmente organizados exactamente de la misma manera; desafortunadamente, no hay mayores descripciones sobre el arreglo espacial y los distintos tipos de mercancías que se vendieron en el mercado de Tenochtitlan para realizar una comparación más detallada (véase también Durand-Forest 1971).

La palabra puestos” es utilizada por Feldman (1978a:219–220), quien asumió que las “partes” del mercado de Tenochtitlan ilustradas en su Figura 35 corresponden a los “puestos” donde se vendían las mercancías. Estas “partes” parecen corresponder al espacio



que ocupaba cada mercadería colocada directamente en el suelo del mercado de Tenochtitlan. De hecho, Díaz del Castillo (1966:159) fue muy preciso al haber observado en Tlatelolco que “cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos [sus lugares o puestos]”. Además, Torquemada (1975:556), en la segunda mitad del siglo dieciséis, también registró que en Tlatelolco “tienen las mercadurás puestas en el suelo, y cada uno conoce, y tiene su asiento, fin que otra fe lo tome”.

Rubio Fernández (2013a:127, 2013b:164) también reportó la existencia de otro tianguis en la nueva ciudad de México: se encontraba “en la calzada que va de san Francisco a san Lázaro”. Este tianguis se ubicaba a corta distancia al suroeste del Templo Mayor, se asociaba—aparentemente—con el solar de la iglesia de San Lázaro y fue contemporáneo durante la década de 1530 d.C. con el tianguis de México y el de Tlatelolco. Además, y de acuerdo con la información registrada en documentos del Archivo Histórico de la Ciudad de México (AHCM), el tianguis asociado con la iglesia de San Lázaro estaba funcionando en el año de 1536 d.C. (Rubio Fernández 2013a, 2013b). Desafortunadamente, no sabemos si este mercado se fundó antes o después de la conquista de Tenochtitlan (Rubio Fernández 2013a, 2013b). Lo que sí es seguro es que dejó de funcionar en la década de 1540 d.C. o 1550 d.C., cuando los españoles fundaron los mercados de San Juan y San Hipólito en las inmediaciones de la nueva traza urbana de la nascente ciudad de México. Rubio Fernández (2013a:ilustración 10) utilizó el mapa de Alonso Santa Cruz, fechado en 1550 d.C., para mostrar la ubicación del mercado asociado con el solar de la iglesia de San Lázaro y en este mapa destacan dos cosas. Primero, el mercado se encontraba en el lado opuesto y en un terreno abierto—o solar— a corta distancia hacia el este de la iglesia de San Lázaro. Segundo, una calzada en dirección noroeste-sureste divide el solar del área en donde se encontraba la iglesia de San Lázaro. La cita donde se lee la ubicación del tianguis “en la calzada que va de san Francisco a san Lázaro”, registrada en el AHCM, sugiere dos cosas: (a) que el espacio que ocupaba el mercado incluía tanto el solar como la calzada, o bien, (b) que se llegaba al mercado por la calzada que estaba junto al tianguis (Rubio Fernández 2013a:127). Por ahora, no hay más información para asegurar si la calzada era una vía de acceso al



mercado, o bien, si el área del mercado incluía tanto la calzada como el solar.

El tianguis Juan de Velázquez se menciona en las actas del Cabildo del AHCM (Rubio Fernández 2013a:128–129, 2013b:165). Parece ser que este tianguis se fundó entre los años 1521 d.C. y 1523 d.C., después de la conquista de Tenochtitlan; estaba ubicado al oeste y fuera de la traza de la nueva ciudad, aunque cerca de la calzada de Tacuba. El tianguis Juan de Velázquez dejó de funcionar en el año de 1527 d.C. (Rubio Fernández 2013a:129, 2013b:165).

El famoso mercado Tlatelolco funcionó hasta el año 1583 d.C. y poco a poco perdió su importancia económica y social ya que los españoles establecieron nuevos mercados poco tiempo después de haber conquistado Tenochtitlan (Rubio Fernández 2013a:122, 2013b:161). El fraile Juan de Torquemada (1975:554–558) llegó a la Nueva España después del año 1560 d.C. y utilizó la información recabada en la década de 1520 d.C. por Benavente (1914) para describir el funcionamiento del mercado de Tlatelolco. Este mercado, como el de México-Tenochtitlan, estaba rodeado por portales, de acuerdo con las observaciones de Cortés (1963:70) y Díaz del Castillo (1966:160; véase también Rubio Fernández 2013a:61–62) cuando llegaron a Tlatelolco en 1519 d.C. De hecho, Durán (1880:217) registró que “los mercados en esta tierra eran todos cerrados de unos paredones”; las descripciones de Cortés y Díaz del Castillo sobre el mercado de Tlatelolco, así como el Manuscrito 106 de la Colección Goupil-Aubin que ilustra el mercado de Tenochtitlan, parecen confirmarlo.

Torquemada (1975:555–556) también registró la existencia de los mercados de San Hipólito y San Juan que fueron fundados por los conquistadores españoles en la parte oeste de la naciente ciudad de México. El primero de estos mercados se fundó en 1543 d.C. y dejó de existir hacia 1596 d.C.; el segundo mercado se fundó en la segunda mitad del siglo dieciséis y dejó de funcionar a mediados del siglo diecisiete (Rubio Fernández 2013a:130, 132). Los mercados de San Juan y San Hipólito llegaron a ser más importantes que el mercado de Tlatelolco ya que, de acuerdo con Torquemada (1975:555), “fe trafpafo trato y comercio á los otros dos” y, para mediados del siglo dieciséis, el mercado y la plaza de Tlatelolco “mas firvio de memoria de haver



fido, que de fer” (Torquemada 1975:555).

Otro dato interesante que registró el padre Torquemada (1975:554–555) en la segunda mitad del siglo dieciséis es que “Havia, y hai oi Dia, en toda esta Tierra de Anahuac, en muchos de fus Pueblos, Mercados”. Torquemada (1975:554–555) se refirió a los mercados de Tlaxcala, Cholula, Tepeyácac, Huejotzingo, Texcoco y Xochimilco en el centro de México.

Mercados en el área maya

Las menciones sobre la existencia de mercados en el área maya se refieren exclusivamente a las observaciones que realizaron los conquistadores españoles cuando—supuestamente— los visitaron. Otro dato por considerar es que en ninguna de estas menciones los conquistadores españoles se refieren a la continuidad o sobrevivencia de un mercado del período prehispánico que aún funcionaba a mediados del siglo dieciséis en las tierras altas de Guatemala, Yucatán, El Salvador y la Chontalpa en Tabasco.

Por ejemplo, el fraile dominico Bartolomé de las Casas llegó a Guatemala en el año de 1536 d.C. y, entre 1537 d.C. y 1539 d.C., realizó una misión evangelizadora en la Verapaz. Durante esta misión, de las Casas (1909:623) registró que “tenían los señores proveído que hubiese solenes y ordinarios mercados”. Una palabra clave en esta frase es el verbo “proveído”, que en el siglo dieciséis tenía como significado “disponer, mandar, juntar” (Diccionario de Autoridades 1726–1739). Por lo tanto, la frase se entiende hoy día como si los señores—o autoridades— mandaban, ordenaban o disponían que se fundaran mercados para realizar actividades de intercambio económico en la Verapaz, y esta situación es muy similar a lo que reportó Díaz del Castillo (1966:138) cuando Cortés le ordenó a los cholultecas que fundaran mercados. Aparentemente, el mercado de la Verapaz no fue un tianguis prehispánico ya que—de acuerdo con la interpretación de la frase— fue fundado a finales de la década de 1530 d.C., o bien, después del año 1540 d.C.

De las Casas (1909:623) también se refirió al hecho de que, en la Nueva España, los “mercados se tenían cerca de los templos; su manera de contractar era comutan unas cosas por otras”. En esta referencia,



el punto y la coma dividen este extenso conjunto de palabras para que se lean dos oraciones totalmente diferentes. Por un lado, de las Casas reconoció que los mercados en el centro de México (no en Guatemala) estaban cercanamente ubicados a templos y, por otro lado, registró que las transacciones económicas en Guatemala “comutan unas cosas por otras, que es la natural” (de las Casas 1909:623). Por lo tanto, de las Casas fue muy preciso en su descripción, siguiendo la ortografía castellana del siglo dieciséis como se observa claramente en la edición de su obra del año 1909. Sin embargo, si uno lee la edición de la obra de las Casas fechada en 1967, notará que el punto y la coma desaparecieron y los encargados de esta edición presentan dos oraciones separadas por un punto.

Las observaciones y comentarios del fraile de las Casas fueron utilizados por Herrera y Tordesillas (1726) a fines del siglo dieciséis, Ximénez (1929–1931) a finales del siglo diecisiete y García Peláez (1851) a inicios del siglo diecinueve, para referirse a mercados en las tierras altas de Guatemala, y sus trabajos se consideran como fuentes secundarias (véase también Feldman 1978b, 1981, 1985). De hecho, Miles (1957:736) destaca que la Apologética historia sumaria del padre de las Casas fue “the chief mine of sixteenth century information on Guatemala and Verapaz for all subsequent writers”. Estos escritores se caracterizan por haber realizado las siguientes acciones cuando utilizaron la Apologética historia sumaria en sus escritos: (1) copiaron secciones enteras de la obra sin cambiar palabras; (2) otras veces, reordenaron y condensaron secciones de la obra; (3) realizaron una sinopsis muy compactada de la obra; (4) las conclusiones a las que llegaron fueron falsas al haber mal-leído o mal-interpretado lo que de las Casas escribió en su obra (Miles 1957:736).

García Peláez (1851:tomo I, p. 29), quien vivió en Guatemala a finales del siglo dieciocho e inicios del siglo diecinueve, citó a Herrera y Tordesillas en el siguiente contexto: “el mismo Herrera, con respecto a Nicaragua, describe sus plazas como un lugar distinguido y de uso común para el mercado: las ciudades de Utatlan é Isinché se ha visto que tenían plazas trazadas con regularidad”. La lectura de esta oración—considerando hoy día los dos puntos en la estructura de las oraciones



o frases en español—pareciera afirmar que también había mercados en Iximché [Isinché] y Uxatlán. Sin embargo, en la ortografía española de los siglos diecisiete y dieciocho, los dos puntos separaban la oración—en otras palabras, interrumpían la argumentación para avisar sobre lo que continuaba o seguía a continuación, ya que se introducía un nuevo discurso (Delgado García 2017:31; véase también Rida Rodríguez 2019). Por lo tanto, García Peláez (1851:tomo I, p. 29) claramente se refirió a dos distintos hechos que ocurrieron tanto en Nicaragua (plazas asociadas a mercados) como en las tierras altas de Guatemala (referencia exclusiva sobre el arreglo interno de plazas; para una interpretación diferente, véase Feldman 1978b:11). Además, y como veremos en la tercera sección de este trabajo, los mercados en la región de Chimaltenango en las tierras altas de Guatemala fueron fundados o establecidos después del año 1540 d.C. (Ximénez 1929–1931:tomo I, p. 77).

Siempre en relación con las tierras altas de Guatemala, los diccionarios Pocomchi, atribuidos al fraile Dionisio de Zúñiga y al religioso Pedro Morán, que vivieron en Guatemala a inicios del siglo diecisiete y la primera mitad del siglo dieciocho respectivamente (Acuña 1979; Vinogradov 2019), registran las palabras “cayal” [k’aay’al?] y “caybal” [k’aayb’al] (Acuña 1991:354; Feldman 1981:12, 2000:49, 197–198; Kaufman con Justeson 2003:792, 794). La primera de estas palabras significa “vender” y/o “plaza”, en tanto que la segunda denota “mercado”. Con base en estas dos palabras, Feldman (1985:15) sugirió que en Beleh—o Mixco Viejo—existió un mercado prehispánico ya que reconoció que había “lugares para usos especiales” en este sitio (Feldman 1981:12). Sin embargo, y lo que resulta ser una contradicción, es que Feldman (1981:12–21) afirmó que en Beleh “ningún patrón parece emerger de la variedad de áreas para propósitos especiales ... y las unidades etnohistóricas (ejemplo: el mercado) se mantienen invisibles”. Por lo tanto, cabe la posibilidad que las palabras “cayal” [k’aay’al?] y “caybal” [k’aayb’al] que menciona Feldman se refieren o designan los nuevos espacios (plazas) utilizados como mercados y que fueron fundados por los españoles en esa región durante las décadas de 1530 d.C. y/o 1540 d.C.



Diego de Landa (1959:39–40, 57) parece haber visto la existencia de mercados en Yucatán a mediados del siglo dieciséis, ya que registró que en ellos se “trataban todas cuantas cosas había en esa tierra” (Landa 1959:39–40), y las mujeres iban “a comprar y vender sus cosillas” (Landa 1959:57). La referencia donde aparece la palabra *trataban* se refiere al verbo *tratar* que, de acuerdo con el Diccionario de Autoridades (1726–1739), en el siglo dieciséis significaba “comerciar con géneros, y mercaderías, comprando, vendiendo, y trocando”. Landa no especificó si se trató de un mercado prehispánico o uno fundado por los españoles; sin embargo, claramente registró la palabra *trueque* (“trataban” = “trocando”). Considerando lo registrado por Landa, podemos afirmar que el obispo reconoció al llegar a Yucatán que se intercambiaba (= trocaban) por medio del trueque todos los bienes que se vendían y compraban “en esa tierra”. No cabe duda de que Landa fue muy preciso cuando inició su observación al haber utilizado el verbo *tratar* al referirse a las transacciones económicas que se realizaban en Yucatán.

Landa llegó a Yucatán por primera vez en 1549 d.C., varios años después de la fundación de las ciudades de Campeche (1540 d.C.), Mérida (1542 d.C.) y Valladolid (1543 d.C.). Quizás, Landa pudo haberse referido al mercado de Mérida, o al de Valladolid, o al de Campeche, o a cualquier otro mercado o mercados que fueron establecidos en la Península de Yucatán después de la conquista española. Cualquiera de los mercados a los que hizo referencia Landa es muy probable que fueron fundados por los españoles—como en Tabasco y el centro de México—y de ninguna manera se trató de mercados prehispánicos que aún funcionaban en Yucatán a mediados del siglo dieciséis, como el de Tlatelolco en el centro de México.

En la parte occidental de El Salvador se reportó la existencia de dos mercados, uno en Izalco y el otro en Ahuachapán. El viajero y comerciante italiano Benzoni (1857:158) visitó, a mediados del siglo dieciséis, el mercado de “Izalchi” (Izalco), donde observó que se vendían y compraban sal, pescado, frutas, calabazas, algodón, mantas, camisas y plumas. En Ahuachapán, ubicado a corta distancia al noroeste de Izalco, García de Palacio (1983:78) reportó en la década



de 1570 d.C. que los indígenas vendían en sus mercados hormigas muy grandes que comían como parte de su alimentación. Desconocemos si los mercados reportados tanto por Benzoni (1857) como por García de Palacio (1983) tuvieron un origen prehispánico, o bien, si se trató de mercados fundados en esa zona por los conquistadores españoles en algún momento de la segunda mitad del siglo dieciséis (posterior al año 1550 d.C.).

En la región de la Chontalpa (Tabasco), Scholes y Roys (1968:245) mencionaron la existencia de un mercado en el año de 1569 d.C., aunque su ubicación no se precisó. Este fue el principal mercado de Tabasco y los indígenas de la vecina región de Acalán traían copal y achiote para intercambiar (Scholes y Roys 1968:245). Desconocemos si el mercado de la Chontalpa era de origen prehispánico y continuó operando hasta la segunda mitad del siglo dieciséis, o bien, si estamos ante otro caso de un mercado establecido o fundado por los españoles inmediatamente después de haber conquistado la Chontalpa.

De acuerdo con Scholes y Roys (1968:31–32), los españoles establecieron un mercado en Huimango en el año 1541 d.C. y se fundó “at the request of the five Nahuatl-speaking towns lying immediately southeast of the Chontalpa”. La fundación del mercado de Huimango se debió a que no existía un centro comercial en esa zona, aunque sus residentes recibían mercancías del centro de México a través de Cimatán (Scholes y Roys 1968:31–32).

Resumiendo

Lo analizado en esta sección revela dos cosas sobre la mención de mercados en textos históricos del siglo dieciséis. Primero, para el centro de México, las fuentes escritas españolas muestran descripciones muy precisas sobre la ubicación de mercados, el nombre de ellos, la temporalidad durante la cual se fundaron y funcionaron, y las características internas de esos mercados. Segundo, para Yucatán, Tabasco, Guatemala y El Salvador, los registros de documentos históricos en los cuales se reporta la existencia de mercados revelan un escenario muy diferente: (a) la existencia del mercado de Cachi y Gran Cairo/Ecab en Yucatán es sumamente dudosa; (b) la mención de



mercados en el área maya parece referirse a mercados fundados por los españoles después del año 1540 d.C.—a excepción del mercado de Zapotulan o Tzapotlan en el oriente del Soconusco, que pudo haber sido fundado por los aztecas al oriente del Soconusco; (c) aún desconocemos la ubicación precisa de los mercados en el área maya.

Para concluir con esta primera sección, considero que utilizar la información de los mercados que existieron en el centro de México durante la primera mitad del siglo dieciséis y transportarla para aplicarla como analogía histórica en el área maya no es un procedimiento correcto. En esta primera sección hemos visto que las fuentes del centro de México son numerosas, proporcionan una profundidad histórica que se remonta hasta mediados del siglo quince y en ellas abundan las descripciones y detalles del funcionamiento y organización espacial interna de numerosos mercados. Por otro lado, la contraparte del área maya muestra un limitado sincronismo, así como también una narrativa extremadamente reducida y parca en detalle. En esta reducida y parca narrativa destacan dos cosas: primero, se mencionan mercados, pero no aparece la palabra plaza asociada a ellos; segundo, el reiterado uso de las palabras conmutar, comprar, vender, intercambiar para describir las transacciones de intercambio de mercado que ocurrían en los supuestos mercados del área maya (de las Casas 1909:623; García de Palacio 1983:78; Landa 1959:39–40, 57; Scholes y Roys 1968:245).

Parece ser que los conquistadores españoles omitieron utilizar la palabra plaza en sus descripciones ya que para ellos fue obvio que este espacio físico era el lugar en donde se realizaba de manera regular, ordenada y administrada un intercambio de mercado. De hecho, los españoles estaban familiarizados con este tipo de intercambio ya que fue una actividad económica muy similar a la que se realizaba en las ferias y mercados de España durante los siglos quince y dieciséis (Casado Alonso 2001, 2018; Ladero Quesada 1994; Navarro Espinach y Villanueva Morte 2017). Por otro lado, las palabras conmutar, comprar, vender e intercambiar tampoco fueron extrañas para los españoles de mediados del siglo dieciséis. Estas palabras son una clara alusión a la forma en la que se efectuaba el intercambio de mercado en los



lugares de mercado que establecieron en Yucatán, Verapaz, Tabasco y El Salvador. En este punto vale la pena referirnos a la palabra conmutar (trueque, trocar), ya que refleja transacciones económicas directas durante el intercambio de productos, bienes o servicios que intercambian en el momento mismo de esas transacciones (Berdan 2023:68; Hirth 2016:301, note 1; Pryor 1977:104).

La palabra conmutar—trueque o trocar—aparece en dialectos de la lengua maya desde el preclásico temprano (2000/1800 a.C.; véase la siguiente sección en este artículo) y continuó siendo importante en las transacciones económicas que los mayas realizaban durante el siglo dieciséis. De hecho, al Dr. Francisco Hernández (1946), quien llegó a la Nueva España en 1570 d.C., le llamó la atención que el trueque aún formaba parte esencial de las transacciones económicas que se realizaban en mercados del centro de México. Hernández (1943:909, libro VI, capítulo LXXXVII) escribió que durante los “tiempos primitivos” en el Viejo Mundo, los objetos o productos necesarios para la vida cotidiana se solicitaban “de otros, no se pagaban con dinero; no circulaba todavía moneda de oro o de plata, ni se grababan en metales imágenes del ganado, de reyes o de príncipes. Se vivía mediante el trueque”. Hernández claramente distinguió entre dos formas muy diferentes de intercambio de mercado, el trueque que asoció con lo antiguo (“tiempos primitivos”) en la Nueva España y, por otro lado, un intercambio de productos teniendo como referencia precios fijos, como se realizaba en la moderna actividad económica de España del siglo dieciséis y que estaba siendo rápidamente implantada en la Nueva España, Yucatán y Guatemala.

Las palabras mayas relacionadas con plaza, mercado y transacciones económicas merecen nuestra atención y, por lo tanto, un análisis lingüístico es el objetivo de la siguiente sección.

Evidencia lingüística

¿Acaso las palabras *k'iwik en yucateco, *k'wik/k'ay-b-il en mam, *ch'iwit y *ch'iwich en tzotzil y tzeltal respectivamente, *k'ay-ib'al en k'ich'e y en kaqchikel, *k'ay-i-b'ahl en q'eqchi', *k'aay-ib'al en poqom, *chojnib' en ch'orti, y las palabras derivadas del verbo *konh en los



dialectos mayas del gran q'anjob'alan, así como kon-ol en itzaj y mopan, significaban plaza y mercado durante la época prehispánica? Si este fue el caso, ¿cuándo apareció el primer mercado en una plaza en el área maya? ¿Fue durante el período preclásico, el clásico, el posclásico, en la primera mitad del siglo dieciséis y antes de la llegada de los españoles? ¿En dónde apareció el primer mercado en el área maya? ¿Fue en las tierras bajas, en la planicie costera del Pacífico o en las tierras altas? ¿Acaso la aparición de ese primer mercado se debió a que tuvo su origen en el área maya por celebraciones religiosas, festines o festivales? O quizás, ¿el concepto de mercado como institución económica-social realizada todos los días fue importado al área maya desde Tlatelolco y/o Tenochtitlan durante el siglo quince o inicios del siglo dieciséis?

Para responder a las preguntas planteadas en el párrafo inmediato superior, debemos tener en cuenta que pudieron haber existido espacios abiertos donde intencionalmente y de manera organizada se desplegaron o exhibieron productos o bienes que fueron intercambiados pagando—por ejemplo—con granos de cacao o sal, o bien, mediante una transacción de intercambio que involucró el trueque. El despliegue de los productos se realizó en un espacio físico a donde llegaron los productos manufacturados o producidos por miembros de la sociedad quienes eran especialistas en la fabricación o elaboración de productos que otras personas necesitaban para consumirlos y, de esta manera, satisfacer sus necesidades ya que nadie era autosuficiente (Feinman y Garraty 2010:171; Garraty 2010:5–6; Hirth 1998, 2016:60–61; véase también Garraty y Stark 2010; Stanish y Coben 2013). De hecho, para el área maya, Hutson y Dahlin (2017:15) sugirieron que, para que la compra y venta sean eficientes en sus costos, los consumidores deben de vivir muy cerca de los vendedores, ya que “the cost of transporting goods to consumers reduces the seller's profitability. In such a situation, marketing would only work with the kinds of goods that make a large profit with each transaction”.

Si seguimos la línea de razonamiento de Hutson y Dahlin (2017), debemos aceptar que la amplia gama de palabras que se refieren a



mercado en los distintos dialectos mayas sugieren que miembros de esta sociedad eran especialistas. Estos especialistas producían un excedente para obtener una enorme ganancia (plusvalía) después de cada transacción realizada en un mercado y como parte de una economía de intercambio de mercado (Hirth 2016:60–61). Además, la transportación de los productos al mercado siguió una lógica capitalista moderna en donde se mantuvieron los costos bajos para así obtener un máximo de ganancia en cada transacción económica. Por lo tanto, podríamos utilizar las distintas palabras de los diferentes dialectos mayas para argumentar que las plazas de sitios del área maya estaban siendo usadas como mercados desde el período preclásico temprano (2000/1800 a.C.–1200/1000 a.C.) como parte de una emergente economía dominada por el intercambio de mercado, como sugieren Baron (2018:101) y Tokovinine y Beliaev (2013:171–173). Sin embargo, en una interpretación diferente, reconozco que el intercambio de mercado ya existía desde el período preclásico medio, aunque dudo que las plazas de los asentamientos mayas se utilizaban única y exclusivamente como lugares de mercado. Los datos lingüísticos apoyan esta propuesta.

Datos lingüísticos revelan que, alrededor de 1800 a.C., palabras como regalo, trueque, intercambio-reciprocidad, dar prestado y otorgar un préstamo formaban parte del lenguaje proto-maya (Speal 2014:105, Tablas 3 y 26; véase también Hopkins 2013; Kaufman con Justeson 2003:792). Además, Speal (2014:Tablas 3 y 26) registró que durante el período preclásico medio (1000 a.C.–400/300 a.C.,) los mayas usaban en su vocabulario palabras cuyo aparente significado eran “comprar” y “vender”. Todo este conjunto de palabras sugiere dos cosas. Primero, durante el proceso de evolución y desarrollo de la sociedad y cultura maya en el período preclásico temprano, individuos hablantes de protomaya estaban empleando distintas palabras relacionadas con una amplia variedad de actividades económicas en donde el intercambio por reciprocidad, la entrega de regalos, dar prestado, otorgar un préstamo y el trueque jugaron un papel relevante o importante en las primeras manifestaciones del surgimiento del intercambio de mercado. Segundo, durante el período preclásico medio, la sociedad maya alcanzó un alto grado de



complejidad social, político, económico e ideológico y sus miembros realizaban distintas actividades que involucraron transacciones económicas en donde “comprar” y “vender” también formaron parte del intercambio de mercado.

Las palabras comprar y vender podrían utilizarse para argumentar que, durante el período preclásico medio, estos dos términos reflejaban un intercambio de mercado regulado por equivalencias al haberse utilizado—por ejemplo—granos de cacao, sal, telas de algodón, cuentas de concha, plumas, objetos de cobre, en las transacciones económicas (véase, por ejemplo, Tokovinine y Beliaev 2013:172). Sin embargo, “comprar” y “vender” también pueden estar reflejando una realidad económica que se relaciona también con un intercambio de mercado por trueque y que no se realizó exclusivamente en un espacio abierto o plaza donde pudo haberse establecido un mercado. De hecho, para Speal (2014:105; véase también Beals 1967:574), las palabras comprar y vender están “less associated with commercialism and profit than they are in Western cultures and are better seen as forms of reciprocity in ancient economies”. Con referencia al trueque, Hirth (2016:248) señala que este era “the basis for all early economic exchanges and certainly was practiced across Prehispanic Mesoamérica”.

El trueque, como forma de intercambio de mercado, es una transacción o negociación recíproca inmediata donde directamente y cara a cara se intercambian bienes y/o servicios ya que cada parte tiene un interés específico en el producto de la otra persona y el intercambio directo satisface la transacción económica (Humphrey y Hugh-Jones 1992:6–7). De hecho, el trueque representa el conocimiento de todo un trabajo invertido en la obtención de un producto y este conocimiento incluye con quién se cambia el producto, cómo se negocia este intercambio, cuándo se acuerda o acepta el intercambio, o bien, en qué momento se rechaza (Arizpe 2009; Pérez Flores 2016). Además, en el trueque, los valores se fijan o arreglan durante la negociación a diferencia del intercambio de mercado que se asocia con una ubicación centralizada y gobernada o regida de manera formal por sus propias reglas de operación. Estas reglas están definidas por



sus administradores y de acuerdo con un calendario o días específicos, respetando precios establecidos en transacciones dominadas por la oferta y la demanda (Ferraro 2011; Hirth 2016:248–249; Smith 1976). Por ejemplo, en la Nueva España, Sahagún (1979a:475, 500, 559) varias veces mencionó en su obra la función que tuvieron los oficiales denominados “tianquizpan tlayacaque” en el mercado de Tlatelolco, quienes ponían “precios de las cosas que se vendían para que no hubiese fraudes entre los que vendían y compraban” (Sahagún 1979a:475).

Aparentemente, la palabra *k'aay en proto-maya pudo haber tenido un doble significado que incluía “comprar” y “vender” y esto es factible si consideramos que sistemas como el trueque fue “the dominant mode of exchange” (Speal 2014:88). Hopkins (2013:2; véase también Kaufman con Justeson 2003:792), por su parte, nota que las raíces del término *k'aay (“comprar”, “vender”) tanto en huasteco, yucateco y maya del este “display regular correspondences throughout their forms”, aunque cabe apuntar que *tx'a7-iy en huasteco significa “comprar”, en tanto que *k'aay en maya yucateco y maya del este significa “vender”.

Con referencia al trueque, Kaufman (con Justeson 2003:779–782) reporta que la palabra *k'ex significa trueque en proto-maya y proto-cholan. Algunos de los dialectos mayas donde Kaufman identifica *k'ex incluyen ch'ol, tzotzil, chuj, q'anjob'al, mam y uspanteko. Además, en los diccionarios Calepino de Motul (siglo dieciséis) y Maya Cordemex (siglo veinte), *k'ex también significa trueque, permuta, cambio o canje en maya yucateco (Arzápalo Marín 1995:tomo I, p. 421; Barrera Vásquez 1980:160, 396–397). Dos datos interesantes que se reportan en maya yucateco es que *k'ex es también un “rito del cambio” ya que trocar es la acción de intercambiar “uno por otro con igualdad” y sin llegar a dar de más (Barrera Vásquez 1980:160, 396).

Durante el período clásico, los datos lingüísticos sugieren que la palabra plaza no estaba asociada única y exclusivamente a lugar de mercado y Speal (2014:91) nota que la evidencia registrada en más de 10,000 escritos en madera, piedra y cerámica no muestra “a single known unequivocal reference to markets or commercial exchange”.



Este hecho realmente llama la atención ya que el alto grado de complejidad social, económico y político que había alcanzado la civilización maya durante el período clásico podría haber generado las condiciones necesarias para la aparición de lugares de mercados en distintas regiones del área maya. Sin embargo, parece ser que esto no sucedió, aunque varios estudios, utilizando ya sea datos arqueológicos, analogías etnográficas e históricas, análisis químicos de suelos o una combinación de todos estos, afirman de manera concluyente que durante ese período sí existieron plazas donde hubo mercados (véase Baron 2018; Cap 2011, 2015a, 2015b, 2020; Cap et al. 2015, 2017; Chase y Chase 2014, 2020; Chase et al. 2015; Coronel et al. 2015; Dahlin et al. 2007, 2010; Eppich 2020; Eppich y Freidel 2015; Folan et al. 1983; Golden et al. 2020; Hutson 2020; Hutson y Dahlin 2017; Hutson et al. 2017; Jones 1991, 1996, 2015; King 2015, 2020, 2021; King y Shaw 2015; LeCount 2016; Masson y Freidel 2012, 2013; Shaw 2012; Shaw y King 2015; Terry et al. 2015; Yaeger et al. 2010).

Speal (2014:89, Tablas 15 y 26) muestra que durante el preclásico medio (1000 a.C.–400/300 a.C.), o inicios del preclásico tardío (400/300 a.C.–200/300 d.C.), *k'iwik significaba patio—o espacio abierto—y esta palabra entró al lenguaje maya como un término que fue tomado prestado de la lengua xinca que se hablaba en el extremo oriental de las tierras altas y la planicie costera del Pacífico de Guatemala (Campbell 1984:8; Hopkins 2013:4; Kaufman con Justeson 2003:799). Siguiendo a Speal (2014:Tabla 26), a partir del período preclásico tardío hasta el siglo dieciséis, individuos hablantes de yucateco, mam, tzeltal y tzotzil le dieron el significado de plaza a la palabra *k'iwik. De hecho, en el diccionario del siglo dieciséis conocido como Calepino de Motul se registró que la palabra *kiuic significa “tianguis, feria, mercado o plaza donde venden y compran” (Arzápalo Marín 1995:tomo I, p. 427). Además, Barrera Vásquez (1980:405), durante la segunda mitad del siglo veinte, también registró en el Diccionario Maya Cordemex que *k'iwik en maya yucateco significa plaza, mercado, feria o plaza donde se vende y se compra.

Resulta revelador que la palabra *k'iwik—de acuerdo con el Calepino de Motul en el siglo dieciséis y hasta lo registrado en el



Diccionario Maya Cordemex de finales del siglo veinte— significa tanto plaza como feria asociadas al intercambio de mercado. Parece ser que a la palabra *k'iwik, una vez que entró al idioma maya en algún momento del período preclásico, los hablantes de este lenguaje le sumaron o dieron un significado más amplio para reconocer que en patios y/o espacios abiertos se realizaban al mismo tiempo actividades de fiesta y/o celebraciones con acciones de intercambio de mercado. Un par de ejemplos del período clásico ilustran mejor el significado de *k'iwik en el idioma maya.

En relación con la ocurrencia de *k'iwik en textos jeroglíficos del período clásico, Dahlin et al. (2010:196, Figura 2) se refieren a la interpretación realizada por David Stuart de un glifo hallado en un fragmento de vaso cilíndrico del período clásico tardío, aunque de procedencia desconocida. Stuart tradujo el glifo como aj k'iwik y; “through use of the male proclitic aj”, podría ser traducido como “he of the market”, quizás ¿un mercader? (Speal 2014:91).

Sin embargo, considerando la abrumadora evidencia sobre la no existencia de referencias escritas sobre mercados durante el período clásico en el área maya (véase también Tokovinine y Beliaev 2013:172–174), aj k'iwik estaría refiriéndose más bien a “he of the plaza” (él de la plaza), en otras palabras, el glifo—cuya forma es distintiva o particularmente maya yucateco—podría estar nombrando a alguna autoridad u oficial a cargo del cuidado y/u organización de eventos en una plaza como lugar público (Speal 2014:91). Por ejemplo, “he of the plaza” pudo haber estado a cargo de organizar eventos teátricos relacionados con soberanos y su corte en un despliegue fastuoso de poder; planeado pomposos encuentros ceremoniales como la entronización o celebración de triunfos militares; conmemorado los inicios o finales de ciclos calendáricos vivamente amenizados con música; celebrado en la plaza grandes festines dedicados a deidades y/o ancestros, o bien, a través de banquetes o comilonas, hacer evidente diferencias políticas tanto en la presentación como la variedad de la comida que era consumida (Hastorf 2017; Inomata 2006; Stoll 2014; Tsukamoto e Inomata 2014; Zalaquett Rock 2015).



Como segundo ejemplo nos referimos a las fastuosas celebraciones relacionadas con banquetes y comilonas que— posiblemente— podrían estar ilustradas en los murales de la estructura Sub I-4 del complejo residencial de Chiik Nahb en Calakmul que se fecha para el período clásico tardío (Boucher y Quiñones 2007; Carrasco Vargas y Cordeiro Baqueiro 2012; King 2015; Martin 2012). De hecho, Boucher y Quiñones (2007:48–49) consideran que los murales ilustran la celebración de un festín y no se trata ni de un día de mercado como tampoco vendedores asociados al “templo del mercado” como ha sugerido Martin (2012:80, nota 18; véase también los comentarios de Hopkins 2013). La presencia de un “glifo misterioso”, cuyo valor fonético es aún desconocido, fue registrada por Martin (2012:79–80), quien concluyó que podría referirse a la estructura Sub I-4 como un “templo del mercado”. Hopkins (2013), sin embargo, señaló que no existe evidencia epigráfica para asociar la estructura Sub I-4 con un “templo del mercado” ya que “Mayan terms for ‘market’ never refer to a structure, but always to an open plaza” (Hopkins 2013:4)—es decir, *k’iwik.

En relación con la traducción del glifo aj k’iwik, Tokovinine y Beliaev (2013:171) observan que “the potential /wi/ looks rather like other /ni/ signs in the same inscription, it is more likely that the title should be read as aj-k’inik and, therefore, does have any connection to trade or markets”. Tokovinine y Beliaev (2013) no especificaron cual podría ser la posible relación con comercio y/o mercados.

Un segundo sentido de aj-k’inik podría ser “el que lleva o produce flores pequeñas olorosas” (Ciudad Real 2001:434; véase también Barrera Vásquez 1980:569). Estas flores pequeñas podrían ser *Plumeria* sp. apocinácea, que tienen una delicada fragancia al olerlas (Barrera Vásquez 1980:569). De acuerdo con Roys (1931), las pequeñas flores de *Plumeria* sp. se usaron con fines medicinales. Por ejemplo, el líquido obtenido después de haber hervido las flores se tomaba para detener lo que parece haber sido disentería; para quemaduras en el cuerpo, se recomendaba untar su resina (Roys 1931:37–39, 68–69, 269–270).

En referencia con la propuesta de Tokovinine y Beliaev (2013:171) sobre la relación de aj-k’inik con comercio, quizás podría tratarse



de alguien que “vendía” o intercambiaba por medio del trueque flores con propósitos medicinales en un patio, plaza o cualquier otro lugar abierto que podría estar asociado con unidades domésticas. De hecho, Baron (2018) sugirió que los murales hallados en la estructura Sub I-4 de Calakmul pudieran estar ilustrando (a) transacciones económicas que se realizan por trueque—aunque no necesariamente en un mercado—o bien, (b) vendedores quienes ofrecen productos sin que estén recibiendo un pago inmediato, “perhaps a form of credit” (Baron 2018:109). Otra explicación sobre las posibles acciones que ilustran los murales es que se trata de la entrega de tributo a cortesanos locales, o miembros de un estrato social específico, quienes no eran “parte de los residentes de la ciudad” (Valencia Rivera 2020:22; véase también Valencia Rivera 2020:25, 31–32, 2023:64).

Por ahora, sería incorrecto afirmar de manera definitiva que las escenas representadas en los murales de la estructura Sub I-4 de Calakmul se refieren única y exclusivamente a una escena de intercambio en un mercado. Como se mencionó en el párrafo inmediato superior, hay otras explicaciones sobre los murales de este edificio y, para responder a lo que se ilustró en los murales, aún se necesita excavar tanto el lado norte de la subestructura, así como las construcciones ubicadas al norte del edificio.

Mayas hablantes de k'ich'e, kaqchikel, q'eqchi', poqom, ch'orti y dialectos del gran q'anjob'alan le dieron al verbo *k'aay (“comprar” y “vender”) el significado de plaza. Cabe indicar que el verbo “vender” en yucateco es kon; en ch'olan y tzeltalan es chon; en dialectos del gran q'anjob'alan es chonh (chuj y mocho), txon (q'anjob'al y akateko) y txonh (jacalteco; véase Campbell 2017; Hopkins 2013; Kaufman con Justeson 2003; Speal 2014). Las palabras kon, chon y txon en todos estos dialectos mayas significan vender, plaza y mercado. Además, en mopan e itzaj, dos dialectos que surgieron en el período posclásico, también utilizan la palabra kon como verbo (vender) y como sustantivo (plaza y/o mercado).

Mopan e itzaj derivaron del maya yucateco entre los siglos once (mopan) y trece (itzaj; véase Hofling 2009). Mopan e itzaj utilizan la palabra kon-ol siempre con un modificador “to specifically



denote a market independent from the plaza in which it is held” (Speal 2014:92; véase también Hopkins 2013). Para los hablantes de mopan e itzaj, este modificador precisa claramente el significado de la palabra al señalar o indicar un espacio específico donde se realiza la actividad de intercambio de mercado; sin embargo, no distingue si se trata de transacciones en las cuales se vende y compra, o bien, si se trata de un intercambio por trueque. Además, al utilizar el clasificador “aj” en mopan e itzaj y anteponerlo a la palabra kon-ol obtenemos la palabra aj-kon-ol que se traduce como “el vendedor” (Hofling 2018:Cuadro 15). Cabe agregar que este aj-kon-ol pudo haber vendido sus mercancías en patios, plazas y/u otros espacios abiertos, o bien, la transacción económica se realizó como parte de un trueque efectuado en un “wide range of settings, from the patio of a household to a busy marketplace” (Hirth 2016:248). Esta diferencia sobre los espacios donde pudo haber ocurrido el intercambio de mercado es relevante ya que no se asume que el intercambio de mercado se realizó única y exclusivamente en plazas y/o calzadas (Becker 2015:94; Cap 2011, 2015a, 2015b; Cap et al. 2017; Chase et al. 2015:242–244; Yaeger et al. 2010).

Desde una perspectiva lingüística, líneas arriba se señaló que los mayas de finales del período posclásico pudieron haber sumado el concepto de mercado a la palabra plaza que existía en su lenguaje desde el preclásico tardío (400/ 300 a.C.). De hecho, Speal (2014:107) señala que los conceptos sobre mercado como lugar de intercambio “were apparently almost inextricably linked to architectural plazas in the Maya worldview ... [y los hablantes de maya] do not appear to have distinguished in any regular manner between patios to be used for markets and those to be used for other purposes”, con la excepción del mopan e itzaj fechados para el período posclásico. El que los mayas no hayan distinguido de manera regular entre “patios to be used for markets and those to be used for other purposes” sugiere que el intercambio de mercado por venta/ compra y trueque se pudo haber realizado en distintos espacios y, a partir del siglo quince como lo distinguen el mopan y el itzaj, las plazas utilizadas como lugares de mercado se convirtieron de manera formal como los espacios exclusivos donde se vendía y compraba de forma regular



y en fechas específicas, o bien, de manera permanente. Quizás, el mercado de Zapotulan en el oriente del Soconusco pudo haber sido uno de estos mercados.

Si tomamos en cuenta que los españoles, después de haber conquistado Tenochtitlan, promovieron la rápida fundación de mercados en el centro de México con los cholultecas (Díaz del Castillo 1966:138), en Huimango con residentes nahuas (Scholes y Roys 1968:31) y en la Verapaz con pobladores mayas (de las Casas 1909:623), podemos sugerir que estos nuevos mercados surgieron “as a byproduct of large, artificially constructed open public spaces” (Speal 2014:107). Además, los españoles también pudieron haber contribuido a que *k’iwik, *k’aay y kon tuvieran una connotación polisémica cuando consideramos a las plazas como lugares de mercado y lo que representan en términos de actividad social y económica. Por lo tanto, y como se ha argumentado en esta sección, la palabra mercado—que se realizaba con un propósito únicamente económico, ya sea todos los días o periódicamente—en el área maya no parece haber estado asociada a plaza ni en el período preclásico ni durante el período clásico; esta asociación ocurrió tardíamente, probablemente después del año 1400/1450 d.C.

Resumiendo

El análisis realizado en esta segunda sección lleva a las siguientes cuatro conclusiones. Primero, en los lugares físicos donde se realizaron mercados ocurrieron intercambios de mercado y estos pudieron haber aparecido en el área maya hasta finales del período posclásico, como pudo haber sido el caso del mercado de Zapotulan en el Soconusco, o bien, después de que los españoles los establecieron muy rápidamente en las distintas áreas que conquistaron, como fueron Huimango en Tabasco (Scholes y Roys 1968:31–32) o la Verapaz en Guatemala (de las Casas 1909:623). Además, la ocurrencia de estos mercados pudo haber sido cotidiana o de manera permanente.

Segundo, los mayas asociaron el concepto de lugar de mercado con plaza, lo cual produjo la condición de polisemia en los distintos dialectos mayas al reconocer una exclusiva actividad económica que



se efectuaba en un amplio espacio y a la cual eran ajenos antes del siglo quince. Antes de este siglo, las plazas eran los lugares que albergaron una variedad de actividades que incluyeron celebraciones, festines e intercambios de mercado.

Tercero, a partir de los períodos preclásico temprano y preclásico medio, las palabras regalo, intercambio-reciprocidad, dar prestado, otorgar un préstamo, trueque, comprar-vender, reflejan transacciones económicas relacionadas con intercambio de mercado que pudieron haberse efectuado en diferentes espacios abiertos. Estos espacios pudieron haber incluido plazas, calzadas, áreas en las inmediaciones del asentamiento y patios asociados a unidades domésticas.

Cuarto, mopan e itzaj, en comparación con los otros dialectos mayas, comparten una palabra que específicamente se refiere a mercado, y la condición de polisemia no ocurre en estos dos dialectos del período posclásico. Por lo tanto, parece ser que, en el área maya, los intercambios económicos por venta-compra y trueque pudieron haber surgido desde el período preclásico.

Injustificadas analogías históricas e ignorada analogía etnográfica

Numerosos investigadores que estudian mercados prehispánicos en el área maya han utilizado analogías históricas y etnográficas para apoyar sus argumentos de que existieron en esta región. Sin embargo, una revisión de la información usada en la elaboración de estas analogías revela dos particularidades o características. Primero, ante el vacío que existe de la mención de mercados prehispánicos en las fuentes históricas del área maya, se emplea información del centro de México para llevarla hasta la primera área y crear un argumento verdadero; sin embargo, este argumento no se sostiene ante la falta de evidencia. Segundo, los estudiosos de mercados prehispánicos asumen que estos espacios fueron única y exclusivamente la expresión material de transacciones económicas basadas en oferta y demanda como parte del intercambio de mercado donde se compraban y vendían mercancías, y el vendedor obtenía una significativa ganancia económica (véase Hutson y



Dahlin 2017). Asumir que los mercados en el área maya fueron la manifestación exclusiva del intercambio de mercado, empleando precios de compra y venta, revela una visión sesgada de la realidad pretérita; los mercados también fueron uno de los espacios donde el intercambio de mercado por trueque jugó (y aún continúa jugando en pleno siglo veintiuno) un papel amplio e importante. A continuación, ahondamos sobre estos dos aspectos.

Injustificadas analogías históricas

De acuerdo con King (2015:34), “the ethnohistoric evidence on Maya markets is far less forthcoming”. Ante la falta de esta evidencia, el estudio de cualquier mercado en el área maya siempre toma en cuenta la descripción del mercado de Tlatelolco, ya que este “has become the archetype for how the well-organized pre-Columbian market operated” (King 2015:34; véase también Cap 2015b:112–113). Sin embargo, un análisis más riguroso sobre mercados utilizando las fuentes primarias del siglo dieciséis (primera sección) y datos lingüísticos (segunda sección) sugiere otra interpretación en la cual no se necesita utilizar el mercado de Tlatelolco como el arquetipo de mercado para Mesoamérica.

Las fuentes históricas españolas escritas durante la primera mitad del siglo dieciséis describen claramente que los mercados prehispánicos del centro de México y la Mixteca Alta eran una institución social y económica sólidamente establecida y con por lo menos siete décadas de existencia (¿1450 d.C.?–1520 d.C.). Por otro lado, y como vimos en la primera sección de este trabajo, en el área maya la evidencia sobre la existencia de mercados en el noreste de Yucatán es sumamente incierta o dudosa; el mercado de Zapotulan—Tzapotlan o Zapotitlan—estaba funcionando en el oriente del Soconusco en 1524 d.C., pero desconocemos cuando fue fundado y quienes lo fundaron; el mercado de la Verapaz mencionado por de las Casas fue fundado a finales de la década de 1530, en tanto que el mercado al que se refiere Landa en Yucatán pudo haber sido establecido por los españoles en algún momento de la década de 1540 d.C.; las plazas de los asentamientos mayas fueron multifuncionales y en ellas se realizaron distintas actividades, incluyendo el intercambio de mercado. Estas plazas



parecen haber sido los escenarios de eventos religiosos, sociales y económicos que ocurrieron de acuerdo con intervalos de tiempo.

Hasta inicios del siglo dieciséis, los mercaderes que se dirigieron desde el centro de México y la Mixteca Alta a comerciar en distintos puntos del área maya entraban a una región donde los lugares de mercado ocurrían—aparentemente—periódicamente, situación muy similar a la que sucedía en esas dos primeras regiones. Además, transacciones por compra-venta y trueque que involucraban mercaderes se reporta en las descripciones de Cortés (1963, 1983), Landa (1959), de las Casas (1909) y de la Torre (1985). Cabe indicar que estos cuatro españoles, antes de llegar al Nuevo Mundo, vivieron en Salamanca (Cortés y de las Casas), Madrid (Landa) y Valladolid (de la Torre), tres ciudades cercanas a Medina del Campo que fue, durante los siglos quince y dieciséis, uno de los principales mercados de Europa occidental y el más importante de España (Casado Alonso 2001, 2018; Ladero Quesada 1994; Navarro Espinach y Villanueva Morte 2017).

Las transacciones comerciales realizadas en Medina del Campo entre los siglos quince y dieciséis revelan un complejo mundo financiero que involucraba dinero, letras de cambio, préstamos, pagarés, etcétera. (Casado Alonso 2018). Además, en la primera sección nos referimos a la distinción que realizó Hernández (1943:909, libro VI, capítulo LXXXVII) entre el trueque—que asoció con lo antiguo en la Nueva España—y el intercambio de productos, teniendo como referencia precios fijos que dominaba el mundo comercial de España en los siglos quince y dieciséis. Por lo tanto, cuando Cortés, Landa y de las Casas utilizaron las palabras trato, contratación, trocar, conmutar asociadas a comprar y vender, reconocieron que el trueque era una transacción económica vigente e importante en el área maya—en otras palabras, para ellos, el trueque significaba “comprar” y “vender” a la antigua usanza española, y este “comprar” y “vender” de ninguna manera tenía semejanza con la complejidad de las “modernas” transacciones económicas que ellos conocieron en Medina del Campo.

Por ejemplo, Cortés (1983), en su Quinta Carta de Relación que describe su viaje desde el centro de México hasta Honduras,



entre octubre de 1524 d.C. y junio de 1526 d.C., llegó al “pueblo de Nito, donde había mucha contratación de mercaderes de todas partes” (Cortés 1983:257). Nito se encontraba en la frontera entre Guatemala y la región occidental de Ulúa (Honduras) y Cortés fue muy específico cuando señaló, de manera particular, la presencia de mercaderes de Acalán (“Aculan”) quienes tenían su propio barrio y residían en Nito, y el pueblo era “de mucho trato de mercaderes” y no entre personas (Cortés 1983:257). Las palabras contratación y trato (= tratar) que utilizó Cortés en su narrativa en la Quinta Carta significaban, en el siglo dieciséis, lo siguiente: “contratación” denota “comercio y trato de los géneros vendibles entre unas y otras personas o Provincias” (Diccionario de Autoridades 1726–1739); “trato” (como apuntamos en la primera sección cuando nos referimos a Landa), implica “comerciar con géneros, y mercaderías, comprando, vendiendo, y trocando” (Diccionario de Autoridades 1726–1739).

Cabe destacar que Cortés (1983) en su viaje a Honduras nunca describió o mencionó la existencia de un mercado en Nito, el centro o lugar al cual llegaban mercaderes de otras provincias que incluían Tabasco, Yucatán, tierras altas de Guatemala y Centroamérica (Henderson 1977; véase también Aliphath y Caso Barrera 2006). Podríamos argumentar que Nito, como asentamiento en el cual convergían numerosos mercaderes de distintas regiones, tenía su propio mercado, pero Cortés nunca lo registró. De hecho, Nito parece haber sido un lugar de encuentro e intercambio donde mercaderes compraban, vendían y trocaban única y exclusivamente con sus homólogos quienes llevaban bienes o productos de Mesoamérica y Centroamérica.

Además, no olvidemos que Cortés conocía perfectamente la morfología de los mercados de Tenochtitlan, Tlatelolco y Tlaxcala; por lo tanto, dudo que se le haya olvidado mencionar o describir la existencia en Nito de un mercado con gente, y prueba de ello es la descripción tan precisa que hizo de un asentamiento en Guatemala (¿Quilahá?, ¿Kawinal?) poco antes de llegar a Nito (Arnauld 1993; Ichon 1979; Robles Castellanos 2007:219–224). De acuerdo con Cortés (1983:267), él y sus hombres llegaron “a una gran plaza donde ellos tenían sus



mezquitas y oratorios, y como vimos las mezquitas y aposentos alrededor dellas a la forma y manera de Culúa [Tenochtitlan], púsonos más espanto del que traíamos”. Cortés se refirió a un edificio con templos gemelos a la manera del Templo Mayor enfrente de un altar como en Tenochtitlan.

En una Probanza del año 1533 se menciona a Salamanca de Campeche y el río Ulúa en Honduras y registra que se hablaba una misma lengua entre estas dos regiones. Además, “los yndios deste pueblo de campeche e de toda esta trra tienen casas enl dho rrio de hulua poblados pa sus contrataciones” (Archivo General de Indias 1533; véase también Scholes y Roys 1968:34, 516, nota 56; Stone 1943:14, nota 2). La Probanza no menciona un mercado; este documento se refiere a la presencia de mercaderes que tenían sus casas a lo largo del río Ulúa y se dedicaban a las contrataciones—en otras palabras, al “comercio y trato de los géneros vendibles entre unas y otras personas o Provincias” (Diccionario de Autoridades 1726–1739). Aparentemente, los mercaderes de la región de Campeche también establecieron sus propias casas (¿barrio?) en un asentamiento que les permitió realizar transacciones económicas con otros mercaderes en el límite este del área maya.

En Yucatán, Landa (1959:39) reportó que los mercaderes llevaban “sal, y ropa, y esclavos a tierra de Ulúa y Tabasco, trocándolo todo por cacao y cuentas de piedra que eran su moneda”. Las palabras del obispo Landa sugieren que los mercaderes que salían de Yucatán—aparentemente—realizaban la misma transacción económica en dos distintas regiones. Los mercaderes que se encontraban con otros mercaderes en Nito y/o sitios asociados con el río Ulúa y en Tabasco (¿Huimango?, ¿Coatzacoalcos al oeste de la Chontalpa?) compraban, vendían y/o canjeaban sus productos o mercancías.

Por el lado de Tabasco, Scholes y Roys (1968:31) mencionaron que mercaderes del centro de México “had their factories and warehouses at Mecoacan, Chilateupa, and Teutitlan Copilco, the modern Copilco. Here they sold their goods to local traders who took over the distribution”. De nueva cuenta, el punto de encuentro para el intercambio por trueque no fue un mercado—como pudo



haber sido el de Coatzacoalcos que se localizaba a corta distancia al oeste de la Chontalpa—fueron sitios donde había talleres, almacenes y, posiblemente, unidades residenciales. La cita de Scholes y Roys (1968:31) sugiere que los mercaderes del centro de México pudieron haber tenido sus propios asentamientos con sus propios barrios y bodegas o almacenes, muy similar al barrio que los mercaderes de Acalán tenían en Nito. Además, estos mercaderes “vendieron” y/o trocaron sus mercancías con mercaderes procedentes de Yucatán y otras regiones quienes—posteriormente—las “vendieron” y/o trocaron en el área maya.

El fraile dominico Tomás de la Torre (1985) llegó a Chiapas en 1545 d.C. y describió la región de Zinacantan ubicada en las tierras altas, pero no registró un mercado, a diferencia de McVicker (1974:549; véase también Gasco 2005:88) que sugirió que en el sitio de Ch'ivit Krus se encontraba el mercado de Zinacantan. De la Torre (en Ximénez 1929–1931:tomo I, p. 360) registró que los habitantes del pueblo eran mercaderes, tenían “salinas comunes”, obtenían sal para su propio consumo y “para vender” y no se dedicaban a la agricultura debido a lo estéril de las tierras. Las salinas a las que se refirió de la Torre pueden haber sido las Salinas Atzam localizadas a muy corta distancia al sur de Ch'ivit Krus (Andrews 1983:61–62, Figuras 3.1 y 3.5; véase también Calnek 1988:21–24, Tablas 5–6).

De la Torre (en Ximénez 1929–1931:tomo I, p. 360) precisó que en el pueblo abundaban “todas las cosas porque acuden los Comarcanos aquí, no solamente pr. la sal, pero porque como son mercaderes acuden aquí las demás á comprar lo que han menester y venden también todo lo que traen”. Las descripciones del fraile de la Torre (en Ximénez 1929–1931:tomo I, p. 360) sobre el pueblo asociado a las salinas que congregaba a mercaderes residentes de los alrededores (= “Comarcanos”, Diccionario de Autoridades 1726–1739), sugieren lo siguiente. Primero, los mercaderes “compraban” entre ellos mismos ante la carencia o falta de alguna cosa que necesitaban (= “menester”, Diccionario de Autoridades 1726–1739) y vendían todo lo que traían y que—obviamente—no incluía sal. Segundo, esta “compra” y “venta” por los mercaderes (“Comarcanos”) pudo haberse realizado en uno o varios



puntos del pueblo (¿Ch'ivit Krus?), así como en las inmediaciones de las Salinas de Atzam, y no parece haberse efectuado en un mercado.

Con relación a Ch'ivit Krus, McVicker (1974:549) reportó no haber encontrado en la superficie del sitio restos de construcción, como serían templos y estructuras utilizadas por jueces y/o alguaciles del mercado, considerando la analogía etnohistórica con el centro de México. McVicker (1974:549) solamente halló en superficie abundantes fragmentos de cerámica, obsidiana y restos de caracol jute nativos de ríos de tierras bajas del sur.

En las tierras altas de Guatemala, vale la pena mencionar que Ximénez (1929–1931:tomo I, p. 77) registró la existencia de un área fronteriza entre Comalapa y Chimaltenango donde “debía de haber un lugar libre y franco donde unos y otros comerciaban, y así se llamaba aquel paraje el tianguesito, como se ve en los libros de Cabildo [década de 1530 d.C.] recién conquistado aqueste Reino de donde sin duda proviene el mercado que hasta hoy se usa continuamente en aquel pueblo” [Chimaltenango]). Una lectura más detallada de esta oración revela dos palabras claves que son “paraje” y “proviene”. La primera de estas palabras significaba, en el siglo diecisiete, “sitio, estancia o lugar” y derivó del verbo “parar” en Latín (Diccionario de Autoridades 1726–1739). La segunda palabra es el verbo “provenir”, cuyo significado era “nacer, proceder, originarse de alguna cosa como de su principio” (Diccionario de Autoridades 1726–1739). Con base en los significados de estas dos palabras, Ximénez (1929–1931:tomo I, p. 77) primero se refirió al “tianguesito”—en la década de 1530 d.C.— como un lugar en el cual mercaderes paraban a comerciar entre unos y otros y, segundo, este sitio fue donde se originó o “nació” (fundó) el mercado de Chimaltenango que funcionaba en el siglo diecisiete en la región.

La referencia de Ximénez (1929–1931:tomo I, p. 77) sobre el tianguesito como “un lugar libre y franco donde unos y otros comerciaban” en un área fronteriza entre Comalapa y Chimaltenango pudo haber sido un punto de encuentro exclusivo entre mercaderes quienes llegaban ahí para intercambiar sus mercancías. Además, llama la atención que Ximénez haya utilizado la palabra franco ya que esto implicaría



que se trata de un centro de comercio y trasbordo o lugar (= “puerto”) franco. Si el tianguesillo reportado en las tierras altas de Guatemala fue un centro de trasbordo, entonces se trató de un sitio que tuvo acceso a excelentes o estupendas formas de transporte; fue un lugar en el que se concentraron una enorme variedad de individuos dedicados a actividades de comercio y que no eran originarios de la región o sitio; y debió de haber contado con una amplia infraestructura para juntar, almacenar y enviar a otros lugares productos o bienes (véase Hirth 2020:298). Por lo tanto, la función que tuvo el tianguesillo en el extremo sur del área maya—y a medio camino entre el Soconusco y Nito/Centroamérica—pudo haber sido igual o similar a la reportada en Mecoacan, Chilateupa y Teutilan Copilco en Tabasco, Nito y sitios a lo largo del río Ulúa en Guatemala-Honduras y Ch’ivit Krus en Chiapas.

King (2015:34) correctamente señaló que las fuentes históricas no mencionan la existencia de mercados prehispánicos en Yucatán. Por otro lado, y como analizamos en esta sección, las fuentes históricas revelan otro tipo de información relacionada más bien con las actividades de intercambio que realizaban los mercaderes exclusivamente entre ellos mismos en asentamientos con una función muy especializada. Reconozco que estos sitios fueron lugares de encuentro e intercambio—en otras palabras, centros de comercio y trasbordo o puertos francos—e incluyeron a Nito (frontera entre Guatemala y Honduras), Mecoacan-Chilateupa-Copilco al oeste de la Chontalpa (Tabasco), Ch’ivit Krus-Salinas Atzam al oeste de Zinacantan (Chiapas) y el tianguesillo entre Comalapa y Chimaltenango (tierras altas de Guatemala). Cabe señalar que estos “puertos francos” se encontraban justo en las fronteras o límites oeste (Mecoacan-Chilateupa-Copilco), suroeste (Ch’ivit Krus-Salinas Atzam), este (Nito) y sur (Tianguesillo) del área maya.

Las fuentes históricas españolas conocidas hasta ahora de la primera mitad del siglo dieciséis no mencionan la existencia de otros centros de comercio y trasbordo en alguna otra región dentro del área maya, aunque la arqueología podría ayudar a su localización. Además, los mercaderes, después de haber vendido, comprado y trocado sus mercancías en esos cuatro “puertos francos”, se



adentraron en al área maya para distribuir las también vendiendo, comprando y trocando en distintas provincias y comunidades y estas transacciones económicas quizás no ocurrieron necesaria o prioritariamente en un mercado que ocurría de manera fija todos los días (véase también Fernández Tejedo 1996, 1997).

Ignorada analogía etnográfica

La información obtenida sobre los “puertos francos” revela que funcionaron como puntos exclusivos donde los mercaderes vendían/compraban e intercambiaban por trueque diferentes productos. Estos mercaderes fueron quienes distribuyeron esos productos en el área maya como señalaron Scholes y Roys (1968:31). Los “puertos francos” reportados en la primera mitad del siglo dieciséis por los españoles en Nito, Mecoacan-Chilateupa-Copilco, Ch’ivit Krus-Salinas Atzam y el tianguesito parecen ser una clara reminiscencia prehispánica de cómo operaban los mercaderes mayas ya que vendían, compraban y trocaban en una economía de intercambio de mercado. Quizás este intercambio pudo haberse empezado a realizar también en plazas que, a partir del siglo quince, poco a poco se convirtieron en lugares únicos o exclusivos donde se establecieron mercados de manera diaria o cotidiana y que no se asociaron con festivales y otras celebraciones.

En el siglo dieciséis, la fundación de mercados por los españoles promovió que se introdujeran “elementos propios de la economía mercantil española y el trueque se combinó con operaciones monetarias” (Pérez Castro 2012:241). Por ejemplo, de las Casas (1909:623) registró que el intercambio de mercado por trueque ocurrió en diferentes mercados localizados en dos distintas regiones. Una lectura más detallada de lo escrito por el fraile de las Casas (1909:623) revela que se refirió a mercados localizados en el centro de México y Guatemala, pero no dio los nombres de estos mercados. De las Casas (1909:623) fue muy específico cuando mencionó en su narrativa que los mercados de la Nueva España estaban cerca de templos, pero esta asociación no la mencionó para la Verapaz. Aquí debemos señalar la confusión de Feldman (1981:12) y King (2015:35, 37) cuando citan a de las Casas mencionando la cercanía entre un lugar de mercado y una estructura tipo templo en la Verapaz.



De las Casas (1909:623) también registró que en el centro de México “su manera de contratar era comutan unas cosas por otras ... daban maíz por frisoles, y frisoles por cacao, y especialmente la sal”. En la primera sección de este trabajo se menciona que el intercambio de mercado por trueque fue también registrado por Hernández (1946), ya que le llamó la atención que aún formaba parte esencial de las transacciones económicas que se realizaban en mercados del centro de México. En las tierras altas de Guatemala, de las Casas (1909:623) observó que “comutan mantas de algodón por oro y por hachuelas de cobre, y oro por esmeraldas y turquesas y plumas”. Cabe indicar que esta referencia del fraile de las Casas no especifica si se refirió al trueque que realizaban mercaderes, o bien, al intercambio que se realizó en los mercados fundados por los españoles.

Un análisis más detallado del intercambio por trueque revela o pone en evidencia varios rasgos económicos y sociales que no han sido considerados por los investigadores mayistas cuando utilizan analogías etnográficas entre mercados modernos y mercados prehispánicos (véase, por ejemplo, Hutson y Dahlin 2017; King 2015; King y Shaw 2015). De hecho, en un trabajo etnográfico, Beals (1967:574) reportó que los vendedores en los mercados de Oaxaca son más bien consumidores y no comerciantes, ya que “llevan al mercado solamente las cantidades que necesitan vender a fin de comprar artículos de primera necesidad para el día. (El mercado tradicional, en este sentido, se aparta del acostumbrado juicio que el economista tiene de un sistema mercantil.)” Por lo tanto, la carga en objetos o mercancías que pudo haber transportado un mercader que operaba en el área maya debió de haber tenido un peso que facilitaba su transportación y así hacerla llegar a quienes la demandaban para el consumo cotidiano.

El intercambio de mercado comprando/vendiendo y por trueque pudo haber sido la vía por la cual los ocupantes de las distintas unidades domésticas del área maya pudieron haber tenido acceso a una amplia variedad de productos sin que haya existido físicamente un mercado. En cuanto al trueque, esta transacción económica debió de haberse efectuado en sus diferentes modalidades y, también, pudo



haber mostrado al individuo en los distintos papeles sociales que tenía como miembro de una colectividad. A continuación, y empleando una perspectiva etnográfica, se presentan cinco características que muestran cómo opera el trueque hoy día en distintos mercados del centro de México. Esta transacción económica está viva o aún existe, aunque desafortunadamente, no ha sido tomada en cuenta por los investigadores que utilizan analogías etnográficas en sus intentos por reconstruir la economía maya prehispánica.

Primero, el trueque es la negociación inmediata donde la racionalidad simplemente económica no es suficiente en el intercambio o transacción ya que también hay una enorme y compleja serie de aspectos sociales que involucran “poder, representación, diferencia, prestigio y habilidad” (Arizpe 2009:93); por lo tanto, el trueque representa integración y estructura en relaciones sociales comunitarias que ayudan a la construcción de la cultura e identidad (Argueta Prado y Cortez Noyola 2016:81–82, 88). De hecho, el trueque promueve la cohesión social ya que actúa como un “vértice de reciprocidad, cooperación, hospitalidad, confianza” (Vera García 2018:98). La cohesión social se hace evidente de manera cotidiana entre miembros de la misma familia, residentes de distintos barrios o sectores del asentamiento, habitantes de un pueblo o comunidad (Argueta Villamar 2016:42–43).

Segundo, cuando consideramos el aspecto social, los participantes juegan papeles muy particulares o específicos de acuerdo con atributos de género, estatus social, condición socioeconómica (Arizpe 2009:93; véase también Argueta Prado y Cortez Noyola 2016:81–82). Para Ferraro (2011:179), el trueque “encompasses relationships, ideas, values, and perceptions of the ‘transacting other’ and of oneself”. Por ejemplo, si consideramos la condición socio-económica, el éxito de un mercader “getting rich in a barter system is not to sell more at a constantly negotiated price, as in price-making markets, but rather to increase his/her social network and therefore increase the number of trade patterns” (Stanish y Coben 2013:426, véase también p. 427).

Tercero, los valores durante el trueque se acuerdan o convienen en el momento mismo que se efectúa o realiza el intercambio (Arizpe



2009:92; Ferraro 2011:174; Pérez Flores 2016:55). La negociación durante el trueque hace que quienes realizan este intercambio no solamente tengan muy en cuenta el trabajo invertido en la obtención de un producto; la acción de dar y recibir también involucra que la persona “quien está negociando el cambio tiene que tener conocimiento de lo que está dando y está recibiendo, para poder hacer más sencillo el intercambio” (Pérez Flores 2016:55). Por ejemplo, en los mercados tradicionales del Valle de Tehuacán-Cuicatlán (Puebla-Oaxaca), quienes están involucrados en el intercambio por trueque establecen sus propias medidas de manera arbitraria, ya sea “por pieza, manojo, montón, puño, vasito, jícara, bolsa, cubeta, huacal, costal, lata de acero grande que se denomina ‘litro’, mediana o ‘medio litro’, o pequeña o ‘un cuarto’, cucharada o por peso en gramos, un medio kilo, un cuarto de kilo, etc.” (Arellanes Cancino y Casas Fernández 2011:106).

Cuarto, no es simplemente la acción o el hecho de intercambiar, el trueque “encierra una larga experiencia para saber qué y con quién cambiar, cómo calcular, cuánto pedir, cómo negociar, cuándo aceptar, cuándo rechazar y seguir buscando” el bien o servicio que uno requiere o demanda (Arizpe 2009:92). Por ejemplo, quienes realizan el trueque en el mercado de Chalcatongo en la región de la Mixteca Alta (Oaxaca), están conscientes de que pueden cambiar una cosa por otra (sama); realizar un intercambio en el cual “por lo menos” o “aunque sea” no se fija o establece una cantidad de equivalencia (vasté); el intercambio involucra dar un 50 por ciento en producto y otro 50 por ciento en dinero (sava sava); intercambiar sin pago ya que se dan productos por servicios (sáni); intercambio por reciprocidad donde se recibe gratuitamente (kuta’ ú); intercambio para dar prestado (kuá’a nuu; véase Aparicio y Lope Alzina 2018:7–11, Tabla 1).

Quinto, el dinero en el trueque se suma a la lista de objetos que pueden ser trocados. El dinero “no longer acts as a ‘numeraire’, thus challenging the widespread notion of the generalizing character of ‘modern’ money that lies at the core of commodity exchange” (Ferraro 2011:174). Por lo tanto, el dinero en el trueque no tiene ese papel central de ser una medida de valor previamente establecida antes de realizar cualquier tipo de transacción económica.



Resumiendo

En esta tercera sección destacan dos aspectos relacionados con las analogías históricas y etnográficas. Sobre las primeras se puede decir que las fuentes históricas primarias proporcionan valiosa información sobre mercaderes quienes se encontraban o coincidían en “puertos francos” para vender, comprar e intercambiar por medio del trueque objetos o bienes adquiridos en distintas regiones. De acuerdo con las fuentes coloniales, estos mercaderes no se encontraron en plazas que eran utilizadas como mercados; el intercambio económico parece haberse realizado entre ellos mismos y en distintos contextos de los centros de comercio y trasbordo. Quizás, a estos “puertos francos” se les sumó el binomio plaza y gente dando como resultado los espacios que llegaron a denominarse mercados. Por lo tanto, se puede proponer que, a partir del siglo quince, y definitivamente en el siglo dieciséis, las plazas funcionaron como mercados para el intercambio por trueque y también por compra-venta de objetos. Además, las plazas pudieron haber empezado a congregarse más mercaderes y esto pudo haber sido acelerado por la fundación de mercados por los españoles.

Con relación a las analogías etnográficas, la información que deriva de ellas nos revela que los restos arqueológicos de objetos hallados en plazas, unidades domésticas y calzadas podrían estar representando la expresión material de transacciones económicas dominadas por trueque. Además, si las analogías etnográficas sugieren que los objetos adquiridos en las plazas por medio del trueque terminaron en las numerosas unidades domésticas, este hecho representaría una tercera alternativa para explicar la distribución espacial de restos materiales culturales en un asentamiento, considerando que esa distribución pudo haber sido también producida por una economía de intercambio de mercado de compra y venta, o bien, por redistribución centralizada (Cobos 2023; Renfrew 1977; Stark y Garraty 2010). Para la arqueóloga o arqueólogo resultará un verdadero reto explicar si las huellas materiales encontradas en un asentamiento pueden ser identificadas como el resultado de personas que fueron al mercado a comprar bienes o productos de acuerdo a precios



de venta; o si estos bienes o productos llegaron a las personas de la comunidad mediante una redistribución centralizada realizada por autoridades políticas centrales, gobernantes y/o miembros de la élite; o si las personas intercambiaron por medio del trueque bienes tanto en sus unidades domésticas como en calzadas y plazas.

Conclusiones

Los documentos coloniales, así como datos lingüísticos y etnográficos proporcionan información relevante sobre tres temas analizados en este trabajo. Estos temas incluyen a las fuentes históricas asociadas a lugares de mercado, la coexistencia del trueque con el pago en “monedas” equivalentes en cacao, textiles y sal en las transacciones de intercambio de mercado, la existencia de mercaderes quienes obtuvieron al por mayor bienes o productos que pudieron haber sido vendidos a y/o trocados con otros mercaderes y personas, o bien, los traspasaron a otros mercaderes quienes a su vez se encargaron de venderlos y/o canjearlos también.

En la sección relacionada con las fuentes históricas, estas registran la existencia de un mercado prehispánico en Zapotulan y la fundación de mercados por españoles en Tabasco y la Verapaz (Guatemala). Las referencias sobre la existencia de lugares de mercado en Yucatán (mencionada por Landa) y El Salvador (Izalco y Ahuachapán) no precisan si se trató de mercados prehispánicos o mercados fundados por los españoles. Además, hay información secundaria proporcionada tanto por Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés quienes nunca estuvieron ni en la Nueva España ni en el área maya y sus descripciones se basaron en información verbal y escrita de individuos quienes participaron en la conquista de México. Cabe indicar que la narrativa tanto de Anglería como de Fernández de Oviedo y Valdés presentan imprecisiones y/o es ambigua y esto conduce a la confusión que aleja al lector de los hechos del pasado, especialmente si se utiliza el argumento de que el mercado de Tlatelolco es el arquetipo para comprender el funcionamiento de lugares de mercado en Mesoamérica.



Seguir la propuesta de que Tlatelolco es el modelo de mercado para Mesoamérica nos lleva a afirmar que los mercados en el área maya también funcionaron diariamente durante tiempos prehispánicos, sin embargo, esto no parece haber ocurrido durante los períodos preclásico y clásico. En este trabajo se argumenta que este funcionamiento de todos los días ocurrió muy tardíamente, probablemente en la segunda mitad del siglo quince o inicios del siglo dieciséis. Previo a la aparición o el uso exclusivo de plazas como lugares de mercado en el área maya, estos espacios abiertos parecen haber sido utilizados al mismo tiempo para un sin número de actividades religiosas (celebraciones calendáricas), sociales y/o políticas (eventos musicales, conmemoraciones de entronizaciones) y también económicas (trueque y compra/venta de productos como parte de un intercambio de mercado) desde el período preclásico. Además, la frecuencia en el uso de esas plazas debió de haber ocurrido periódicamente después de haber transcurrido cierto número de días, situación muy similar reportada en otros mercados del centro de México.

En la sección dedicada a la evidencia lingüística se puso especial atención a las palabras *k'iwik (feria, mercado, plaza donde se vende y se compra), *k'aay/*tx'a7-iy (comprar/vender) y k'ex (trueque). Un primer hecho que desataca entre estos tres términos es que la palabra trueque existía desde el preclásico temprano y su uso entre los distintos hablantes de proto-maya parece prefechar por varios siglos la aparición de las palabras *k'iwik y *k'aay/*tx'a7-iy. Aparentemente, estas dos palabras empezaron a utilizarse en el lenguaje maya durante el preclásico medio y—durante este período—se les pudo haber sumado el término trueque, lo cual reflejaría la existencia de transacciones económicas en el intercambio de mercado. Comprar/vender e intercambiar por medio del trueque fueron actividades económicas que pudieron haberse realizado simultáneamente en un amplio número de espacios abiertos que incluyeron calzadas, plazas, patios asociados con unidades domésticas, áreas abiertas en los alrededores o periferia de las comunidades.

La evidencia lingüística también muestra un variado vocabulario que se refiere a transacciones económicas que no han sido



considerados en el estudio de mercados prehispánicos del área maya. En su estado actual, la propuesta del funcionamiento de mercados atribuye el uso exclusivo de espacios abiertos o plazas (*k'iwik) para proponer que fueron los lugares donde predominó una economía de mercado consistente en intercambios económicos de compra y venta. Sin embargo, cuando se suman las descripciones de los conquistadores españoles a ese variado vocabulario de términos económicos en lengua maya, resulta evidente que los conquistadores claramente se refirieron al intercambio de productos y/o bienes por trueque (conmutar). Sin lugar a duda, el intercambio por este tipo de transacción económica pudo haber incluido plazas y otros espacios abiertos y su práctica económica tiene más de tres mil años de existencia considerando que inició en el preclásico temprano. De hecho, el trueque aún existe y se realiza en numerosos mercados de México y esto ha sido ignorado en la reconstrucción de la economía maya prehispánica.

Los ejemplos etnográficos sobre el funcionamiento de mercados presentados en este trabajo revelan la coexistencia de dos formas de intercambio prehispánico que aún existen en México y no son mutuamente excluyentes. Estas dos formas de transacción económica tienen serias implicaciones arqueológicas no solamente en la forma en la cual se ha interpretado el funcionamiento de plazas, sino también sobre nuestra explicación de la evidencia material hallada en la periferia de estos espacios abiertos. Por lo tanto, quienes compraron objetos o bienes en las plazas/ mercados los adquirieron pagando el precio de venta, o bien, productos y/o bienes pudieron haber sido intercambiados por trueque, cualquiera que hubiera sido el caso, las personas involucradas en estas transacciones económicas salieron beneficiadas.

Un tercer tema analizado en este trabajo fue destacar la existencia de mercaderes quienes compraron y vendieron al por mayor ya que realizaban transacciones económicas en centros comerciales o “puertos francos”. La revisión de las fuentes españolas primarias revela la existencia de estos mercaderes quienes poseían sus propios almacenes o bodegas en distintos puntos del área



maya y esto no había sido reconocido en la literatura económica del área maya.

Las actividades económicas de los mercaderes operando en “puertos francos” solamente ha destacado que existieron mercaderes que se dirigían a Honduras y Tabasco a “comerciar”. Sin embargo, una mirada más detallada a la evidencia histórica revela que las transacciones económicas se realizaban únicamente entre mercaderes quienes se encontraban en “puertos francos” a donde llegaban con sus productos desde otras áreas o regiones. Quizás, estos mercaderes vendieron sus productos a vendedores ambulantes quienes se encargaron de distribuirlos al público en general para su uso y/o consumo, o bien, los mercaderes que compraban al mayoreo pudieron también haber operado vendiendo al por menor. Estas dos formas de venta de productos en el área maya pudieron haber funcionado simultáneamente.

La propuesta de que existieron mercados en el área maya suena sugestiva, sin embargo, atribuirles a las plazas de los asentamientos mayas un único funcionamiento caracterizado por el intercambio de mercado donde las transacciones económicas solamente se realizaban por compra y venta limita la interpretación y esto puede resultar en un sesgo en la explicación arqueológica. Las precisiones realizadas en este trabajo sobre datos históricos coloniales, lingüísticos y etnográficos muestran que no han sido considerados con la profundidad que merecen—en otras palabras, resulta sumamente inexacto tomarlos a la ligera y apoyarse en fuentes secundarias, especialmente cuando se utilizan para interpretar la evidencia arqueológica.

Agradecimientos. Agradezco a las/los evaluadoras/evaluadores anónimos sus valiosos comentarios y señalamientos realizados sobre este manuscrito que fueron incluidos en este texto. Cabe señalar que la interpretación final de esos comentarios y señalamientos son responsabilidad total del autor de este trabajo.



References

Acuña, René

1979 *Dos diccionarios de la lengua pocom: Una discusión crítica.* *Estudios de Cultura Maya* XII:241–256.

1991 *Arte breve y vocabularios de la lengua Po3om. Basado en los manuscritos de fray Pedro Morán y fray Dionisio de Zúñiga.* Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.

Aliphath, Mario y Laura Caso Barrera

2006 *Arqueología y etnohistoria: Circuitos de intercambio en el río Usumacinta y sus afluentes.* En XIX Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2005, editado por Juan Pedro Laporte, Bárbara Arroyo y Héctor E. Mejía, tomo II:813–825. Ministerio de Cultura y Deportes, Instituto de Antropología e Historia, Asociación Tikal, Fundación Arqueológica del Nuevo Mundo, Guatemala. Anaya Hernández, Armando, Kathryn Reese-Taylor, Debra S. Walker y Nicholas P. Dunning

2021 *The Neighborhood Marketplaces of Yaxnohcah.* *Archaeological Papers of the American Anthropological Association* 32:128–142.

Andrews, Anthony P.

1983 *Maya Salt Production and Trade.* University of Arizona Press, Tucson.

Andrews, Anthony P., Antonio Benavides Castillo y Grant D. Jones

2006 *Ecab: A Remote Encomienda of Early Colonial Yucatan.* En *Reconstructing the Past: Studies in Mesoamerican and Central American Prehistory*, editado por David M. Pendergast y Anthony P. Andrews, pp. 5–32. BAR International Series 1529. Archaeopress, Oxford.

Aparicio Aparicio, Juan Carlos y Diana Gabriela Lope-Alzina 2018

Formas locales de intercambio en un mercado tradicional de la Mixteca Alta, Oaxaca, México. *Ethnoscientia* V(3):1–13.



2011 Los mercados tradicionales del Valle de Tehuacán-Cuicatlán: Antecedentes y situación actual. *Revista Nueva Antropología* XXIV(74):93–124.

Argueta Prado, Jorge Q. y Martín Cortez Noyola

2016 Trueque, intercambio y reciprocidad: Economía solidaria en las comunidades purépecha de Michoacán. *Revista Etnobiología* 14(2):79–89.

Argueta Villamar, Arturo

2016 El estudio etnobiaecológico de los tianguis y mercados en México. *Revista Etnobiología* 14(2):38–46. Arizpe, Lourdes

2009 El patrimonio cultural inmaterial de México: Ritos y festividades. H. Cámara de Diputados, LX Legislatura, Universidad Nacional Autónoma de México, CONACULTA, Ciudad de México.

Arnauld, Marie-Charlotte

1993 Los territorios políticos de las cuencas de Salamá, Rabinal y Cubulco en el Postclásico (Baja Verapaz, Guatemala). En *Representaciones del espacio político en las tierras altas de Guatemala*, coordinado por Alain Breton, pp. 55–138. Cuadernos de Estudios Guatemaltecos 2, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Ciudad de México.

Arzápalo Marín, Ramón

1995 *Calepino de Motul: Diccionario maya-español*, 3 tomos. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.

Baron, Joanne P.

2018 Ancient Monetization: The Case of Classic Maya Textiles. *Journal of Anthropological Archaeology* 40:100–113.

Barrera Vásquez, Alfredo

1980 *Diccionario Maya Cordemex*. Ediciones Cordemex, Mérida,



Yucatán, México.

Beals, Ralph

1967 *Un sistema tradicional de mercado. América Indígena* 27:566–580.

Becker, Marshal Joseph

2015 *Ancient Maya Markets: Architectural Grammar and Market Identifications. En The Ancient Maya Marketplace: The Archaeology of Transient Space*, editado por Eleanor M. King, pp. 90–110. University of Arizona Press, Tucson.

Benavente, Fray Toribio de (Motolinía)

1914 *Historia de los Indios de la Nueva España. Herederos de Juan Gili*, Editores, Barcelona.

Benzoni, Girolamo

1857 *History of the New World (1565)*. Imprenta de Hakluyt Society, Londres.

Berdan, Frances F.

2023 *The Aztec Economy. Cambridge Elements: Ancient and Pre-Modern Economies*, Cambridge University Press, Cambridge.

Berdan, Frances F. y Michael E. Smith

2021 *Everyday Life in the Aztec World*. Cambridge University Press, Cambridge.

Blanton, Richard E.

1996 *The Basin of Mexico Market System and the Growth of Empire. En Aztec Imperial Strategies*, editado por Frances F. Berdan, Richard E. Blanton, Elizabeth H. Boone, Mary G. Hodge, Michael E. Smith y Emily Umberger, pp. 47–84. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, DC.

Boucher, Sylviane y Lucía Quiñones

2007 *Entre mercados, ferias y festines: Los murales de la Sub I-4 de*



Chiik Nahb, Calakmul. MAYAB 19:27–50. Sociedad Española de Estudios Mayas. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

Calnek, Edward E.

1988 *Highland Chiapas before the Spanish Conquest. En Archaeology, Ethnohistory, and Ethnoarchaeology in the Maya Highlands of Chiapas, Mexico. Papers of the New World Archaeological Foundation 55.* Brigham Young University, Provo.

Campbell, Lyle

1984 *The Implications of Mayan Historical Linguistics for Glyphic Research. En Phoneticism in Mayan Hieroglyphic Writing, editado por John S. Justeson y Lyle Campbell, pp. 1–16.* Institute for Mesoamerican Studies, Publication 9. State University of New York at Albany, Albany.

Campbell, Lyle

2017 *Mayan History and Comparison. En The Mayan Languages, editado por Judith Aissen, Nora C. England y Roberto Zavala Maldonado, pp. 43–61.* Routledge, Londres.

Cap, Bernadette

2011 *Investigating an Ancient Maya Marketplace at Buenavista del Cayo, Belize. Research Reports in Belizean Archaeology 8:241–253.* Institute of Archaeology, NICH, Belize.

2015a *Classic Maya Economies: Identification of a Marketplace at Buenavista del Cayo, Belize. Unpublished Ph.D. dissertation, Department of Anthropology, University of Wisconsin–Madison, Madison.*

2015b *How to Know It When We See It: Marketplace Identification at the Classic Maya site of Buenavista del Cayo, Belize. En The Ancient Maya Marketplace: The Archaeology of Transient Space, editado por Eleanor M. King, pp. 111–137.* University of Arizona Press, Tucson.

Cap, Bernadette



2020 *A View of Maya Market Exchange from the Late Classic Buenavista del Cayo Marketplace*. En *The Real Business of Ancient Maya Economies*, editado por Marilyn A. Masson, David A. Freidel y Arthur A. Demarest, pp. 387–402. University Press of Florida, Gainesville.

Cap, Bernadette, Meaghan Peuramaki-Brown y Jason Yaeger

2015 *Shopping for Household Goods at the Buenavista del Cayo Marketplace*. *Research Reports in Belizean Archaeology* 12:25–36. Institute of Archaeology, NICH, Belize.

Cap, Bernadette, Jason Yaeger y M. Kathryn Brown

2017 *The Plazas of Buenavista del Cayo: History, Economy, and Politics*. *Research Reports in Belizean Archaeology* 14:41–51. Institute of Archaeology, NICH, Belize.

Carrasco Vargas, Ramón y María Cordeiro Baqueiro

2012 *The Murals of Chiik Nahb Structure Sub 1-4, Calakmul, Mexico*. En *Maya Archaeology 2*, editado por Charles Golden, Stephen Houston y Joel Skidmore, pp. 8–59. Precolumbian Mesoweb Press, San Francisco.

Casado Alonso, Hilario

2001 *Medina del Campo Fairs and the Integration of Castile into Fifteenth to Sixteenth-Century European Economy*. En *Fiere e mercati nella integrazione delle economie europee: Secc. XIII–XVIII*, editado por Simonetta Cavaciocchi, pp. 495–517. *Atti delle Settimane di Studi e altri convegni* 32, el 8–12 de mayo de 2000, Le Monnier, Florencia.

Casado Alonso, Hilario

2018 *Comprar y vender en las ferias de Castilla durante los siglos quince y dieciséis*. En *Faire son marché au Moyen Âge: Méditerranée Occidentale XIII^e–XVI^e*, estudios reunidos por Judicaël Petrowiste y Mario Lafuente Gómez, pp. 111–131. *Collection de la Casa de Velázquez*, tomo 166. Casa de Velázquez, Madrid.



Chamberlain, Robert S.

1948 *The Conquest and Colonization of Yucatan 1517–1550*. Carnegie Institution Publication 582. Carnegie Institution, Washington, DC.

Chase, Arlen F., Diane Z. Chase, Richard E. Terry, Jacob M. Horlacher y Adrian S. Z. Chase

2015 *Markets among the Ancient Maya*. En *The Ancient Maya Marketplace: The Archaeology of Transient Space*, editado por Eleanor M. King, pp. 226–250. University of Arizona Press, Tucson.

Chase, Diane Z. y Arlen F. Chase

2014 *Ancient Maya Markets and the Economics of Integration of Caracol, Belize*. *Ancient Mesoamerica* 25:239–250.

2020 *The Ancient Maya Economic Landscape of Caracol, Belize*. En

The Real Business of Ancient Maya Economies, editado por Marilyn

A. Masson, David A. Freidel y Arthur A. Demarest, pp. 132–148. University Press of Florida, Gainesville.

Ciudad Real, Antonio de

2001 *Calepino Maya de Motul*. Primera edición crítica y anotada por René Acuña. Plaza y Valdés Editores, Ciudad de México.

Cobos, Rafael

2023 *Chichen Itza and its Economy at the End of the Classic Period: Tribute, Centralized Redistribution, and Maritime Stations*. *Ancient Mesoamerica* 34:522–544.

Códice Chimalpopoca

1975 *Anales de Cuauhtitlan [1570] y Leyenda de los Soles [1558]*. Traducido del náhuatl por Primo Feliciano Velázquez. Instituto de Investigaciones Históricas, Primera Serie Prehispánica 1.



Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.

Coronel, Eric G., Scott Hutson, Aline Magnoni, Chris Balzotti, Austin Ulmer y Richard E. Terry

2015 *Geochemical Analysis of Late Classic and Post Classic Maya Marketplace Activities at the Plazas of Cobá, Mexico. Journal of Field Archaeology* 40:89–109.

Cortés, Hernán

1963 *Cartas de relación de la conquista de México. Biblioteca Porrúa 2. Editorial Porrúa, Ciudad de México.*

1983 *Cartas de relación de la conquista de México. Colección Austral 547. Espasa-Calpe Mexicana, Ciudad de México.*

Dahlin, Bruce H., Christopher T. Jensen, Richard E. Terry, David R. Wright y Timothy Beach

2007 *In Search of an Ancient Maya Market. Latin American Antiquity* 18:363–384.

Dahlin, Bruce H., Daniel Bair, Tim Beach, Matthew Moriarty y Richard Terry

2010 *The Dirt on Food: Ancient Feasts and Markets among the Lowland Maya. En Pre-Columbian Foodways: Interdisciplinary Approaches to Food, Culture, and Markets in Ancient Mesoamerica*, editado por John E. Staller y Michael Carrasco, pp. 191–232. Springer, Nueva York, Dordrecht, Heidelberg y Londres.

D'Anghera, Peter Martyr

1912 *De Orbe Novo: The Eight Decades of Peter Martyr D'Anghera. Traducido del latín, con notas e introducción por Francis Augustus MacNutt, 2 tomos. G. P. Putnam, Nueva York y Londres. de la Torre, Fray Tomás*

1985 *Diario de viaje de Salamanca a Ciudad Real de Chiapa, 1544–1545. Editorial OPE, Caleruega, Burgos.*

De las Casas, Fray Bartolomé



1909 *Apologética historia de las Indias*, editado por Manuel Serrano y Sanz, tomo 1. Nueva Biblioteca de Autores Españoles 13. Bailly, Baillièrre e Hijos, Madrid.

De las Casas, Fray Bartolomé

1967 *Apologética historia sumaria*, 2 tomos. Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.

Delgado García, Maribel

2017 *La puntuación en documentos novohispanos: Una mirada descriptiva*. Anuario de Letras: Lingüística y Filología V:5–36.

Díaz del Castillo, Bernal

1966 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Editorial Porrúa, Ciudad de México.

Diccionario de Autoridades

1726–1739 *Diccionario de la lengua castellana en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las phrases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua*. Real Academia Española, Madrid.

Durán, Fray Diego

1867 *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*, tomo Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, México.

1880 *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*, tomo II Imprenta de Ignacio Escalante, México. Durand-Forest, Jacqueline

1971 *Cambios económicos y moneda entre los aztecas*. Estudios de Cultura Nahuatl IX:105–124.

Eppich, Keith

2020 *Commerce, Redistribution, Autarky, and Barter: The Multitiered Urban Economy of El Perú-Waka', Guatemala*. En *The Real Business of Ancient Maya Economies*, editado por



Marilyn A. Masson, David A. Freidel y Arthur A. Demarest, pp. 149–148. *University Press of Florida, Gainesville.*

Eppich, Keith y David Freidel

2015 *Markets and Marketing in the Classic Maya Lowlands. En The Ancient Maya Marketplace: The Archaeology of Transient Space*, editado por Eleanor M. King, pp. 195–225. *University of Arizona Press, Tucson.*

Feinman, Gary M. y Christopher P. Garraty

2010 *Preindustrial Markets and Marketing: Archaeological Perspectives. Annual Review of Anthropology* 39:167–191.

Feldman, Lawrence H.

1978a *Inside a Mexica Market. En Mesoamerican Communication Routes and Cultural Contacts*, editado por Thomas A. Lee, Jr. y Carlos Navarrete, pp. 219–222. *Papers of the New World Archaeological Foundation* 40. *Brigham Young University, Provo.*

Feldman, Lawrence H.

1978b *Moving Merchandise in Protohistoric Central Quauhtemallan. En Mesoamerican Communication Routes and Cultural Contacts*, editado por Thomas A. Lee, Jr. y Carlos Navarrete, pp. 7–17. *Papers of the New World Archaeological Foundation* 40. *Brigham Young University, Provo.*

Feldman, Lawrence H.

1981 *Definiendo un estado pokom. Anales de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala* LV:7–22.

Feldman, Lawrence H.

1985 *A Tumulplene Economy: Production and Distribution Systems in Sixteenth-Century Eastern Guatemala. Labyrinthos*, Culver City.

Feldman, Lawrence H.



2000 FAMSÍ Research Report, Crystal River, Florida. Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo 1853 *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano*, tomo II de la segunda parte, III de la obra, cotejada y enriquecida por D. José Amador de los Ríos. Imprenta de la Real Academia de la Historia, Madrid.

Fernández Tejedo, Isabel

1996 Intercambio sin mercados entre los mayas de las tierras bajas. En *Temas Mesoamericanos*, coordinado por Sonia Lombardo y Enrique Nalda, pp. 111–133. Colección *Obra Diversa*, Instituto Nacional de Antropología e Historia y Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Ciudad de México.

Fernández Tejedo, Isabel

1997 El ppolom, mercaderillo o regatón. *Arqueología Mexicana* 28:46–53. Ferraro, Emilia 2011 *Trueque: An Ethnographic Account of Barter, Trade and Money in Andean Ecuador*. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology* 16:168–184.

Folan, William J., Ellen R. Kints y Laraine A. Fletcher

1983 *Coba: A Classic Maya Metropolis*. Academic Press, Nueva York. García de Palacio, Diego

1983 *Carta-relación, relación y forma*. Fuentes para el estudio de la cultura maya 2. Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.

García Peláez, Francisco de Paula

1851 *Memorias para la historia del antiguo reyno de Guatemala*, 3 tomos. Establecimiento tipográfico de L. Luna, Guatemala.

Garraty, Christopher P.

2010 *Investigating Market Exchange in Ancient Societies: A Theoretical Review*. En *Archaeological Approaches to Market Exchange in Ancient Societies*, editado por Christopher P. Garraty



y Barbara L. Stark, pp. 3–32. *University Press of Colorado, Boulder.*

Garraty, Christopher P. y Barbara L. Stark (editores)

2010 *Archaeological Approaches to Market Exchange in Ancient Societies.* *University Press of Colorado, Boulder.*

Gasco, Janine

2005 *The Consequences for Spanish Colonial Rule for the Indigenous Peoples of Chiapas, Mexico.* En *The Postclassic to Spanish-Era Transition in Mesoamérica: Archaeological Perspectives*, editado por Susan Kepecs y Rani T. Alexander, pp. 77–96. *University of New Mexico, Albuquerque.*

Gasco, Janine y Frances F. Berdan

2003 *International Trade Centers.* En *The Postclassic Mesoamerican World*, editado por Michael E. Smith y Frances F. Berdan, pp. 109–116. *University of Utah Press, Salt Lake City.*

Golden, Charles, Andrew Scherer, Whittaker Schroder, Clive Vella y Alejandra Roche Recinos

2020 *Decentralizing the Economies of the Maya West.* En *The Real Business of Ancient Maya Economies*, editado por Marilyn Masson, David A. Freidel y Arthur A. Demarest, pp. 403–407. *University Press of Florida, Gainesville.*

Góngora Salas, Ángel

2003 *Proyecto noreste de Yucatán: Prospección arqueológica noreste de Yucatán, México.* *FAMSI Research Report, Crystal River, Florida.*

Hastorf, Christine A.

2017 *The Social Archaeology of Food.* *Cambridge University Press, Cambridge.*

Henderson, John S.

1977 *The Valle de Naco: Ethnohistory and Archaeology in Northwestern Honduras.* *Ethnohistory* 24:363–377.



Hernández, Francisco

1943 *Historia de las plantas de Nueva España*, tomo III. Instituto de Biología, Universidad Nacional Autónoma de México, Imprenta Universitaria México, Ciudad de México.

1946 *Antigüedades de la Nueva España*. Editorial Pedro Robredo, Ciudad de México.

Herrera y Tordesillas, Antonio de

1726 *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del mar oceano*. Imprenta real de Nicolás Rodríguez Franco, Madrid.

Hirth, Kenneth

2020 *The Organization of Ancient Economies. A Global Perspective*. Cambridge University Press, Cambridge.

Hirth, Kenneth G.

1998 *The Distributional Approach: A New Way to Identify Marketplace Exchange in the Archaeological Record*. *Current Anthropology* 39:451–476.

Hirth, Kenneth G.

2016 *The Aztec Economic World: Merchants and Markets in Ancient Mesoamerica*. Cambridge University Press, Nueva York.

Hofling, Charles A.

2009 *The Linguistic Context of the Kowoj*. En *The Kowoj: Identity, Migration, and Politics in Late Postclassic Petén, Guatemala*, editado por Prudence M. Rice y Don S. Rice, pp. 70–79. University Press of Colorado, Boulder.

Hofling, Charles A.

2018 *Cambio diacrónico en la familia lingüística yucatecana*. *Cuadernos de Lingüística de El Colegio de México* 5:6–46.

Hopkins, Nicholas A.



2013 *Mayan Words for “Market” and Related Concepts*. Ponencia presentada en la Conferencia Arqueológica de Chacmool, Calgary, Alberta.

Humphrey, Carolin y Stephen Hugh-Jones

1992 *Introduction: Barter, Exchange, and Value*. En *Barter, Exchange and Value: An Anthropological Approach*, editado por Caroline Humphrey y Stephen Hugh-Jones, pp. 1–20. Cambridge University Press, Cambridge.

Hutson, Scott R.

2020 *Similar Markets, Different Economies*. En *The Real Business of Ancient Maya Economies*, editado por Marilyn A. Masson, David Freidel y Arthur A. Demarest, pp. 57–78. University Press of Florida, Gainesville.

Hutson, Scott R. y Bruce H. Dahlin

2017 *Introduction: The Long Road to Maya Markets*. En *Ancient Maya Commerce: Multidisciplinary Research at Chunchucmil*, editado por Scott R. Hutson, pp. 3–25. University Press of Colorado, Boulder.

Hutson, Scott R., Richard E. Terry y Bruce H. Dahlin

2017 *Marketing within Chunchucmil*. En *Ancient Maya Commerce: Multidisciplinary Research at Chunchucmil*, editado por Scott R. Hutson, pp. 241–271. University Press of Colorado, Boulder.

Ichon, Alain

1979 *Rescate arqueológico en la cuenca del río Chixoy, 1*. Informe preliminar (proyecto RCP 500 del Centro Nacional de Investigación Científica de Francia). Misión Científica Franco-Guatemalteca, Guatemala.

Inomata, Takeshi

2006 *Plazas, Performers, and Spectators: Political Theaters of the Classic Maya*. *Current Anthropology* 47:805–842.



Jones, Christopher

1991 *Cycles of Growth at Tikal. En Classic Maya Political History: Hieroglyphic and Archaeological Evidence*, editado por T. Patrick Culbert, pp. 102–127. Cambridge University Press, Cambridge.

Jones, Christopher

1996 *Excavations in the East Plaza of Tikal. Tikal Report 16. University Museum Publications, University of Pennsylvania, Philadelphia.*

2015 *The Marketplace at Tikal. En The Ancient Maya Marketplace: The Archaeology of Transient Space*, editado por Eleanor M. King, pp. 67–89. University of Arizona Press, Tucson.

Kaufman, Terrence, con John Justeson

2003 *FAMSI Research Report, Crystal River, Florida.* King, Eleanor M.

2015 *The Ethnohistoric Evidence for Maya Markets and its Archaeological Implications. En The Ancient Maya Marketplace: The Archaeology of Transient Space*, editado por Eleanor M. King, pp. 33–66. University of Arizona Press, Tucson.

King, Eleanor M.

2020 *Modeling Maya Markets. En The Real Business of Ancient Maya Economies*, editado por Marilyn A. Masson, David A. Freidel y Arthur A. Demarest, pp. 14–27. University Press of Florida, Gainesville.

King, Eleanor M.

2021 *Implications of the Marketplace at Maax Na, Belize. Archaeological Papers of the American Anthropological Association 32:157–167.*

2015 *Research on Maya Markets. En The Ancient Maya Marketplace: The Archaeology of Transient Space*, editado por Eleanor M. King, pp. 3–32. University of Arizona Press, Tucson.

Ladero Quesada, Miguel-Ángel



1994 *Las ferias de Castilla, siglos XII a XV. Comité Español de Ciencias Históricas, Madrid.*

Landa, Fray Diego de

1959 *Relación de las cosas de Yucatán. Editorial Porrúa, Ciudad de México.*

LeCount, Lisa J.

2016 *Classic Maya Marketplaces and Exchanges: Examining Market Competition as a Factor for Understanding Commodity Distributions. En Alternative Pathways to Complexity, editado por Lane F. Fargher y Verence Y. Heredia Espinoza, pp. 155–173. University Press of Colorado, Boulder.*

Lovell, W. George, Christopher H. Lutz y Wendy Kramer

2020 *Strike Fear in the Land: Pedro de Alvarado and the Conquest of Guatemala, 1520–1524. University of Oklahoma Press, Norman.*

Mackie, Sedley (editor)

1924 *An Account of the Conquest of Guatemala in 1524 by Pedro de Alvarado, with a Facsimile of the Spanish Original, 1525. The Cortes Society, Nueva York.*

Martin, Simon

2012 *Hieroglyphs from the Painted Pyramid: The Epigraphy of Chiik Nahb Structure Sub 1-4, Calakmul, Mexico. En Maya Archaeology 2, editado por Charles Golden, Stephen Houston y Joel Skidmore, pp. 60–81. Precolumbian Mesoweb Press, San Francisco.*

Masson, Marilyn A. y David A. Freidel

2012 *An Argument for Classic Era Maya Market Exchange. Journal of Anthropological Archaeology 31:455–484.*

Masson, Marilyn A. y David A. Freidel

2013 *Wide Open Spaces: A Long View of the Importance of Maya Market Exchange. En Merchants, Markets, and Exchange in the*



Pre-Columbian World, editado por Kenneth G. Hirth y Joanne Pillsbury, pp. 201–228. *Dumbarton Oaks Research Library and Collection*, Washington, DC.

McVicker, Donald E.

1974 *Variation in Protohistoric Maya Settlement Pattern*. *American Antiquity* 39:546–566.

Miles, Suzanne W.

1957 *The Sixteenth-Century Pokom-Maya: A Documentary Analysis of Social Structure and Archaeological Setting*. *Transactions of the American Philosophical Society* 47:733–781.

Navarro Espinach, Germán y Concepción Villanueva Morte (coordinadores)

2017 *Industrias y mercados rurales en los reinos hispánicos, siglos XIII–XV*. *Monografías de la Sociedad Española de Estudios Medievales* 9. *Sociedad Española de Estudios Medievales*, Murcia.

Pérez Castro, Ana Bella

2012 *Los mercados de la Huasteca hidalguense*. En *Los pueblos indígenas de Hidalgo: Atlas etnográfico*, coordinado por Lourdes Báez Cubero, Gabriela Garret Ríos, David Pérez González, Beatriz Moreno Alcántara, Ulise Julio Fierro Alonso y Milton Gabriel Hernández García, pp. 241–257. *Gobierno del Estado de Hidalgo, Instituto Nacional de Antropología e Historia*, Ciudad de México.

Pérez Flores, Edith

2016 *El trueque en el nororiente del estado de Morelos, México*. *Revista Etnobiología* 14:47–55.

Pryor, Frederic L.

1977 *The Origins of the Economy*. *Academic Press*, Nueva York.

1977 *Alternative Models for Exchange and Spatial Distribution*. En *Exchange Systems in Prehistory*, editado por Timothy K. Earle y Jonathon E. Ericson, pp. 71–90. *Academic Press*, Nueva York.



Ridao Rodrigo, Susana

2019 *El punto y coma y los dos puntos: Estudio historiográfico de las ediciones de la Ortografía de la Real Academia Española de 1741, 1844 y 2010*. *Revista de Estudos da Linguagem* 27:1399–1415.

Robles Castellanos, José Fernando

2007 *Culhua Mexico: Una revisión arqueo-etnohistórica del imperio de los mexica-tenochca*. Colección *Obra Diversa*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

2010 *Interactions between Central and Eastern Mesoamerica before and during the Culhua Mexica Expansion*. En *Astronomers, Scribes, and Priests: Intellectual Interchange between the Northern Maya Lowlands and Highland Mexico in the Late Postclassic Period*, editado por Gaby Vail y Christine Hernández, pp. 37–76. *Dumbarton Oaks*, Washington, DC.

Roys, Ralph L.

1931 *The Ethno-Botany of the Maya*. *Middle American Research Series* 2. Tulane University of Louisiana, New Orleans. Rubio Fernández, Beatriz

2013a *Antiguos tianquiztli, nuevos tianguis: Cambios en los mercados y el comercio en la ciudad de México en el siglo dieciséis*. *Disertación doctoral no publicada*. Facultad de Geografía e Historia, Departamento de Historia de América II (Antropología de América), Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

2013b *Los tianguis de la ciudad de México en el siglo dieciséis*. *Anales del Museo de América* XXI:160–173.

Sahagún, Fray Bernardino de

1979a *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Colección *Sepan Cuantos* 300. Editorial Porrúa, Ciudad de México.

Sahagún, Fray Bernardino de

1979b *Historia general de las cosas de la Nueva España: El Códice Florentino*. Libro XII: *Relato de la conquista de México*. Biblioteca



Laurenciana, Florencia.

Scholes, Frances V. y Ralph L. Roys

1968 *The Maya Chontal Indians of Acalan-Tixchel: A Contribution to the History and Ethnography of the Yucatan Peninsula*. University of Oklahoma Press, Norman.

Shaw, Leslie

2012 *The Elusive Maya Marketplace: An Archaeological Consideration of the Evidence*. *Journal of Archaeological Research* 20:117–155.

Shaw, Leslie G. y Eleanor M. King

2015 *The Maya Marketplace at Maax Na, Belize*. En *The Ancient Maya Marketplace: The Archaeology of Transient Space*, editado por

Smith, Carol A.

1976 *Exchange Systems and the Spatial Distribution of Elites: The Organization of Stratification in Agrarian Societies*. En *Regional Analysis*, tomo II: *Social Systems*, editado por Carol A. Smith, pp. 309–374. Academic Press, Nueva York, San Francisco y Londres.

Speal, C. Scott

2014 *The Evolution of Ancient Maya Exchange Systems: An Etymological Study of Economic Vocabulary in the Mayan Language Family*. *Ancient Mesoamerica* 25:69–113.

Stanish, Charles y Lawrence S. Coben

2013 *Barter Markets in the Pre-Hispanic Andes*. En *Merchants, Markets, and Exchange in the Pre-Columbian World*, editado por Kenneth G. Hirth y Joanne Pillsbury, pp. 419–434. *Dumbarton Oaks Research Library and Collection*, Washington, DC.

Stark, Barbara L. y Christopher P. Garraty

2010 *Detecting Marketplace Exchange in Archaeology: A Methodological Review*. En *Archaeological Approaches to Market*



Exchange in Ancient Societies, editado por Christopher P. Garraty y Barbara L. Stark, pp. 33–58. University Press of Colorado, Boulder.

Stoll, Marijke

2014 *Empty Space, Active Place: The Sociopolitical Role of Plazas in the Mixteca Alta*. En *Mesoamerican Plazas: Arenas of Community and Power*, editado por Kenichiro Tsukamoto y Takeshi Inomata, pp. 90–107. University of Arizona Press, Tucson.

Stone, Doris

1943 *Arqueología de la costa norte de Honduras*. *Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology* 9(1). Harvard University, Cambridge.

Terry, Richard E., Daniel A. Bair y Eric G. Coronel

2015 *Soil Chemistry in the Search for Ancient Maya Marketplaces*. En *The Ancient Maya Marketplace: The Archaeology of Transient Space*, editado por Eleanor M. King, pp. 138–167. University of Arizona Press, Tucson.

Tokovinine, Alexandre y Dmitri Beliaev

2013 *People of the Road: Traders and Travelers in Ancient Maya Words and Images*. En *Merchants, Markets, and Exchange in the Pre-Columbian World*, editado por Kenneth G. Hirth y Joanne Pillsbury, pp. 169–200. *Dumbarton Oaks Research Library and Collection*, Washington, DC.

Torquemada, Fray Juan de

1975 *Monarquía indiana*. *Biblioteca Porrúa* 41–43. Editorial Porrúa, Ciudad de México.

Torre Revello, José

1957 *Pedro Mártir de Anglería y su obra de Orbe Novo*. *Thesaurus: Boletín del Instituto Caro y Cuervo* XII(1–3):133–153.

Tsukamoto, Kenichiro y Takeshi Inomata (editores)



2014 *Mesoamerican Plazas: Arenas of Community and Power*. University of Arizona Press, Tucson.

Valencia Rivera, Rogelio

2020 *Aj atz'aam, "los de la sal": El uso de la sal en la ciudad maya de Calakmul*. *Estudios de Cultura Maya* LV:11–40.

2023 *La representación del espacio en el arte maya y su aplicación a las pinturas de la Acrópolis de Ch'ik Nahb de Calakmul*. *Estudios de Cultura Maya* LXII:45–73.

Vera García, Rodolfo

2018 *Intercambiar mundos para cambiar el mundo: Tianguis, ferias y mercados alternativos en la cuenca de Pátzcuaro (1967–2017)*. Tesis doctoral, Centro de Estudios Antropológicos, El Colegio de Michoacán, Zamora.

Victoria Ojeda, Jorge

2000 *Dzonotake o Aqu (Ake): Sitio de la primera gran batalla de Francisco de Montejo en el Mayab (1528)*. *Propuesta de rectificación histórica*. *Revista Complutense de Historia de América* 26:11–26.

Villegas, Pascale

2010 *Del tianguis prehispánico al tianguis colonial: Lugar de intercambio y predicación (siglo dieciséis)*. *Estudios Mesoamericanos* 8:93–101.

Vinogradov, Igor

2019 *The History of Poqomchi' Language Description*. *Language & History* 62:14–29.

Ximénez, Fray Francisco

1929–1931 *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la Orden de Predicadores*, 3 tomos. Biblioteca "Goathemala" de la Sociedad de Geografía e Historia, Guatemala.

Yaeger, Jason, Meaghan Peuramaki-Brown y Bernadette Cap



2010 *Social and Economic Dynamics at Buenavista del Cayo during the Late and Terminal Classic Periods. Research Reports in Belizean Archaeology* 7:161–169. Institute of Archaeology, NICH, Belize.

Zalaquett Rock, Francisca

2015 *Estrategia, comunicación y poder: Una perspectiva social del Grupo Norte de Palenque. Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Mayas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.*





"La vida del hombre mesoamericano se centraba principalmente en el aspecto religioso, lo que generó conjuntos ceremoniales que funcionaron como núcleos iniciales para el desarrollo de la sociedad urbana.."

M. Yolanda E. Ríos Cerón

Los Muiscas.

La historia milenaria de un pueblo Chibcha¹

Por Martín Ernesto Álvarez Tobos²

En marzo del 2019, el entonces presidente de México, Andrés Manuel López Obrador solicitó a la Corona española y al Vaticano que ofreciesen perdón al pueblo mexicano por los “maltratos” que se cometieron a los indios durante la Conquista. Esta petición generó debates entre los académicos, representantes de las comunidades nativas y la opinión pública en general, tanto en América Latina como en España, no solo acerca de su validez sino sobre la manera como se ha estudiado a los pueblos indígenas en el periodo anterior y posterior al arribo de los españoles.

Colombia no fue ajena a estas controversias, en las cuales se veía por parte de la opinión pública la defensa de los nativos, de su religión y de la tranquilidad con que vivían cuando llegaron “los invasores” ibéricos. Sin embargo, cuando se exploran en profundidad esos puntos de vista, se evidencia un panorama maniqueo, basado en situaciones comunes que han estado en la mente de los colombianos durante mucho tiempo: por un lado, los indios puros, inocentes, tranquilos, amantes de la naturaleza, defensores del orden cósmico; y por el otro, los españoles como hombres malvados, instigadores, traicioneros y maltratadores.

Este paradigma “fantástico” ha creado una visión de los aborígenes alejada totalmente de lo que los especialistas han investigado y analizado en los últimos años, y se hace evidente, en consecuencia, una desconexión entre la interpretación de

1 Tomado de revista *Fronteras de la Historia*, volumen 25 Numero 1

2 doi: <https://10.22380/20274688.841>

la academia y la de la sociedad (situación muy notoria en la actualidad), además de la propagación de esas ideas entre los colombianos sin que se les haga una revisión crítica.

Como respuesta a estas interpretaciones, el arqueólogo y antropólogo Carl Langebaek ha publicado la obra *Los muiscas*. La historia milenaria de un pueblo chibcha, cuyo objeto es el estudio de una de las poblaciones precolombinas más importantes: los muiscas. Su intención principal es presentarlos como un grupo totalmente alejado de los preconceptos que los han rodeado y proponer una nueva representación sobre su forma de vivir, distante de las categorías contemporáneas. Es un llamado a cuestionar la forma como la sociedad se ha aproximado a su pasado prehispánico.

El texto se divide en tres partes. La primera, titulada “El contexto”, es un análisis alrededor de los orígenes y el desarrollo de los muiscas. Se menciona que pertenecen a una familia lingüística denominada chibcha, término que se ha convertido en un sinónimo del anterior, cuando en realidad son diferentes. Asimismo, se señala que llegaron desde Centroamérica y que se mezclaron con otros grupos en el altiplano cundiboyacense, lo que dio lugar al desarrollo de una nueva población. En ese proceso fueron claves dos elementos: el lingüístico y el genético.

Sobre lo lingüístico, el texto rebate la idea de los muiscas como un pueblo homogéneo y cerrado con una lengua única. La heterogeneidad fue una característica básica de aquel grupo precolombino que a pesar de tener cercanía idiomática con quienes hablaban chibcha en la región central del continente americano, no tuvo un idioma común. En cada localidad se hablaba una variante particular que podía tener palabras similares con otras variantes, pero su significado no era equivalente.

En cuanto a lo genético, Langebaek presenta los diversos estudios que en los últimos años han realizado los arqueólogos



para reconstruir lo que podría denominarse “genoma muisca”. Este análisis permite confirmar sus dos raíces: la centroamericana y la local. Además, expone que los muiscas tuvieron relación con otros pueblos de lengua chibcha, como los koguis (habitantes en la Sierra Nevada de Santa Marta) y los u’was (ubicados en el occidente del actual departamento de Boyacá). Así, se configura una hipótesis sobre este pueblo, de acuerdo con la cual la mezcla es su base más importante.

La segunda parte, que tiene por título “Una lectura de los testimonios”, es un contraste entre las fuentes primarias históricas (documentos del Archivo General de la Nación y crónicas de los siglos XVI y XVII), los hallazgos arqueológicos y las diversas hipótesis que los especialistas han propuesto. El autor examina asuntos importantes de la vida de aquellos nativos: las localidades donde vivían con sus autoridades (los cercados), la guerra, el matrimonio, el papel de los tributos y su distribución, así como la influencia de las fiestas como cohesionador social. En su análisis, despoja a los nativos de los conceptos y prejuicios impuestos por los autores que a lo largo de la historia produjeron tanto los documentos primarios como los académicos, los cuales se han basado en imágenes más cercanas al contexto europeo de fines de la Edad Media (siglos XV-XVI).

Así, estos habitantes del altiplano no son presentados como grupos impenetrables, al mando de un cacique ambicioso que disponía de los tributos de sus siervos para ampliar sus arcas, o bien comunidades que guerreaban entre sí por ganar nuevas regiones. Langebaek se propone llamar la atención sobre la complejidad de los muiscas en su organización territorial, política y social, por lo que su abordaje debe hacerse a partir de hipótesis que puedan dar luces sobre sus dinámicas. Es necesario que estos nativos sean estudiados más allá de las idealizaciones.

La tercera y última parte, “La arqueología”, se centra en temas sociales y biológicos a partir de los últimos hallazgos



realizados en diversos lugares del altiplano. Tales estudios han permitido conocer datos claves como la alimentación de los nativos, sus problemas de salud, la manera como se distribuían las personas en los cercados, posibles divisiones socioeconómicas y la esperanza de vida. Este acápite da más valor a lo que las vasijas y los huesos han revelado a los científicos que a los documentos históricos. A los muiscas se los presenta como una colectividad en la que era difícil establecer una diferenciación social basada en la riqueza, en tanto que sus índices nutricionales no eran tan “dramáticos” como se ha supuesto. Además, se invita a valorar los aportes hechos por los arqueólogos, que ayudan a que la contemporaneidad tenga una relación estrecha con tales agentes del pasado.

Llama la atención la importante y extensa bibliografía que se presenta al final del texto. En ella hay una interesante compilación de todos los estudios (tesis, artículos y libros) que a lo largo de los años y hasta el presente se han escrito sobre los muiscas, en lo que se aprecia el esfuerzo del autor por dar cuenta del trabajo académico desarrollado sobre el tema. De tal manera, se demuestra que no hay una última palabra y que siempre habrá algo nuevo o polémico que expresar. Igualmente, este inventario alude a que los lectores, académicos o no, puedan acceder a tal bibliografía para enriquecer y ampliar sus conocimientos en torno a los muiscas.

Las proposiciones de Langebaek pueden cotejarse con las hipótesis que otro estudioso, Jorge Augusto Gamboa, formula en su texto sobre los cacicazgos muiscas. A pesar de que hay muchos especialistas que han investigado diversos aspectos de esta comunidad (Martha Herrera, Santiago Muñoz, Michael Francis, Juan Fernando Cobo, entre otros), y que pueden ser considerados a la luz de la propuesta del autor en mención, solo me referiré a sus diferencias con Gamboa, ya que se observa una amplia oposición entre ambos especialistas.

Un tema en el cual se observa disparidad de interpretación tiene que ver con el modelo de organización local muisca, es



decir, el ordenamiento de las comunidades. Gamboa, que se basa en lo expuesto por James Lockhart sobre México central, propone que los muiscas se organizaban de manera nuclear o celular, contenidos en sí mismos, con una débil centralización hacia una autoridad única (un cacique) y con lazos difuminados. De tal manera, identifica y traslada las particularidades del caso azteca al universo muisca, desconociendo con ello las enormes diferencias que hay entre ambos pueblos.

Además, Langebaek encuentra que la propuesta de Gamboa acusa una debilidad, puesto que se basa en la existencia de un acto de obediencia de parte de los indios al cacique, lo cual involucra la entrega de tributos y trabajo personal. Asegura que entre los muiscas ese tipo de entregas era voluntario, no coaccionado, y que los trabajos que realizaban los indios (como la construcción de los cercados o la preparación de la tierra para las cosechas) eran parte de la ritualidad que se vivía entre ellos. Por consiguiente, en el decir de Langebaek, la hipótesis de Gamboa se basa en imaginarios de coacción y control no del todo acertados.

Langebaek se aleja asimismo de lo planteado por Gamboa sobre el hecho de que el tributo fuera un medio para controlar a la comunidad y establecer cierto vínculo social y territorial. Así, pone de manifiesto que los recursos que se entregaban a los caciques no eran para generar un capital económico exclusivo, sino más bien un reconocimiento simbólico a su investidura y una manera de enriquecer la vida religiosa y comunitaria. De este modo, va a contracorriente, no solo de Gamboa, sino de otros estudiosos que han visto en los dirigentes locales nativos a personas cerradas, engegucidas de poder y de riqueza. Por otro lado, se resalta una característica importante: el simbolismo como lazo social, aspecto que puede ofrecer otra visión del ejercicio de poder dentro de los muiscas.

La revisión realizada por el arqueólogo lleva a preguntarse: ¿cómo vivían su cotidianidad los muiscas?, ¿el poder del



cacique era absoluto o qué otro ejercicio de poder realizaba?, ¿las comunidades eran tan aisladas, o más bien se acercaban a otros espacios geográficos por conveniencia? Estos cuestionamientos pueden ayudar a que los especialistas que han trabajado el territorio muisca debatan y formulen interesantes repuestas que den cuenta no solo a los académicos, sino a los colombianos, sobre lo que pudo haber sido el día a día de los nativos.

La guerra es otro aspecto en el cual el autor controvierte a Gamboa. Para este último, las confrontaciones militares entre caciques se dieron por expandir sus territorios, por encontrar mano de obra que les tributara y les ayudara en las labores que les demandaban. Igualmente, señala que al llegar los españoles hubo enfrentamientos con los muiscas, aunque no con el dramatismo que los cronistas u otros estudiosos han descrito. Langebaek, por su parte, propone que la guerra no tenía como objetivo aplacar al enemigo ni engrosar los dominios territoriales del cacique, ni tampoco obtener nueva mano de obra. Aquellos enfrentamientos bélicos eran parte de un aparato de reconocimiento simbólico que había entre los caciques, una manera de generar disputas políticas entre ellos, y con esta fórmula fortalecían su legitimidad.

Esta hipótesis es un llamado a que los académicos revisen las disputas nativas, no con el sentido occidental que se asocia a este concepto, ni tampoco con la visión que se ha tenido de estos enfrentamientos en otros escenarios prehispánicos. Es una invitación a ver que aquel escenario, tan común en la historia humana, puede ser analizado desde otra mirada (en este caso desde la teatralidad política) y así establecer una relación entre los muiscas y la guerra que sea más ajustada a lo que ellos percibían.

A pesar de que Langebaek exprese sus diferencias con Gamboa, está de acuerdo con su planteamiento sobre el matrimonio y la transmisión del poder, según el cual entre los muiscas la sucesión se hacía de tío a sobrino, por línea



materna. Incluso, se refiere las genealogías que hubo en algunas de las localidades muiscas más importantes como Bogotá, Tunja o Duitama. Cuando Langebaek utiliza el término “supuestamente”, manifiesta que no hay mucha certeza sobre aquel fenómeno sucesorio. Sin embargo, al explicar la importancia del ritual dentro de la dinámica política de los caciques, el arqueólogo oculta su hipotética impresión y asegura directamente la sucesión matrilineal descrita por Gamboa. Esto ocasiona que Langebaek caiga en contradicción al expresar primero una idea opuesta a lo que desea criticar, pero a continuación la apoya.

Se considera importante que este arqueólogo manifieste con claridad su posición sobre la sucesión caciquil entre los muiscas, bien sea basándose totalmente en lo presentando por Gamboa, o exponiendo otro sistema de transmisión nativo del poder. Esta sugerencia se plantea debido a que esta contradicción de Langebaek puede generar dudas en los lectores, quienes no entenderían la singularidad que tuvo aquel fenómeno en el mencionado pueblo indígena prehispánico.

No obstante las diferencias planteadas, hay puntos en los que uno y otro autor coinciden. Uno de ellos, que considero el más importante, es sobre la lengua que hablaban los nativos. En líneas anteriores se expuso el planteamiento de Langebaek sobre la “diversidad” de formas que tenían los muiscas para utilizar el chibcha, olvidándose de una “lengua general”. Gamboa, apoyado en fuentes documentales del siglo XVI, confirma esta hipótesis y enfatiza en el factor local como determinante de dicho fenómeno. Esta convergencia, que no la plantean solamente los autores mencionados, sino también Juan Fernando Cobo, invita a que se abandone la visión homogénea con la que ha sido analizada y que en cambio se le estudie desde una óptica donde prime lo polifacético de sus elementos fundamentales.

El texto, dirigido a un público general, es una gran contribución al conocimiento de los muiscas. Presenta



una comunidad indígena que no se parece en nada a las concepciones virtuosas e imaginarias que han sido enseñadas y a la que se muestra como una población concreta, con los pies en la tierra, enfrentada a los problemas de su entorno natural, construyendo relaciones en su interior y con las demás comunidades, e intentando comprender el entorno a partir de su cosmovisión. Desde esta perspectiva, los lectores pueden sentir hasta cercanía con unos hombres que solo se mencionan por los nombres de sus deidades.

Las hipótesis de Langebaek deben llamar a los académicos a realizar dos tareas: por un lado, generar espacios de debate y trabajo entre todos los que estudian este tema (sin importar la disciplina de donde provengan), para realizar una constante revisión crítica de todos los postulados que cada día se proponen; es decir, romper el aislamiento científico y apostar por una interdisciplinariedad verdadera. Y, por el otro lado, salir de la zona de confort de los círculos intelectuales y atreverse a divulgar los trabajos e investigaciones con el resto de la sociedad, porque al final los que trabajan el pasado no lo hacen solo para cuestionar al colega en una conferencia o en un congreso, sino para informar a la población sobre sus orígenes. Así, las ciencias sociales volverían a una de sus esencias primigenias: el acercamiento intelectual y afectivo entre los hombres.

La polémica generada por las declaraciones del presidente López Obrador no debería quedarse en la anécdota periodística o en las opiniones vertidas en columnas y redes sociales. Se puede convertir en un punto de partida para que tanto los especialistas como la sociedad en general reflexionen sobre la manera como se han aproximado a conocer las comunidades nativas, tanto las precolombinas como las contemporáneas. De esta manera, no solo se haría mayor claridad en torno al periodo indígena de la historia de América Latina, sobre el cual existe un gran desconocimiento, sino que se estimularía a dialogar con sus descendientes actuales, que no solo son



sujetos “exóticos” sino también agentes que contribuyen todos los días de manera importante al desarrollo y la diversidad cultural de nuestros países.

Bibliografía

Cobo Betancourt, Juan Fernando. “Colonialism in the Periphery: Spanish Linguistic Policy in New Granada, c. 1574-1625”. *Colonial Latin American Review*, vol. 23, n.º 2, 2014, pp. 118-142. <https://doi.org/10.1080/10609164.2014.917540>.

Gamboa Mendoza, Jorge Augusto. *El cacicazgo muisca en los años posteriores a la Conquista: del psihipqua al cacique colonial, 1537-1575*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2013.

Lockhart, James. *Los nahuas después de la conquista. Historia social y cultural de la población indígena en el México central, siglos XVI-XVIII*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

